

*¡Mi amor  
de locos!*



*¡Mi amor  
de locos!*



*Hugo  
Sanz*

*¡Un amor  
de locos!*

Autor: Hugo Sanz

Primera edición: Septiembre, 2020.

Imágenes: Adobe Stock

¡Un amor de locos!

**Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorizaciòn escrita de los titulares del copyright, la reproduccion total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrònico mecànico, por fotocopia, por grabaciòn u otros, asì como la distribucion de ejemplares mediante alquiler o prèstamos pùblicos.**

**[CAPÍTULO 1](#)**

**[CAPÍTULO 2](#)**

**[CAPÍTULO 3](#)**

**[CAPÍTULO 4](#)**

**[CAPÍTULO 5](#)**

**[CAPÍTULO 6](#)**

**[CAPÍTULO 7](#)**

**[CAPÍTULO 8](#)**

**[CAPÍTULO 9](#)**

**[CAPÍTULO 10](#)**

**[CAPÍTULO 11](#)**

**[CAPÍTULO 12](#)**

**[CAPÍTULO 13](#)**

**[CAPÍTULO 14](#)**

**[CAPÍTULO 15](#)**

**[CAPÍTULO 16](#)**

**[CAPÍTULO 17](#)**

**[CAPÍTULO 18](#)**

**[CAPÍTULO 19](#)**

**[CAPÍTULO 20](#)**

**[CAPÍTULO 21](#)**

## CAPÍTULO 22

## CAPÍTULO 23

## CAPÍTULO 24

## EPÍLOGO

### Capítulo 1

-Marina, Marina, mira la tiara de flores que te he comprado para el día de tu Primera Comunión, ¿no es una auténtica preciosidad?

-Mamá, sí que es muy bonita, pero ¿cuántas veces voy a repetirte que tengo veintiocho años?

-¿Veintiocho? Serán ocho, hija mía. Y date prisa que ahora mismo nos vamos para la catequesis.

-Mira, mamá, por ahí viene papá. ¿Por qué no te marchas a tomar un cafelito con él y me esperáis en el bar para llevarme a la catequesis?

-Venga, pero no tardes, ¿eh? Que luego te pones a jugar con Celia y se te va el santo al cielo. No sé lo que harías sin tu madre-me soltó y yo respiré lentamente para que no me diera el ataque.

Mi madre salió cantando por Ana Belén, concretamente el

"mírala, mírala, mírala, mírala, la puerta de Alcalá..." y yo pensé que de la puerta de Alcalá no, pero que de un puente sí que me iba a tirar cualquier día.

-Te va a dar el ataque, te va a dar, ¿te traigo la bolsa para hiperventilar? -me preguntó Celia.

-No, con que me acerques el Ventolín será suficiente. Esto es una locura, siempre lo mismo...

-No te quejes, ya sabes que yo daría la misma vida por tener a mis padres conmigo, que me he quedado más sola que la una en la vida. Y ahora ni unos padres ni otros, me va a dar el ataque a mí también, pero de pena...

-No te preocupes que los vamos a encontrar...

-¿Me lo prometes? -Su carita de necesidad hizo que se me cayera el alma al suelo.

-Palabra de Marina.

-Qué solemne te ha quedado. -Celia hizo un aspaviento de los suyos y yo esboqué mi mejor sonrisa.

Tenía toda la razón del mundo. Yo no tenía derecho a quejarme o, dicho de otro modo, si yo lo tenía, ella debía colgarse de un pino.

Me llamo Marina y mi historia debería ser de lo más convencional, claro que debiera serlo no quiere decir que lo fuera. Mejor dicho, lo fue hasta mis veinte años...

Concretamente ocurrió el día de mi cumpleaños. Mi madre, Susana, vino a recogerme tras haber estado de celebración con mis amigas. Lo hizo sola, pues mi padre, Alberto, que es policía, estaba de guardia esa noche.

Jamás hemos podido explicarnos cómo ocurrió. Bueno, no he podido explicármelo yo, porque mi madre por suerte no recuerda nada de lo sucedido.

El caso es que íbamos ambas charlando animadamente mientras ella conducía cuando, salida como de la nada, una motocicleta de gran cilindrada se nos empotró a toda pastilla por la luna delantera.

Milagrosamente yo salí casi ilesa a excepción de una pequeña cicatriz en la frente que no se observa a simple vista, pero que si te fijas está ahí y se da un aire a la de Harry Potter, motivo de mofa eterna para mis amigos. No imagináis las bromitas que he tenido que aguantar al respecto.

Por desgracia, lo de mi madre no quedó en una anécdota.

sino que fue una total pesadilla, pues la pobre entró en coma y estuvo así dos meses... Dos eternos meses en los que mi padre, mi hermano Carlos y yo rezamos a todos los santos para que no apartara de nuestro lado a la mujer que hasta entonces fue el faro que alumbró nuestros días.

En contrapartida, la fortuna quiso que mi madre despertara una buena mañana. Lo primero que preguntó al verme fue si ya me habían echado el agua bautismal. Recuerdo la cara con la que nos miramos los tres y las risas que nos echamos, felices por haberla recuperado y pensando que aquello era únicamente una laguna de su memoria.

Lo malo vino cuando comprobamos que más que lagunas, en su memoria lo que había era océanos completos... A mi madre, sencillamente, le faltaba un tornillo o mejor dicho una caja completa de ellos.

No tardamos en darnos cuenta de que la nueva situación había llegado para quedarse y que teníamos faena por delante. Hechos como que nos levantara cada mañana para ir al colegio, que quisiera ponerme dos trenzas o que se empeñara en vestir a mi hermano (que ya estaba estudiando Ingeniería Informática en la universidad), dieron las siguientes voces de alarma.

Por no contar cuando quería venir conmigo y con mis amigas, cogiendo la ropa de mi armario y fotografiándose, poniendo morritos en el baño, antes de coger la puerta para salir de marcha.

Mientras, el pobre de mi padre demostraba quererla más que a su vida y tener más paciencia que el santo Jobs. Un año después de su despertar, los médicos nos dijeron que ya su cabeza había avanzado todo lo que podía hacerlo y se había estancado.

"¿Avanzado?" Yo no sabía si reír por los nervios o llorar como una Magdalena por el percal que teníamos por delante. Y encima Carlos se nos echó una novia llamada Karina (sí, sí, igualito que los protas de la serie "Cuéntame cómo pasó") y lo que ambos nos contaron es que se iban a vivir a Londres y que allí nos quedábamos mi padre y yo con la papeleta.

Permanecí un buen puñado de años viviendo con ellos y echando una manita en todo lo que podía

en casa, pero seis meses atrás decidí independizarme con Celia, mi socia y amiga.

Celia y yo éramos uña y carne y ella también me había servido de gran ayuda con mi madre en innumerables ocasiones. No en vano, decía que también era la suya, su segunda madre; y eso que ella con lo de las madres y los padres tenía un cacao monumental que ya luego os contaré.

A resultas de aquella, mis padres ahora vivían solos, pero eso no quería decir que yo no estuviera en contacto permanente con ellos y que no me ocupara de muchos aspectos de su vida doméstica. Eso sí, más que nada a modo de supervisora porque de tenerles la casa como los chorros del oro y de que todo funcionara en ella se encargaba Urraca, su chica de servicio.

No voy a negarlo, la primera vez que me dijeron que su asistenta se llamaba Urraca, como los dibujitos animados aquellos de "Las urracas parlanchinas" me tiré al suelo de risa. Bromas aparte, yo debía besar el suelo por donde pisaba esa chica porque el marrón que me había quitado de encima era del tamaño de una catedral.

Dicho esto, yo sentía la obligación de estar al quite, por cualquier cosa que mis padres necesitaran, pero tenía la posibilidad de hacer mi propia vida sin mayores trabas.

Convivir con Celia estaba constituyendo toda una experiencia pues, aunque esa petardilla a veces me sacaba de quicio, yo la quería como a una hermana.

¿Por qué me sacaba de quicio? Por cosas como que solía hablar a voces (debía pensar que todos estábamos sordos); porque tenía la misma memoria que el pez Dory (por lo que no se acordaba nunca de nada de lo que yo le contara); porque tenía más cara que espalda (y a veces me ponía en el palo por ello) y porque le gustaba un móvil más que a un tonto un lápiz (y a menudo se pasaba horas inmersa en la pantalla y desconectada de todo mundo que no fuera virtual).

Aunque comprendo que la he puesto a parir en un momentito, también tengo que decir que Celia era la mejor amiga que una pudiera tener y alegre como unas castañuelas... Eso sí, agüita también con la niña cuando se enfadaba, dado que tenía un carácter que solía decir que no se aguantaba ni ella, claro que yo también era de armas tomar.

En definitiva, las dos teníamos un fuerte carácter, pero nos complementábamos a la perfección, aunque de higos a brevas nos formáramos unas buenas zapatuestas y nos pusiéramos finas. Pese a eso, todo hay que decirlo, nunca llegaba la sangre al río y, es más, despotricar nos servía para desahogarnos y luego echarnos unas buenas risas a costa de los improperios que soltábamos cuando se nos calentaba el pico.

He mencionado antes que, aparte de ser mi querida amiga, Celia era mi socia. Y es que hacía dos años que ambas nos lanzamos a la colorida y dulce aventura del cupcake y montamos el "Celicioso".

Elegimos este nombre haciendo honor al de Celia, pues fue mi amiga quien siempre tuvo en mente la idea de abrir el negocio y yo quien no tardé en asociarme con ella en cuanto la vi decidida.

La verdad es que bastó con abrir las puertas de nuestro precioso local, que nos llevó unos meses decorar, para saber que aquel iba a ser un éxito rotundo. Y lo fue, hasta el punto de que no

descartábamos abrir más sucursales en otro barrio de nuestra ciudad o contratar personal de refuerzo porque ambas no dábamos ya abasto.

No en vano, la nuestra era una de las pastelerías y cafeterías más cuquis, bonitas y dulces de la ciudad y en ella no solo vendíamos exquisitos cupcakes sino muffins, plumcakes, coconuts, tartas y otro sinfín de productos que hacían las delicias de los más golosos.

Todo esto nos permitía a Celia y a mí disfrutar de una posición económica desahogada y, aunque ambas teníamos en mente hacer alguna inversión inmobiliaria en el futuro, de momento nos habíamos lanzado al alquiler de un magnífico ático que decoramos a nuestro gusto.

El ático estaba a estrenar y sin amueblar, por lo que fue para vernos a la hora de personalizarlo. En mi vida había tenido más discusiones con Celia, parecíamos un matrimonio mal avenido.

Al final, dividimos la casa por estancias y cada una se encargó de la decoración de varias de ellas. El resultado, en contra de lo que pudiera pensarse, fue bastante armonioso y las dos estábamos muy satisfechas.

En lo que sí hubo unanimidad fue en cómo queríamos ambientar la amplia terraza, a la que dimos un toque chil out que quedó de dulce, como no podía ser de otra manera, que para eso nosotras éramos pasteleras o "cupcakeras", como solíamos decir.

Y no es que ello implicara que Celia y yo nos pasáramos el día entre fogones, que para eso he de confesar que no valemos demasiado. Nosotras nos dedicábamos a comercializar los cupcakes y productos que nos surtía directamente un selecto obrador, por lo que siempre íbamos de punta en blanco, encargándonos del despacho al público.

Hablando de Celia, y como lo prometido es deuda, es hora de contar la rocambolesca historia de mi amiga, que no tiene desperdicio. La conozco desde mi más tierna infancia y puedo decir que no hay en el mundo una persona con

mejor corazón que ella. Esa es la razón por la que se me partió el alma cuando perdió a su padre, a quien le atropelló nada más y nada más que un autobús, contando ella con quince años.

Huelga decir que la indemnización que recibió su madre por parte de la empresa municipal, habida cuenta de que la responsabilidad resultó ser del conductor, fue de aúpa.

La madre de Celia siempre decía que ese dinero le serviría a su hija para ir a la universidad, pero lo cierto es que mi amiga tenía las mismas ganas de cursar una carrera que yo, o sea, ningunas.

Lo que sí hicimos fue formarnos en la Escuela de Hostelería y matricularnos en diversos cursos de repostería, gestión de empresas y demás que nos ayudaron en gran medida a poner en marcha un negocio con el que desde el principio comentábamos entre bromas que íbamos a levantar un imperio, como el de Antonio Recio, "el mayorista que no limpia pescado".

En nuestro caso éramos "las pasteleras que no hacíamos pasteles", que lo de pringarnos las manos no iba con nosotras. A Celia y a mí nos gustaba mucho más embolsillarnos el dinerito que nos proporcionaban los dulces y con él irnos de shopping y pegarnos la vida padre, en resumen.



Un año antes del accidente que le había dejado a mi madre la cabeza a la virulé, sucedió algo inesperado; la vida volvió a azotar a la pobre Celia y eso que era más buena que el pan. Y es que su madre también la abandonó, a

consecuencia de una enfermedad que se la llevó por delante en pocos meses.

Hasta ahí podemos decir que todo normal si no fuera por el

"detalle" de que, en su lecho de muerte, la madre de Celia le confesó que era adoptada. Presa de los nervios y la emoción, mi amiga le preguntó sobre la identidad y procedencia de sus padres biológicos y cuando la buena mujer estaba a punto de contestarle, expiró y mi amiga se encontró de repente huérfana y en shock por la noticia.

La imagen era grotesca; su pobre madre con la lengua fuera y mi amiga también con los ojos fuera, pero de sus órbitas, no pudiendo dar crédito.

A partir de ese momento, no pasaba un día sin hacer un nuevo intento por dar con quienes la concibieron, aunque hasta la fecha habían sido infructuosos. No por ello cejaba mi amiga en su empeño ni lo iba a hacer yo tampoco, hasta ahí podía llegar la broma.

Por mi parte estaba segura de que un día íbamos a descorchar una botella de champagne celebrando que los habíamos encontrado y a ella se le llenaban los ojos de lágrimas pensándolo.

La pronta muerte de la madre de Celia, eso sí, la hizo heredera de la indemnización recibida por el atropello de su padre (aunque pudiera sonar a chiste), que ella invirtió en levantar el negocio. Yo le ofrecí pedir un crédito para poner la mitad del dinero, pero ella me dijo que mientras nos pudiéramos valer así no iba a consentir que me frieran los bancos a intereses, cosa que le agradecí.

No tardamos en recuperar la inversión y en podernos fijar un sueldo de lo más decente, que nos permitía disfrutar de la vida a lo grande pese a nuestra juventud.

En definitiva, nos sobran razones para considerarnos unas auténticas privilegiadas, si no contábamos con el hecho de que mi madre estaba tocada del ala, sus padres adoptivos en el otro barrio y los biológicos en paradero desconocido. Menudencias...

## Capítulo 2

Echamos la baraja no sin antes fijarnos en lo precioso que nos había quedado el escaparate aquella mañana.

-Si es que somos unas artistas. -A Celia le encantaba que nos tiráramos flores, bueno y a mí también.

-Pues sí, no lo vamos a negar. Yo creo que nos hemos ganado unas cervezas y unos pinchos como Dios manda.

-Pues ya estamos tardando, que además tú tienes que comer bien para estar fuerte, que para eso

vas a hacer la Primera Comuni3n en breve.

-Por lo que t3 m3s quieras no me lo recuerdes, que me la est3 dando mortal y estoy viendo que se cuele por la pasteler3a con el trajecito en el momento menos pensado.

-Con lo que le gusta a tu madre quemar tarjeta como a nosotras, no lo dudes...

-Suerte que mi padre se encarga de las cuentas, porque si no cualquier d3a se encuentra con un desfalco como un cam3n.

-Pobrecita, menos mal que ella disfruta con todo y no parece enterarse de nada.

-No, no, ella no se entera, los que nos estamos enterando, pero bien, somos nosotros.

-Ya, eso como lo del chiste, ¿no lo conoces?

-No, pero cu3ntamelo a m3 nada m3s y no a toda la calle, que te conozco con el torrente de voz ese que Dios te ha dado.

-Exagerada, ya no deber3a decirte ni mu, pero venga, va... -

Hizo como un redoble de tambores.

-Anda que no te gusta a ti un protagonismo ni nada. Dale ya, mujer...

-Pues dos que se encuentran y le dice el uno al otro: "oye, que me he enterado de que te has casado" y el otro le contesta "no, a ti te lo habr3n contado, pero el que se ha enterado soy yo..."

-Muy bueno, qu3 topicazo... Ya ves, sin embargo, los que se casen con nosotras se podr3n dar con un canto en los dientes, menudas dos joyitas que se llevan...

-Dos joyitas de platino sois vosotras...

-¡¡¡Alex!!! -Celia y yo saltamos de la silla y fuimos a abrazar a nuestro amigo.

-¿C3mo est3n mis dos preciosas preferidas? -nos pregunt3 mientras ambas le d3bamos un abrazo.

-Pues hechas dos maravillas, ¿y t3?

-Deseando veros-nos content3 devolvi3ndonos el abrazo con fuerza.

-Anda que escribes para decir que has vuelto... Ni para nada, hay que saber de ti por las redes, est3s hecho un aut3ntico descastado-nos quejamos casi a d3o poniendo cara de pocos amigos.

-No puedo alegar nada en mi defensa, esa es la verdad.

Soy un descastado.

-Pues vaya birria de abogado est3s t3 hecho. -Le saqu3 la lengua, provoc3ndolo.

-Va a ser eso. -Sacó a pasear la mejor de sus sonrisas.

Conocía a Álex desde que yo no levantaba un palmo del suelo, pues era el mejor amigo de mi hermano Carlos y de niños pasaba más tiempo en mi casa que en la suya. Ese era el motivo de que Celia también lo hubiese tratado bastante.

Dicen que el roce hace el cariño y algo de eso debía haber, porque Álex no tardó en convertirse en mi amor platónico, circunstancia

que

se

prolongó

durante

toda

mi

adolescencia.

He de decir que jamás pasó aquello de ser eso, un mero amor platónico que yo pensaba que él intuía, pero que yo hubiera muerto de la vergüenza antes de confesarle. Con el paso de los años vi marchar la edad del pavo y junto con ella lo que yo sentía por Álex, aunque el cariño siempre estaría ahí.

También ayudaron a ello mis amores de juventud... No es que ninguna de mis historias románticas hubiera sido para tirar cohetes, pero una había tenido sus escarceos amorosos, igual que Celia. En cualquier caso, todavía no

había llegado quien nos hubiera tocado la patata en condiciones y eso de que nos rompieran el corazón era una amargura que no habíamos experimentado.

Álex se sentó a tapear con ambas, pues teníamos mucho de lo que ponernos al día.

-¿Cómo te ha ido en Nueva York? Ejercer allí tiene que ser una verdadera pasada-le pregunté en el colmo de la admiración, esa que siempre había sentido por él.

-Fenomenal, es como entrar en otra dimensión, pero al final la cabra tira al monte y en España vivimos y comemos muy bien, y tú sabes que a mí la comida me pierde. -Se tocó la panza como si en vez de unos abdominales de quitar el hipo hubiera en ella algo de grasa.

-Sí, todavía me acuerdo de la rabia que me daba que mi hermano y tú os comierais siempre mis galletas...

-Bueno, para eso están los hermanos mayores y sus amigos, para hacer rabiar a las hermanas pequeñas, ¿o no es así?

-Pues no, listillo, no lo es...-Le revolví el flequillo como solíamos hacer de niños...

-Entonces, ¿has vuelto para quedarte?

-Eso dicen. -Enarcó una ceja, haciéndose el interesante.

-Ea, ya nos has dado el día, con lo bien que iba. -Me encantaba darle caña.

-Y a vosotras, ¿cómo os va? He escuchado por ahí que os van a dar el premio a las empresarias del año-bromeó.

-Ríete, ríete, pero algún día lo harán. Celia y yo no vamos a parar hasta que nos veamos en la portada de la revista

Forbes, te lo advierto.

-Eso, eso-indicó ella mientras que levantaba el dedo para que nos trajeran unas cervecitas.

-¿Y unas empresarias tan exitosas estarían dispuestas a salir una noche con un humilde abogado a tomar algo? -nos preguntó poniendo carita de ángel.

-No sé, no sé, nos lo tendremos que pensar. No sé si eres bastante para nosotras...-le respondí para enredar un poco.

-Pues ya os estáis dejando de tonterías que hoy es viernes y he quedado con el grupo de amigos de mi hermana Paula para salir. Es su cumple y seguro de que estará encantada de que vengáis.

-Pues no se hable más...-Mi aceptación fue inmediata, sin contar con Paula, que me miró como diciendo que de qué iba yo.

Álex se marchó a la media hora y Celia no tardó en decirme lo que yo sabía que me diría.

-¿De verdad nos vamos a tener que tragar esta noche a la tonta del culo de Paula así, sin anestesia y sin nada?

-Mucho me temo que sí, pero es que ya sabes que Álex es un amor y no he querido hacerle el feo.

-Tú estás majara, ¿no seguirás encoñada?

-¿Qué dices? ¿Cuánto ha pasado de aquello? Un montón de siglos ya-exageré.

-Un montón de leches es lo que te voy a dar yo como esa gente me agüe la fiesta esta noche, que según es la niña, así serán los amigos...

-¿No habíamos quedado en que no juzgaríamos a la gente hasta no conocerla?

-Pero se pueden hacer excepciones y esta va a ser una de ellas, ¿qué te juegas?

-No empieces ya con la paranoia, que vamos a salir de fiesta, no a pasar las de Caín...-repuse

mientras resoplaba.

-Un poco paranoica sí que estoy, pero es que sabes que también me tiene muy nerviosa lo del dichoso temita de la pastelería que nos van a abrir enfrente. No puedo evitarlo.

-Mira que eres insegura, ¿tengo que repetirte que no va a pasar nada? Nosotras tenemos una clientela fiel que no va a irse con el primero que nos haga la competencia. Confía un poquito en ti misma...

-Ya, pero es que a veces la suerte es un poco ramerilla y hoy está contigo y mañana con otro...

Todos los días la misma cantinela. Celia cagada de miedo por lo de la competencia y yo intentando quitárselo como si no pasara nada, aunque también me daba un cierto escalofrío, esa era la verdad.

Hasta ese momento habíamos tenido más suerte que un quebrado porque ni sombra de competencia nos había hecho nadie en el barrio, pero hacía un tiempo que un amenazante cartel anunciaba la apertura de una pastelería casi frente por frente a la nuestra.

Yo, si he de ser sincera, miedito sí que sentía, pero una de las virtudes de Celia no era precisamente la de ser demasiado segura en cuanto a ese tema, por lo que no

podía verme vacilar ni lo más mínimo o se podría ir por la patilla, la pobre.

No veía yo que las tuviera todas consigo pese a mis intentos por tranquilizarla, más que nada porque la frente se le perló de una fina capa de sudor, por lo que enseguida acudí al plan B.

-¿Qué te vas a poner esta noche? Recuerda que hay que darle a Paula por saco...

-Hombre si me la tengo que tragar no va a ser sin tocarle un poquito las narices, eso puedes jurarlo...

-Tampoco vayas a pasarte, a ver si metemos la pata hasta el cuadrejón como aquella vez que nos echaron de la discoteca.

-No me seas cansina, ¿eh? Que hace ya mucho tiempo y no pierdes ocasión de darme remoque con eso.

Celia había discutido con una chica por el turno de entrada en el baño de la mencionada discoteca y casi llegan a las manos o, mejor dicho, a los pelos. Al final nos pusieron a las dos de patitas en la calle, a ella por lanzada y a mí por meterme donde no me llamaban.

-¿A qué llamas tú mucho tiempo? Dos meses hace, niña...

-¿Tan poco? Pues se me han hecho como dos siglos. Será que el trabajar contigo me nubla el sentido o ralentiza el tiempo o las dos cosas. -Ya sabía ella que yo me picaba sin necesidad de comer ajos y estaba manos a la obra.

-Ya quisieras tú tener mi tesón y mi carisma en el trabajo, no habrías encontrado mejor socia ni

buscándola con una lupa.

-Mejor no, pero menos coñazo seguro que sí, ¿nos vamos de compras antes de abrir el "Celicioso"?

-Si pagas tú, vale...

-Un mojón voy a pagar yo, que eres como el tío Gilito, tienes que estar amasando una fortuna a mi costa.

Cualquier día abro el cuarto del fondo del ático, el que tenemos de trastero, y me cae una montaña de oro en lo alto...

Yo no es que fuera de la Hermandad del Puño Cerrado, pero me encantaba plantearme como reto que mis cosas las pagaran otros... Era como que me ponía, una diversión que a Celia la sacaba de sus casillas, lo que provocaba que yo lo hiciera peor.

-Mira, mira, qué zapatitos más monos para tu Primera Comuni3n-me dijo una vez entramos en una zapatería, a modo de fría venganza.

-Cap3n que te llevaste...

-Animal de bellota, que me has hecho daño en la cabecita.

-Pues ajo y agua, no seas tiquismiquis que tú no estás estudiando ni nada...

### **Capítulo 3**

Lo que me pude reír aquella noche arreglándome con Celia no estaba ni en los escritos...

Que Paula era una pavisosa insoportable nadie lo ponía en tela de juicio, pero que mi amiga le tenía echada la cruz a tope... eso también era innegable.

Álex y Paula eran hijos de padres separados, circunstancia que provocó que, mientras que su hermano no jugó nunca a tensar la cuerda con sus progenitores, la jodida niña lo hiciera hasta el punto de intentar ahogarles.

En nuestra adolescencia era de lo más común que ella alardeara de ropa o complementos de las mejores marcas o de tecnología de última generación, creyéndose la reina de Saba.

Más de una vez tuvo que salir como una bala y yo pillar al vuelo a Celia para que no le diera la del pulpo, dado que la niña aquella no tenía pelos en la lengua a la hora de decir cosas como que ella llegaría más lejos en la vida y que nosotras éramos unas muertas de hambre.

De no haber sido por mí, la que podría haberse dado por muerta era ella, ya que Celia se la tenía jurada. Con el tiempo, Paula se fue a estudiar al extranjero y le perdimos un poco la pista, aunque desde su vuelta habíamos coincidido con ella en un puñado de ocasiones en los que apenas intercambiamos unas palabras.

-Palabrita del Niño Jesús que como saque a pasear la lengua para presumir de algo, esa termina esta noche con la cabeza metida en el wáter...

-Celia, no seas bruta y hazlo por Álex, que él es nuestro amigo... Tómalo como un reto...

-¿Un reto? Un martirio chino es lo que es. Lo último que pensaba yo es que esta noche me iba a dar una indigestión por Paulitis. ¿Sabes lo que te digo? Que por lista la cena la vas a pagar tú y no se te ocurra rechistar.

-Vale, vale, no te preocupes...

-Huy, tanta sumisión me escama, con lo que te cuesta a ti abrir la cartera, ¿no habrá gato encerrado?

-No seas lerda, para mi amiga del alma siempre lo mejor, ya lo sabes...

-Repito, me suena a chamusquina, pero bueno....

-No seas desconfiada, anda.

-Vale, voy calentando las planchas del pelo que quiero hacerme las ondas esas delanteras que tanto se llevan.

-Seguro que te quedan divinas, relájate, que yo me ocupo de todo-resoplé.

-¿Estás bien? Si quieres voy por el termómetro-bromeó.

-Qué poquita paciencia me tienes, hija mía...

Un rato después la vi venir hacia la cocina con el pelo divina de la muerte...

-Vengo por un vaso de agua, ¿nos vestimos ya y nos vamos?

-¿Qué dices? No me fastidies que te vas a perder mi cena, con el cariño que te la he preparado...- le pregunté esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

-Rata miserable, no me vayas a decir que has preparado dos sándwiches de poca monta con tal de no invitarme a cenar. -Su gesto estaba entre lo ofuscado y lo sorprendido.

-Qué cruel eres, me has hecho daño en el corazoncito...

Encima que me he esmerado en prepararte una cena de lujo.

-¿Una cena de lujo? Esto es para mearse y no echar ni gota, cada día me dejas más de piedra.

-Siéntate, tonta, que te va a gustar. -Le guiñé el ojo con guasa arriesgándome a que ella me lo dejara cerrado de un mamporro.

-Me va a encantar, ¿no ves los saltos que pego? Cada día te cuesta más rascarte el bolsillo,

guapita de cara, yo esto no me lo como...

-Está bien, está bien, vaya carácter... Pero tirarlos no los vamos a tirar, que te conste, que eso es pecado capital. No los comemos mañana por la mañana.

-Ok, que con la resaca lo mismo ni nos enteramos, pero así a palo seco se va a comer eso mi prima la coja, fíjate.

-De verdad que estás de un mal humor que no hay quien te aguante, ¿no tendrás algún desequilibrio mental o algo?

-El desequilibrio mental lo sufrieron tus padres el día que llegaste al mundo, tira a vestirse o cobras...

-Vale, pero te cojo las planchas, que veo que funcionan muy bien.

-Sí, sí, no sea que te arruines comprándote unas...-Volteó los ojos.

-Y el antiojeras...

-Y la leche, pero no la limpiadora, sino la que te voy a arrear yo como sigas mangándomelo todo. ¿No te regalé un set de maquillaje que no se lo saltaba un galgo por Reyes?

-Pero ese lo estoy preservando...-argumenté rauda y veloz.

-¿Preservando

para

cuándo?

-me

preguntó

con

incredulidad.

-Para cuando te falte a ti algo, obviamente.

Obviamente cobré, eso estaba claro...

Media hora más tarde salíamos por la puerta como dos modelos. Las dos éramos bastante altas y teníamos buena fisionomía, pero el ratito en el gym a primera hora de la mañana o a última de la noche, según el día, también ayudaba.

Solíamos hacerlo de lunes a jueves y aquel era uno de nuestros salvoconductos para lucir maravillosas.



Las miradas que nos echaron varios chicos al salir a la calle nos corroboraron que íbamos despampanantes; yo de negro, que era mi color favorito para la noche, y Celia de rojo.

Ambas nos decantamos por unos preciosos vestidos, en su caso con mangas abullonadas, que tan de moda estaban, y en el mío con un sugerente escote que llamaba la atención.

-Como tienes más pechuga que la Ramona pechugona de la canción puedes ponerte esos vestidos- se quejaba ella mirándome.

-Claro, como que tú estás plana como una tabla de planchar, no te fastidia. Anda que no te miran también las domingas...

-Pero no tanto como a ti, que nos haces la competencia a todas, asquerosilla...

-Pues nada, un día de estos te pago una operación de estética y santas pascuas, tan feliz...

-Sí hombre, para que sea como lo de los sándwiches y me la quieras hacer tú en la encimera de la cocina, no te jode.

-Oye, tú eres un poquito desconfiada y eso no es bueno para la salud.

-Yo de ti en lo tocante al dinero me fío menos de lo que lo hace un pavo cuando escucha una pandereta, fíjate.

-Así no va a prosperar nuestra relación, te lo advierto...

-¿Ahora somos pareja o qué? No me toques más la moral y vamos al italiano ese que tanto nos gusta.

-Vale, pero que tengo un problemilla, que me he dejado la cartera en casa.

-No será verdad. -Su gesto contrariado lo decía todo.

Y sí lo era y lo mejor es que no lo había hecho a propósito.

Por una vez las prisas me habían jugado una mala pasada...

-Sí lo es, me temo. -Sonreí buscando su beneplácito y lo que encontré fue un "te mato" que me hizo apartarme de ella por si las moscas.

-Pues ya me estás haciendo un Bizum como la copa de un pino o no cenas...

-Vale, vale, lo dicho, tú tienes un desequilibrio emocional y a eso hay que ponerle remedio, ¿Cuánto tiempo hace que no echas un polvillo?

-Que me dejes, no me busques que me encuentras.

-¿Ves? Estás irascible, se te nota en la mirada.

-Tú sigue...

Tengo que reconocer que me la estaba jugando. Caldearla tanto y luego llevarla al cumple de Paula podía resultar una bomba de relojería, pero es que a mí los juegucillos me podían.

Finalmente, traté de no echar más leña al fuego y cenamos en paz en el italiano.

-¿Estás pensando en tus padres? -le pregunté cuando vi cómo se quedaba mirando a una pareja que llevaba a una niña de pocos meses de edad en una silla.

-Es que ni siquiera les voy a poder decir a mis hijos quiénes son sus abuelos, ¿no lo entiendes?

-Pues claro que no lo entiendo, ¿quién va a tener el valor de hacerte a ti un hijo? -'bromeé para quitarle hierro al asunto.

-Tú sigue y vas a tener que contratar un buen seguro dental, se ve venir...

- "Se nota, se siente, Celia para presidente..."- empecé a canturrear con idea de distraer su atención, que para algo aquella iba a ser noche de fiesta.

#### **Capítulo 4**

-Estoy cayendo en una cosa, ¿deberíamos haberle traído algún regalo a Paula? Yo no he pensado en eso en toda la tarde.

-Sí, un jamón con chorreras es lo que deberíamos haberle traído y refregarle las chorreras por todo el vestido ese blanco impoluto que me lleva, con esa...

-Con esa delantera, ¿no? -añadí, terminando la frase que había comenzado su amiga.

-Será guarri, ella no tenía esas tetas ni por asomo. Se las acaba de poner...

-Hombre, ahora mismo en el cuarto de baño no creo que haya sido, pero te entiendo, que son recientes.

-Joder, al final entre las naturales y las operadas me vais a hacer a mí coger complejo-se quejó.

-Y dale Perico al torno, no eres tú pesadita ni nada, hija mía. ¿Cómo tengo que decirte que tú estás para ponerte un piso y encima que tienes un culito que ya lo quisiera la Cristina Pedroche?

-Mira, ahí has estado bien, alguna vez tenías que acertar...

Miramos a nuestro alrededor y no vimos a Álex, pero Paula no tardó en acercarse a nosotras.

-Felicidades-le dije sin demasiada emoción.

-Gracias, ya me dijo mi hermano que os había invitado, sin mi permiso, por cierto, pero qué se va a hacer.

-Si quieres nos vamos, menudo problema-le soltó Celia.

-¿Y tú no tienes nada que decirme? -le preguntó ella.

-Sí, que sigues siendo tan repelen...

-Que te felicita también, Paula, que ella es muy irónica-añadí yo mientras le daba un codazo a Celia que no sé si me dolió a mí más que a ella.

Paula adoptó una mueca de asco y a continuación giró sobre sus talones.

-Joder, ¿tú tienes un codo o un cable pelado? Porque menuda corriente que me has dado...

-Corriente es lo que no eres tú, que siempre tienes que dar la nota. Dijiste que lo harías por Álex.

-Yo no dije nada, eso son invenciones tuyas. Tú has querido que estuviera aquí y aquí estoy, pero no le pienso bailar el agua a la Barbie esa de pacotilla, he dicho.

-Y yo lo he escuchado. Cállate ya un poquito que me está doliendo tela la cabeza, zopenca... Mira, aquellos dos nos pueden dar entretenimiento a tutiplén, qué monerías...

-¿Aquellos? Joder Marina, ¿ahora te has vuelto una asaltacunas? Pero si deben tener dieciocho años recién cumplidos, los habrán dejado entrar de chiripa.

-Aquellos no, bestia... Los de atrás, que tienen una sonrisa para ponerle un mirador delante.

-Ah, pues mira, tienes razón, menudos dos ejemplares...

-Eso, ejemplares, estás de lo más acertada últimamente,

¿no puedes ser menos bruta?

-Oye, que he dicho ejemplares y no sementales, a ver si vas a necesitar ahora un audífono.

-Calla, calla, que vienen para acá.

Los chicos se acercaron y se ofrecieron a traernos una copa. La carita de Celia era de guasita total cuando se fueron.

-Encima ni vas a pagar, como a ti te gusta.

-Pues es verdad, aunque no es cuestión de sexos, también disfruto de lo lindo cuando te doy los sablazos a ti. Oye, ¿se han presentado?

-Pues no, han ido directos a la invitación, se ve que estaban seguros de que aceptaríamos.

-Ummm, eso me pone, pero que tampoco vean demasiado interés, ¿ok?

-Eso está hecho, no vayan a pensarse que todo el monte es orégano.

Los vimos venir y nos pusimos a charlar entre nosotras como si tal cosa.

-Gracias-dijimos cuando pusieron las copas en nuestras manos.

-De nada, por cierto, yo soy Álvaro y él Domingo, aunque estemos a viernes.

-Muy gracioso-le respondió su amigo.

-¿Y vosotras? -nos volvió a preguntar Álvaro, fijando su azul mirada en mí.

-¿Nosotras qué? -le pregunté haciéndome la tonta.

-Que cómo os llamáis, mujer...

-Yo soy Marina y ella es Celia...

-Muy bien, ¿y a qué os dedicáis Marina y Celia?

-Pues mira somos pasteleras, ¿cómo lo ves? Pero pasteleras de postín, no os vayáis a creer que cualquier cosa.

-No lo ponemos en duda-repuso Domingo, quien se veía bastante más prudente que su amigo.

-Ya decía yo, ¿y eso viene de familia? -nos preguntó Álvaro.

-¿El qué? -le preguntamos ambas con descaro.

-Lo de ser pasteleras, porque mi amigo y yo nos estábamos planteando que dos bombones como vosotras no los fabricaba cualquiera...

-Sois un poco tontos, ¿no? -les preguntó Celia con su habitual desparpajo.

-No, solo nos hemos quedado un poco tontos temporalmente, pero ha sido ante la inusual visión de tanta belleza. -Álvaro se veía de lo más suelto.

-Pues aquí tonterías las mínimas, así que os podéis ir a sacudiros el pavo a otro lado y ya, si eso, luego hablamos...

Mi amiga me cogió por el brazo y salimos andando.

-Un poquillo borde sí que eres, ¿no? -le pregunté sin dilación.

-Pues mira sí, que espabilen.

-Pero si yo los he visto tela de espabilados, sobre todo al tal Álvaro...

-Ya, pero es que precisamente a mí el que me ha gustado ha sido el otro, Domingo, y lo he visto muy paradito. Así se pone las pilas.

-Pues curiosa manera de demostrarle que te ha gustado.

-Es lo que hay. -Mi amiga se sacudió la melena con tan mala suerte que ya tenía a Domingo pegado a sus talones.

Lo de la mala suerte no era porque el muchacho la persiguiera, que si el tenía ese valor era cosa suya, sino más bien porque le dio en todo el ojo con el pelo y casi se lo saca.

-¡Dios qué dolor! -le escuchamos decir y de repente estábamos rodeados...

La estampa era la siguiente: Álex acababa de llegar y miraba con curiosidad la que estábamos montando. Lo hacía de la mano de Rosaura, la que luego nos presentó como su novia. A su lado, su hermana Paula, que nos estaba quitando las tiras de pellejo con sus amigas Blanca y Vilma, a las que conocíamos de vista. Y detrás de Álvaro y Domingo, algunos otros amigos de Paula que nos miraban a Celia y a mí como si fuéramos monitos de feria.

- Baich, baich -dijo mi amiga para dar por terminada la improvisada reunión.

-Si es que de donde no hay, no se puede sacar-escuchamos que Paula les decía a Blanca y a Vilma.

-Un ojo, yo a esta lo que le saco es un ojo, te lo prometo-me dijo Celia por los bajinis.

-Tú estate quietecita, por lo que más quieras, que el ojo por poco se lo sacas a Domingo...

-¿Y a quién se le ocurre ponerse justo detrás de mí?

-A cualquiera que no sepa que tienes complejo de modelo de anuncio de pelo Pantene, guapita, que no lo has dejado tuerto de milagro.

Eso último debieron escucharlo los chicos y Álvaro se acercó, confiado.

-Yo creo que merecemos que nos compenséis, habéis estado a punto de lisiar a mi amigo de por vida, no hay más que ver la carita que se le ha quedado.

En ese momento Domingo parecía un bombón, pero de licor, porque el ojo se lo habíamos dejado más rojo que un tomate.

-Venga, nos tomamos la copa con vosotros, pero os lo advertimos desde ya... no nos gustan los hombres quejicas-dijo Celia mientras le daba un caderazo a Domingo para que empezaran a bailar.

Menos mal que decía que íbamos a hacernos las interesantes, había bastado un intento de ojicidio para que mi amiga y él comenzaran a bailar como si no hubiera un mañana.

-¿A que ya no te duele ni nada? -le preguntó ella mientras le echaba viento en el ojo y seguía contoneando sus caderas.

-Si me echas viento, obvio que me duele menos-le respondió él mientras Álvaro buscaba mi aprobación para comenzar a bailar.

En esas estábamos cuando empezó a sonar algo lento, para abucheo de Paula y su corte, a las que solo les gustaba el reguetón, y los cuatro comenzamos a bailar pegados, como diría Sergio Dalma.

Mientras que Domingo parecía de lo más cortés y dejaba una prudente distancia con mi amiga, Álvaro se me pegaba como una lapa.

-Oye tú, que corra un poco el aire, que estamos viciando el ambiente, ¿no te parece? -le pregunté pese a que me parecía un caradura con gracia.

-De vicio me parece que estás tú, pero bueno...

Un par de bailes más y ya me tenía un poco agobiada, para qué nos íbamos a engañar.

-Mira guapo, yo voy a ir a empolvarme la nariz al tocador, que me siento un poco presionada...

Y para presionada lo que debía estar su bragueta, porque Álvaro despedía más calor que una sopa de tomate, por Dios qué barbaridad.

-Te digo una cosa, yo creo que me he equivocado, a mí este tío me parece que se columpia demasiado-le dije a Celia en el baño.

-Y para mí el otro se mueve menos que una pelusa en un esparadrapo, ¿y si...?

-¿Nos los cambiamos? Por mí perfecto, que yo creo que tú al tal Alvarito le vas a coger mejor la medida.

-La medida y lo que no es la medida, que lo estaba mirando meterte cuello y a mí me estaba poniendo.

-Pues barra libre que yo a los que van tan a saco Paco no los soporto, ya lo sabes.

Salimos del baño y, sin más, nos fuimos cada una para el chico contrario. Ellos se miraron entre sí un tanto atónitos.

-¿Habéis visto un fantasma? Cambio de parejas, que no nos ha parecido muy acertada la elección-les informó Celia.

-¿Así, sin más? -le preguntó Álvaro y ella se puso delante de él, de lo más chulilla.

-¿Algo que objetar? Porque si no te gusta lo que ves yo doy un pisotón y aparece una cola de cuarenta, no sé si me explico.

-Claro que me gusta, mujer, solo es que me ha sorprendido.

-Pues calla y baila, que es lo que tienes que hacer.

Bendito cambio porque todo fue como la seda a partir de ese momento. Sin duda que yo congenié a la perfección con Domingo y que Álvaro y Celia también hablaban el mismo idioma.

Mientras, Paula y sus amigas estaban que se mordían las uñas observando la escena. Se veía claro que sentían que les habíamos comido el terreno y estaban más negras que el tizón por ello.

Un rato después, con un montón de bailes y alguna copa de más, nos dispusimos a irnos. Antes, al salir del baño, me crucé con Álex.

-Veo que lo estáis pasando fenomenal...

-Sí que está siendo una gran noche. Sensacional diría yo para ser el cumple de Paula, que ya sabes que Celia y ella son como el agua y el aceite.

-Eso es verdad, vaya dos...

-Por cierto, Rosaura es una monada, no sabía que tenías novia.

-Sí, llevamos un año juntos en Nueva York y está dispuesta a emprender la aventura española conmigo.

-Pues cuídala, que "de esos cocos, pocos".

-Lo haré. -Me dio un beso en la mejilla y nos despedimos.

A renglón seguido, y dado que trabajábamos a la mañana siguiente, Celia y yo nos marchamos.

-Los teléfonos-nos pidieron a coro Álvaro y Domingo.

-Os lo vais a tener que currar un poco más-les respondió Celia, a quien le gustaba mucho un juego.

-No seáis malas, please . -Unieron ellos las manitas a modo de ruego.

-Solo os diremos que nos podréis encontrar en la mejor pastelería de la ciudad, con eso no os decimos nada y os lo decimos todo.

-Pero eso será como buscar una aguja en un pajar, esta ciudad está llena de pastelerías y encima es inmensa.

-Pues en vosotros está el que se os note el interés o no, arreando que es gerundio.

Celia se abrió paso entre ellos y se lo dejó claro como el agua. Yo la seguí mirando a Domingo que me decía adiós con la manita como con cara de resignado.

## **Capítulo 5**

-Corre y cómete el sándwich que te hice ayer que nos tenemos que ir a currar...

-Así me gusta, Celia, que me despiertes relajadamente y me digas que no hay prisa.

-Claro, y ya de paso, si te parece te doy un masajito también, ¿no te fastidia?

-Venga, sí...

-Pues mira, no es mala idea, pero que me lo des tú, que debo tener una contractura en el cuello, me duele una barbaridad.

-¿Una contractura? Por Dios, ponte un pañuelo, que lo que tienes es un chupetón que parece que te ha atrincado Drácula y te ha puesto fina filipina.

-¿Un chupetón? Eso ha sido mi Alvarito, cómo me pone.

-Miedo me da a mí de ese, que debe atacarle a todo lo que se menea, ¿no te parece?

-Bueno, hija, que yo tampoco es que tenga colgado en el armario el vestido de novia, tranqui, no te aceleres.

-Ya, pero a mí es que eso de las aventuras no me va, ya lo sabes.

-No, no, a ti te tienen que poner primero el pedrolo en el dedo y luego ya si eso hablamos, pero las cosas no

funcionan así, guapita de cara, llevan su orden natural.

-¿Y su orden natural pasa porque primero te chupen la sangre del cuello? Porque por mi madre de mi alma que yo eso no lo entiendo.

-Bueno, no me tires de la lengua, que por chupar...

-¡¡¡Calla, demonio!!! - Le tiré con un cojín...

-Venga, haya paz y a desayunar, que tengo unas ganas locas de ir a currar-ironizó.

-Y yo, y yo...

-Oye Marina, que lo de cerrar los lunes hasta ahora nos ha funcionado, que está muy bien, pero que yo estoy hasta las narices ya de currar los fines de semana. La cosa va viento en popa y cada día hacemos mejores cajas, ¿tú cómo ves que contratemos a alguien para los domingos?

-Cierra el pico, que no te lo vas a creer, que resulta que yo he soñado lo mismo esta noche.

-¿Has soñado con trabajo? Pues anda que eres tú un chorro de alegría, hasta urticaria me acaba de dar.

-No me seas bestia parda, vale que era trabajo, pero que resulta que habíamos contratado a los chicos y cuando volvíamos al "Celicioso" la cola llegaba hasta la plaza de abajo, porque eran gigolós y estaban despachando mientras hacían un numerito.

-¿Te imaginas? Todavía a Álvaro lo veo, pero lo que toca Domingo me parece a mí que tiene de gigoló lo que yo de monja. Vamos, para comerte, lo que no pienses o sueñes tú...



-Que sí, que sí, que no te voy a contar lo que estaban haciendo con los tarros de nata pastelera porque entonces no nos meneamos de aquí en toda la mañana.

-Mírala ella, qué mente más calenturienta... Y luego soy yo, qué gran verdad es esa de que "unos tienen la fama y otros cardan la lana".

-Hija, es que hay un término medio entre ir por el mundo deseando pillar cacho o ponerte un cilicio en la pierna a modo de penitencia...

-Con un cilicio te voy a dar yo en todos los dientes como no te levantes ya y te pongas en marcha, que eres más cansina...

-Pues las clientas bien contentas que estaban, que lo sepas...

-De eso no me cabe ninguna duda. De hecho-entrecerró los ojos-me estoy imaginando a una en concreto que se iba a poner como un zollo a base de estar todo el día comprando cupcakes.

-Ya te digo, claro, Fernanda estaba allí en primera fila, jaleando...

-¿Jaleando o jadeando?

-Muy aguda, tú te has despertado hoy la mar de inspirada,

¿no? ¿Por qué será...?

Fernanda era una de nuestras clientas más particulares, aunque dicho sea de paso también de las más fieles, pues no había día que no pasara por el local.

Calentamos los sándwiches, nos los comimos volando y nos fuimos a currar. Nuestro horario de fin de semana

tampoco es que fuera precisamente para desear la muerte a pellizcos, pues abríamos a las diez de la mañana, pero aun así anduvimos hasta allí como dos almas en pena.

-A los buenos días-nos dijo Fernanda al poco de abrir y yo sonreí por la conversación que mantuvimos Celia y yo un rato antes.

-Buenos días, Fernanda, ¿qué te pongo?

-Tú mejor sírvenme, sírvenme una bandeja de cupcakes surtida, que a mí el que me pone de verdad es mi marido...

-Eso es bueno-ironicé sabiendo que ya estaba ella deseando cascar y que no iba a tardar ni una décima de segundo en hacerlo.

-Sí, sí, me pone negra, pero negra... Yo no sé qué le ha entrado a este hombre.

Celia y yo nos miramos y tuvimos que reprimir la risa para no decirle que lo que le había entrado a su marido era la

"pitopausia". En lugar de eso, como estábamos solas con ella, nos dedicamos a tirarle un poco de la lengua.

-¿Qué te ha pasado ahora, mujer? -le preguntamos en perfecta coordinación.

-No, preguntad mejor qué no me ha pasado, que va ya para dos meses que no me pone la mano encima, para mí que tiene una amante.

-¿Una amante? ¿Ambrosio? -Nuestra cara debía ser de asombro total.

-Sí, sí, porque para no desear este cuerpo serrano, tiene que ser que haya una pelandrusca de por medio, porque si no yo es que no me lo explico.

Fernanda y Ambrosio pasaban ya de los setenta y, aunque se conservaban bastante bien, no veíamos nosotros al pobre hombre de picos pardos.

-Mujer, eso será la edad, que ya está un poco desgano.

Lo mismo necesita un poco de ginseng o algo de eso.

-¿Y eso qué es? -Fernanda soltó la bandeja de cupcakes que acabábamos de servirle en señal de que no tenía la más mínima prisa por marcharse.

-Pues un vigorizante y de los buenos...

-¿Como una Viagra?

-Bueno, pero no es una pastilla, sino una cosa natural para que le entren ganitas.

-¿Y cuándo le entren las ganas se le va a poner aquello como el mástil de un velero? Porque ya hace tanto tiempo que no lo cato que no sé si eso va a armar o no.

-Pues claro que va a armar, no seas así, ¿pues no sabes tú que eres una mujerona de bandera? -le dijo Celia guiñándome el ojo y Fernanda se vino arriba.

-Eso es verdad, que yo en mis tiempos no tenía nada que envidiarle a Bárbara Rey, que lo sepáis.

-Pues claro, mujer, tú ahora te vas a la tienda de lencería de Puri, te coges un conjuntito de esos de infarto, y luego pasas por la farmacia y pides una caja de ginseng. Mano de santo, en unos días te vemos tocando las castañuelas.

Celia era una relaciones públicas perfecta y el "Celicioso" a veces parecía más la consulta de un psicólogo que una pastelería. Aunque últimamente no sabíamos qué pasaba en

el ambiente, pues más que la de un psicólogo aquello daba la impresión de ser un consultorio sexológico.

-Dios te oiga, Celia...

-No te angusties Fernanda. Mira, hoy invita la casa-le dijo cuando echó mano al monedero.

-Qué detalle más bonito. Es que una necesita que la traten bien, porque a mí lo de Ambrosio me tiene descompuesta.

Yo le digo que ya no me toca, que solo somos amigos y él se escabulle que da gusto, como el que oye llover.

-Bueno, pues tú dale los pasteles y la ayudita que te hemos dicho y ya nos contarás, ¿eh?

-Dios os bendiga, bonitas. O, mejor dicho, os lo pague con un buen novio para cada una.

-No nos amenaces, Fernanda, que nosotras somos buenas contigo. -Le guiñó Celia un ojo.

Mi amiga no es que no quisiera novio, claro que también lo quería, la diferencia entre ambas es que yo era una romántica empedernida y a ella le gustaba hacerse la chulilla. Además, ella parecía tener devoción por los malotes y yo a esos los quería a diez kilómetros de distancia, que para sufrir siempre había tiempo.

Fernanda se fue y parecía que hubiera una legión de clientes esperando a que la asesoráramos para entrar, pues el local se nos puso de bote en bote en un santiamén.

Además, las mesas se llenaron de golpe y ese era el momento en el que debíamos ponernos las pilas.

-Patines nos vamos a tener que calzar en vez de zapatos, aquí la hora punta cada vez dura más-le comenté a Celia

cuando íbamos cerrando al mediodía.

-Es que somos unas cracks, competencia a nosotras, ¡jaja!

-añadió ella mirando al local que estaba por inaugurarse.

-Esa es mi Celia, te invito a almorzar.

-¿Por fin te has decidido a sacar la cartera? Anonadada me acabas de dejar, que lo sepas.

-Bueno, yo más bien había pensado en que te vinieras conmigo a almorzar a casa de mis padres, ya les he dicho que iríamos las dos.

-Así me gusta, que me lo consultes todo.

-Déjate de monsergas y vente, que están haciendo una paella de rechupete, tontuela.

## Capítulo 6

-Pues ahora mismo llamo a mi ginecólogo y le digo que me dé hora para ponerme un DIU, que lo sepas. -Mi madre parecía muy enfadada cuando Celia y yo entramos en su casa.

-¿Qué te pasa, mami? -Me acerqué a ella y le di un cariñoso beso, lo mismo que hizo mi amiga.

-Que tu padre se ha empeñado en tener otro niño y yo le he dicho que conmigo no cuente para eso.

Miré a mi padre que negaba con la cabeza y me eché a reír.

Desde luego que el pobre tenía el cielo ganado...

-Papá, mejor será que no, que con Carlos y conmigo ya tenéis la parejita-dije para que mi madre se quedara conforme y dejara la canción.

Mi padre esbozó una sonrisa y me siguió el juego.

-Claro, claro, pensándolo mejor ya formamos una familia muy bonita, tienes razón, no nos hacen falta más niños.

-Pues claro que no, hombre, menos mal que tu hija tiene más sentido que tú, que tienes el de un mosquito. Y encima con lo liada que estoy preparando lo de su Primera Comuni3n, que tengo todavía un mont3n de cosas que hacer; esta semana hay que llamar al fot3grafo, Alberto, apúntatelo en la agenda para que no se nos olvide.

Celia, mi padre y yo nos miramos y tuvimos que hacer lo imposible para contener la risa. Todavía me veía yo montada en un columpio, como Heidi, posando para las fotos.

Entramos con ellos en la cocina y el olor que salía de la paellera solo podía compararse al de la gloria.

-Papá, ¿qué le has echado a la paella que huele tan bien?

Mi padre siempre había tenido muy buena mano para la cocina, aunque a mí madre solía ponerla un poco celosa que se lo dijéramos. Y desde que estaba malita más, por lo que hacía cualquier cosa para mejorar sus guisos.

-Pues muchas cositas hija, le he echado marisquito y...

-Y ahora le vamos a echar alguna otra cosita para que esté todavía mejor. -Mi madre iba enflechada hacia la paellera.

-¿Qué haces mami? No, no puedes echarle nada de eso...

-Que sí, que son de colores y saben estupendamente...

No nos dio tiempo, mi madre vertió el contenido de la caja de botones sobre la paella.

Mi pobre padre sacó un poquito la cabeza por la ventana, porque yo tenía la sensación de que a menudo pensaba que, a ese paso, se le iba a ir a él también.

Celia y yo tuvimos faena apartando el arroz y retirando todos los botones mientras mi madre se fue para su cuarto.

-Mami, a comer ya...

-Ya voy, cariño, que me estoy probando una cosita que te va a encantar.

-Pero no tardes, que se te va a pasar el arroz...-le recordé porque ella solía perder la noción del tiempo.

-No fastidies, si yo creía que ese ya se le había pasado. -

Celia tenía en la mano una copita de vino que le había puesto mi padre y ya parecía dispuesta a comenzar a decir de las suyas.

-Pues ya quisieras tú llegar a la edad de mi madre tan lozana como ella...

-Hombre, claro, y además que tu madre es muy joven, chalada, que lo he dicho de broma. Ni que la mujer hubiera ido de azafata en el Arca de Noé...

-¿Cómo estoy? -Mi madre apareció de un salto en la cocina y Celia y yo pegamos un chillido del susto, pues traía puesta una mantilla negra, por lo que parecía un grillo.

-Mamá, ¿qué es eso?

-Ainss, niña, pues qué va a ser, una mantilla que me ha regalado tu padre para tu Primera Comunión.

-Papá, ¿tú le has regalado eso? -le pregunté con incredulidad.

Allí ya nos patinaban las neuronas a todos, porque yo ni siquiera le recordaba que no iba a hacerla, sino que me limitaba a afrontar los hechos uno a uno.

-Sí, hija, porque ella se empeñó y no quise darle el disgusto, ya sabes. -Me guiñó el ojo y me solidaricé con él.

-Mamá, pero es que lo de la mantilla es más bien para las bodas...

-Y para la Semana Santa, y para las corridas de toros-puntualizó Celia dándole otro sorbo a la copa.

-Ah, no, pues tú casarte no te puedes casar, Marina, que eres una niña. Entonces la dejaremos para los toros,

¿cuándo torea Manolete?

-¿Qué dices, Susana? Si a Manolete lo mató un toro hace más de setenta años...-Mi padre ya estaba al límite.

-¿Manolete ha muerto? Ay, Dios mío, qué pena más grande, ya no como...

Mi madre parecía afligida de verdad y lo mejor del caso es que a ella ni le gustaban los toros ni

nada. Lo del nombre de Manolete se le habría quedado en la cabeza por habérselo escuchado a sus padres o abuelos en el año de Maricastaña.

-Venga, Susana, no te preocupes, que nos vamos a comer ahora una paella que quita el sentido -le dijo Celia.

-Pero con una copita de vino o no como-nos advirtió.

-Pero solo mojarte los labios, mami...

Sobra decir que la cabecita trastornada de mi madre y el alcohol era una mezcla más peligrosa que un cóctel Molotov, por lo que tan solo se lo podíamos dar a probar.

-¿Vais a salir esta noche? -nos preguntó todavía afligida.

-Claro, seguramente vayamos al Martinica-le soltó sin pensarlo Celia y se calló cuando le di un pisotón que igual iba a necesitar una prótesis para volver a andar.

-¿El Martinica es ese del camarero con tanto arte?

-El mismo, que está sembrado, Susana, qué bien nos lo pasamos aquel día, ¿verdad?

Si las miradas mataran, yo tendría que haber buscado socia nueva en ese mismo instante, porque estaba por fulminarla. Celia era una bocazas de espanto y yo me ponía mala solo de pensar que alentara a mi madre a que se escapara otra vez por la noche y viniera a buscarnos para salir de marcha.

¿Con esto quiero decir que lo había hecho más veces? Y

tanto que lo había hecho... Más bien podría decirse que era el pan nuestro de cada día y a mí se me podía exprimir el flequillo de los sudores que me entraban solo de pensarlo.

-Susana, tú y yo vamos a ver una película tranquilos esta noche, una de esas románticas que te gustan a ti-le comentó mi padre para quitarle la idea.

-No, yo quiero ir a la ópera, Alberto...

-Pero hoy no puede ser, otro día, hoy vemos una peli, cariño.

-Claro, mamá, si Celia y yo lo que vamos a hacer es una fiesta pijama y ya está, sin salir y sin nada.

-¿En casa de otras niñas? -le salió la vena protectora.

-Sí, mamá, en casa de otras niñas-suspiré porque en cualquier momento me daba el ataque y tenía que echar otra vez mano del Ventolín.

La insensata de Celia me miraba como si no hubiera roto un plato y yo tenía ganitas de cogerla por el cuello y no soltarla hasta que no viera un ligero color violeta en su rostro.

-Pues ya me estás dando el listado de las otras madres, que tendré yo que llamarlas por teléfono, no se vayan a creer que no estoy pendiente de mis hijos.

-Mamá, no sufras, que todo el mundo sabe que eres muy buena madre...

-Eso desde luego, que otras faltas tendré, pero no esa. Y

otra cosa, Marina, dile a tu hermano Carlos que deje ya los tebeos y que salga del cuarto, que se le va a poner el arroz que va a servir para pegar carteles.

-Mamá, que Carlos no está aquí, que está en Londres.

-¿En Londres? ¿Y qué hace el niño en Londres? Dios mío,

¿me lo han secuestrado? -Se levantó de un salto y fue corriendo a su cuarto.

El gesto de resignación de mi padre lo decía todo...

-¡¡Carlitos, déjate ya de cachondeo y sal de debajo de la cama o te arreo un babuchazo que te va a saber a gloria!! -

decía con las rodillas en el suelo.

-Mamá, que Carlos no está ahí, haz el favor de venir ya...

-Marina o te callas o te arreo otro a ti por contestona, tú verás.

Las carcajadas de Celia debieron escucharse en todo el barrio y terminaron por contagiarnos a mi padre y a mí.

-¿Y tú sabes qué es lo mejor? Que todavía lanza la babucha con efecto boomerang y le da a Carlos en Londres y

después a mí aquí.

-Eso es verdad, las madres tienen un máster en lanzamiento de babucha-repuso mi padre mientras nos contaba que ya la suya era toda una experta en la materia.

En momentos así, pese a que nos reíamos a mandíbula batiente, me daba mucha pena de Celia, inmersa como estaba en la búsqueda de sus padres biológicos. En ese momento su caso lo estaba llevando un abogado sevillano que seguía una pista que podía ser fiable, pero no queríamos lanzar las campanas al vuelo ni mucho menos por lo que pudiera pasar.

Por fin, mi madre se sentó en la mesa y ya parecía más calmada.

-Ahora viene Carlos, ya ha cobrado por contestón, pero ese se come el arroz como esté, así otro día se sienta a la mesa a su hora.

Nuevas risas pensando que, como lo llamara y lo amenazara de esa forma, mi hermano era capaz

de volar hasta casa solo para comer y volverse a Londres en los postres, pues de alguien tenía yo que haber heredado el fuerte carácter.

Tras el almuerzo, que no podía haber transcurrido con más sobresaltos, nos sentamos una horita en el sofá con ellos, hasta que mi amiga y yo nos marcháramos a trabajar de nuevo.

-Marina, hija, te tengo una sorpresa que te vas a quedar muerta-me dijo mi madre sonriendo y yo pensé que ya podía sacar mi padre la póliza familiar de decesos, porque lo

más seguro es que con esa advertencia yo no sobreviviera a la noticia.

-Dime, mamá-le indiqué tragando saliva.

-¿Cómo te lo voy a decir niña? ¿No te acabo de decir que es una sorpresa? Desde luego que los niños de hoy estáis atontados con tanta maquineta y con tanto móvil.

Celia, que ya estaba enfrascada como siempre en el suyo lo soltó rápidamente, a sabiendas de que mi madre podía arrearle un capón en cualquier momento.

-Mamá, dímelo porfi, que no me gustan las sorpresas...

-¿Y desde cuándo no te gustan las sorpresas si antes te encantaban?

Iba a contestarle que desde que las tuyas me soltaban la barriga, pero por supuesto que me dio pena y me mordí la lengua.

-Susana, dínosla anda, que a mí también me ha entrado la curiosidad-insistió mi padre que debía sentir los mismos retorcijones de vientre que yo en ese momento.

-Anda que no sois pesaditos los dos ni nada, otro día no digo ni media palabra. Marina, luego no digas que te quedas sin sorpresa de comunión, ¿eh?

-No, mamá, yo no diré nada.

-Bueno, pues entonces prepárate que ahí va la bomba...

Nos vamos a ir todos a Disneyland París, hasta Celia.

Sí, sí, que era una bomba y nos explotó en la cara a todos los presentes.

-¿Qué dices, mamá? ¿Tú sabes lo que cuesta eso?

-Nada, no cuesta nada. Se paga con una tarjeta de un banco que me llamó el otro día y me la dio en el momento.

-¿Qué día, Susana? Si yo estoy todo el tiempo contigo y no he escuchado esa llamada. -A mi padre se le debía estar subiendo la tensión.

Los dos estábamos rezando porque fuera una invención suya, pero cuando mi madre daba muchos



detalles, el asunto ya solía ser escamante.

-Pues el otro día que tú fuiste al médico y Urraca estaba haciendo las camas. Me llamaron a mí a mi móvil... Mira.

Mi padre verificó la información y me hizo un gesto de que era cierta. Yo cogí el Ventolín y le di una bocanada que casi me caigo de la silla y mi madre no dejaba de sonreír en ningún momento. Viaje contratado y pagado... a ver quién era el listo que deshacía ahora el enredo.

## Capítulo 7

-Tú, ríete, pero las orejas de Minnie que nos va a comprar mi madre en Disney te las vas a poner la primera. Palabrita de Marina-le dije a Celia camino del trabajo.

-Pues vaya una amenaza. Me da a mí eso una pena tremenda, no te toca las narices...

-Espero por Dios que todavía tenga arreglo o eso va a ser de locos. A mí me van a tener que encerrar de una así.

-Paparruchas, tú te aguantarás como todo hijo de vecino.

De todos modos, a ver lo que le dicen a tu padre de si se puede anular, no pongamos el parche antes que la herida...

Llegamos y, para nuestra sorpresa, ya había cola en la calle.

-Marina, lo tenemos que pensar, vamos a contratar a alguien, yo necesito unas vacaciones.

-Espera, espera, antes decías que alguien para los domingos y ahora unas vacaciones, ¿qué vacaciones duran un día? Mira, no me vuelvas más loca tú también que no sé lo que te hago.

-Oye, que si te has quedado con hambre endíñale a los cupcakes, ¿eh? Que te he visto yo una carita de Hannibal Lecter que se me ha erizado el vello.

-Pues explícate mejor o atente a las consecuencias.

-Qué estrés de vida, hija, pues que digo yo que ya puestos, cuando tengamos algún personal, también nos podíamos tomar unos días de asueto.

-Me encanta cuando te pones tan fina, te sale el alma de empresaria.

-Hombre claro, a ver si te crees tú que te has asociado con cualquiera, no te fastidia...

Nos pusimos los graciosos y coloridos mandiles del

"Celicioso" y ya estábamos preparadas para darle a una tarde que se presentaba cargadita de trabajo. Bueno, de trabajo y de lo que no era trabajo...

-Mira, mira a los de la mesa del fondo a la izquierda, allí va a arder Troya, te lo digo yo...

-Que no me lo trago, hombre, que el niño no es mío-le dijo en tono más que airado el chico que la ocupaba a la que debía ser su novia.

-¿Estás cuestionando mi fidelidad? -le preguntó ella haciéndose la ofendida.

-Hombre, tú me dirás, llevamos meses que no hay quien te toque, que no tienes ganas ni de mirarte y ahora me vienes con el bombo. Me pinchan y estoy seco de sangre, vamos,

¿desde cuándo te has pensado que me he caído de un guindo?

-Ramón, no te pongas así, ¿o es que no te acuerdas de que la noche de la boda de tu primo sí estuvimos juntos?

Celia me miraba haciéndome el gesto de que iba a preparar palomitas y yo salí de detrás del mostrador para indicarles a los chicos que bajaran la voz y que, a poder ser, salieran de allí a la velocidad del rayo.

-Esta sí que es buena, ¿tú me quieres marcar un Boris Becker o qué? Qué daño ha hecho la que le jugaron a ese tío...

-¿Qué dices de Boris Becker? -le preguntaba ella demostrando no conocer la paternidad que le endiñaron por fuerza al jugador de tenis.

-Pues que yo no iba tan borracho como te crees, que vale que me limpiaste el sable, pero que no hubo nada más, que no me lo trago...

Celia iba tras de mí cuchicheando que mejor no pensaba en si alguien se había tragado algo de aquella y yo puse orden.

-¿Se puede saber lo que está pasando aquí? ¿De verdad creéis que este es buen sitio para discutir una cosa tan seria como esa?

-¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? -me preguntó la chica, que a la vista de los acontecimientos y con la que le estaba intentando colar al novio, debía tener más cara que espalda.

-¿Cómo? Mira este es nuestro negocio y tú no nos vas a decir cómo llevarlo-le contesté con ganas de que pagara ella el pato del día tan malo que llevaba.

-¿Tú no estarás liado con esta y por eso me has traído aquí? -le preguntó a su novio.

-¿Conmigo? Mira si no quieres que te arranque las paletas esas de coneja que me llevas más vale que cierres el pico.

-Para el carro, Marina, que esta no tiene ni media guantada-puntualizó Celia haciendo que ya a la otra se la terminaran de llevar los demonios.

-¿Y con esta? ¿También estás liada con esta? Y parecías tonto cuando te compré y por lo visto ahora te montas tríos y todo-añadió la otra, fastidiada de ver que su novio no había creído ni

media palabra de su paternidad.

-Sí, estamos liadas las dos con él, ¿pasa algo? -le soltó Celia sin encomendarse a Roma ni a Santiago y al pobre chaval se le salían los ojos, pareciendo que tuviera un muelle en ellos-y otra cosa te voy a decir, a mí no me gustan los números impares, así que llama a tu madre cuando salgas y ya somos cuatro, chavala. Aquí la única que sobra eres tú, así que ya estás cruzando esa puerta si no quieres tener que buscar al dentista de guardia.

La chica cogió su bolso y, blasfemando en diversas lenguas que no conocíamos, salió de allí volando. Su novio se quedó

dándonos las gracias y pidiéndonos perdón por el numerito.

-No pasa nada y estás invitado, pero por favor la próxima vez a ver si tienes mejor ojo y tira ya, anda-le comentó Celia pensando que él ya tenía bastante con la que le había caído encima.

El chaval nos comentó que se llamaba Ramón y que había aguantado carros y carretas con la energúmena de su novia desde hacía años. Y la gota que había colmado el vaso fue el intento de endosarle un embarazo en el que él no había participado.

Nos pareció un encanto y le deseamos la mejor de las suertes.

-Dios le da pañuelo a quien no tiene nariz, ¿no te parece? -

le pregunté a Celia.

-Pues si te ha gustado, no tienes más que ir detrás de él, que todavía no andará muy lejos-me respondió.

-Claro, voy a ir detrás de él como si yo fuese un sabueso, en el colmo de la elegancia y discreción, mentecata.

Además, a mí me está haciendo chispa Domingo, creo que tendríamos que haberles dado nuestros teléfonos.

-¿Y perdernos el numerito de que estén ahora por toda la ciudad dando vueltas como un volador buscándonos? De eso nada, así le añadimos más emoción, recuerda que lo bueno se hace esperar.

-¿Y si pasan de nuestros culos?

-¿Tú estás tonta? Ni de coña, me juego lo que quieras a que antes que después esos dos dan con nosotras.

La seguridad que a Celia le faltaba en ciertos momentos en algunos otros campos de la vida le sobraba, sin embargo, en lo tocante a los hombres.

-Vale, vale, y otra cosa, antes invitaste a Fernanda, ahora a Ramón, ¿tú has caído en la cuenta de que nosotras también tenemos que cobrar?

-Nosotras no sé, pero tú vas a cobrar en cuanto saque yo la mano a pasear, mendruga, que eres una mendruga.

Yo no es que fuera una rata de alcantarilla como ella decía, pero no solo me gustaba que Celia terminara pagándome las cosillas, sino aparte buscarte el pico. Era como una especie de ritual en el que ella me ponía verde a consecuencia del dinero y yo me afianzaba en mi idea de que así me haría antes rica.

Nos faltaban cinco minutos para cerrar las puertas cuando escuchamos un silbido detrás de nosotras que elevó nuestro ánimo a la enésima potencia.

-Mira qué dos bombones hemos encontrado en su hábitat natural, en una pastelería-le dijo Álvaro a Domingo.

-Pues va a ser que sí-le respondió su amigo.

-Pues va a ser que aquí bombones no hay, sino cupcakes y otras muchas delicias-les respondió Celia con la sonrisa de la victoria en los labios.

-¿Y nos podéis servir alguna de esas delicias?

-Es ya tarde y casi la hora de cerrar, ¿no os parece que es un poco de moscas cojoneras venir a esta hora? -repuso ella.

-A eso le llamo yo buen servicio y ganas de fidelizar al cliente-le respondió Álvaro-. Por cierto, ¿puedo hacerte una pregunta indiscreta?

-Pues claro, otra cosa es que yo te la conteste. -Sonrió sibilinamente ella.

-¿Qué te ha pasado en el cuello?

-Ah, eso no es nada, Drácula que vino a hacerme una visita anoche.

-Qué suertudo, ¿y si yo me afilo los colmillos y me pongo una capa me dejarás también que me meta en tu cama?

-Pues mira no, pero si te los afilas bastante, lo miro me sirves de máquina de coser y me haces unos cuantos pespunte que tengo costura pendiente.

-¿Y con la capa? -preguntó él aguantando la risa por el ingenio de mi amiga.

-Con la capa, tu amigo que pase el Pronto y tú el paño, como en el anuncio y nos dejáis los muebles relucientes a Marina y a mí.

-Estos dos tienen cuerda para rato-me señaló Domingo porque estaban enfrascados en una contienda dialéctica que no tenía visos de terminar.

-Sí, sí, eso parece. Oye no habéis tardado demasiado en encontrarnos...

-No, aunque te confieso que ha habido una parte de búsqueda y otra de casualidad.

-¿De casualidad? Pues anda que no es grande la ciudad...

-Sí, pero es que veníamos a echar una ojeada a un negocio de apertura inminente del que nos convertimos en socios

inversores hace unos días.

-¿De qué negocio estamos hablando exactamente? -le pregunté y para entonces ya Celia tenía también las antenas puestas.

-Lo sentimos porque no os conocíamos entonces, pero nos tememos que de uno que os va a hacer la competencia.

-¡¡¡¿¿¿Cómo???! -exclamamos las dos al mismo tiempo.

-Sí, lo regenta Paula y nos ofreció invertir en él. Nos comentó que había hecho un estudio de viabilidad bastante completo y que le parecía un negocio extraordinario.

-Yo la mato, dejadme que voy a buscarla, ya sabía yo de siempre que la Paulita esa era una ruina, apartad que muerdo.

-Tranqui, amiga...

Tuvimos que sujetar a Celia quien también miraba con cara de pocos amigos a los chicos.

-Y vosotros, anda que nos dijisteis ayer que pertenecíais también al gremio de la pastelería. Ya os habéis quedado sin plan, por listos...

-Mujer, primero que no nos preguntasteis nada y segundo que nosotros nos dedicamos a invertir un capital perteneciente a nuestras familias y lo hacemos en negocios de muy distinta índole, o sea, que técnicamente no somos pasteleros ni nada parecido.

-Vosotros lo que sois es dos cuervos que habéis venido a ponernos dos velas negras y ni mijita... Lo dicho, aire, a tomar vientos por ahí.

Celia, aprovechando que estábamos solos, los puso en la puerta de la calle a empujones.

-¿No crees que te has pasado? -le pregunté mientras terminábamos de recoger.

-Los que se han pasado son ellos y nos las van a pagar. Tú serás tonta del bote y capaz hasta de perdonarlos, pero a mí que no me toquen la moral. Y Paula que vaya buscando un notario en el que hacer testamento porque cuando la pille la muelo a palos.

-Mujer, que igual todo ha sido casualidad y ella no sabía que el "Celicioso" era nuestro-le comenté sin demasiada convicción, solo pensando que era mejor bajarla del burro antes de que fuera a buscar a la otra y materializara sus amenazas.

## Capítulo 8

Camino del Martinica, que estaba cerca de casa y al que normalmente íbamos andando, me volví un par de veces con la sensación de que nos estaban siguiendo.

-¿Te ha entrado ahora manía persecutoria o qué? Porque si es así te aplico una terapia de choque muy buena que yo conozco y se te quitan todas las ganas de cachondeo-me preguntó Celia que estaba de un mal humor de perros.

Habían transcurrido varias horas desde la visita de los chicos y desde entonces no paraba de vestir de limpio a Paula y a ellos de paso.

-Pero vamos a ver, so burra, ¿me quieres decir qué culpa tienen Álvaro y Domingo de habernos hecho la competencia

si cuando firmaron ni siquiera nos conocían? No puedes ir por el mundo así, Celia, reconoce que ahí te estás colando.

Yo quería confiar en que aquella fuera una de esas ocasiones en las que mi amiga montara en cólera, pero luego se aviniera a razones.

-Vale, pero a Paula me la llevo por delante cuando la vea.

¿De qué te ríes?

-De que te estoy imaginando, dándole un cabezazo como a Chicho Terremoto cuando te la echas a la cara.

-La cara precisamente es lo que no le va a reconocer a esa ni la madre que la parió cuando yo la vea, se le van a quitar las ganas de volverle a hacer a nadie la puñeta en la vida.

-Se dice la competencia. -Me gustaba buscarle la lengua, no podía evitarlo.

-Se dice como me salga a mí del moño y de los otros dos ya hablaremos, que tampoco se van a ir de rositas...

-¿Hemos escuchado algo de rosas? ¿Os gustan?...

Miramos a nuestra espalda y allí estaban los dos. Del susto retrocedimos varios pasos y yo casi me caigo, pues terminé haciendo equilibrio sobre uno de mis taconazos.

-¿Sois tontos de nacimiento o es que os distéis un buen chocazo con la pila bautismal? Si se llega a partir un tobillo mi amiga os pongo a los dos a trabajar en la pastelería hasta que le dieran el alta.

-¡¡A sus órdenes, jefa!! -Hicieron ambos el saludo militar al mismo tiempo.

Yo me eché a reír y ellos me imitaron. Celia se quedó descolocada y al final se tuvo que rendir a la evidencia,

echándose unas buenas risas también.

-¿Se puede saber cómo nos habéis encontrado? Parece que os habéis tragado a Sherlock Holmes-les pregunté.

-Os seguimos hasta vuestra casa cuando salisteis de la pastelería, menudo trabajo que nos estáis dando-se quejó en broma Álvaro.

-De trabajo mejor no hablamos, que a ver si al final vais a salir los dos como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando-les advirtió Celia.

-Por Dios, bonita, saca la bandera blanca que nos tienes acojonados-le comentó Álvaro haciendo con las manos la señal de que necesitábamos un Kit-Kat.

En cuestión de pocos minutos ya estábamos los cuatro en el Martinica, dispuestos a echarnos también unas buenas risas con Sergio, el camarero, que tenía más pluma que un pavo real y al que Celia y yo conocíamos desde hacía años.

-¿Qué me habéis traído? ¿Dos muñecos para adornar el local? Pero jodidas, si yo ya hice reformas hace poco.

Esperad que me voy a poner las gafas que esto hay que contemplarlo en toda su dimensión.

Los chicos se echaban las manos a la cabeza y nos decían que bien nos íbamos a vengar de ellos.

-Sí, sí, advertidos quedáis, a partir de ahora cualquier cosa y os achuchamos a Sergio. -Celia parecía hablar en serio y ellos hacían como que tomaban notas.

La música sonaba al mismo tiempo que por nuestras manos comenzaban a pasar las primeras copas. Era sábado

y nuestros cuerpos lo sabían, por lo que el contoneo de las caderas de Celia y mías no se hizo esperar.

-Si ayer estabais bonitas, lo de hoy es ya de impresión. -

Las palabras de Domingo sacaron mi mejor sonrisa.

Celia me miraba todavía reticente como indicándome que no bajara la guardia, que a ella aún le duraba el cabreo. Yo le decía que era una loquilla y que se dejara llevar por el espíritu de la noche. Su contestación, mejor no reproducirla...

En contra de todo pronóstico, ella, por mucho que dijera, también estaba cediendo a tope y tenía unas ganas de fiesta extraordinarias.

-¡¡No puede ser!! -exclamé en un momento dado viendo que Álvaro le había dado otro chupetón en el lado del cuello que todavía mantenía ileso.

-¿Qué pasa? -me preguntó ella extrañada-No me digas por Dios que se me ha corrido el rímel.

-No, el rímel no, lo que pasa es que tienes el cuello que parece un mapamundi.

-Oye tú, ¿qué te has creído? Que yo no soy tuya ni nada que se le parezca, ¿eh? A mí señales las mínimas que me cabrean mucho-chilló mirando a Álvaro con su torrente de voz característico.

Lo decía por decir porque tenía que demostrar que todavía estaba cabreadilla, pero en el fondo ya se la veía encantada con su compañía. Además, el alcohol seguro que le hacía olvidar el supuesto agravio de los chicos y ya veríamos

cómo terminaba ella la noche con Álvaro, pues ya se sabe eso de que "amores reñidos son los más queridos".

-Mira lo acarameladitos que están. -Domingo los miraba mientras bailábamos.

-Sí, hombre, si ella es así, como dicen, ladra mucho y muerde poco.

Por Dios que yo lo estaba mirando y me derretía. Por mí le hubiera preguntado, si con ello no hubiera muerto de la vergüenza, que si él también mordía.

Lo estuve observando bastante y pensé que era mi prototipo de hombre. Siendo honesta, 'más bien lo comparé con Álex, pues él había sido mi referente masculino durante muchos años y en Domingo veía muchas de las cualidades que hacía tiempo me enamoraron del amigo de mi hermano.

En particular, su sonrisa era casi idéntica y eso me trasladó a un universo pasado en el que yo me refugiaba, cuando en mi casa miraba durante horas cómo Carlos y él se divertían, rezando porque tardara en irse y yo pudiera seguir recreándome en aquella preciosa sonrisa.

Y ahora era Domingo quien parecía suspirar por acercarse a mí, y de paso yo a él, porque a mí aquel chico me estaba ganando por momentos. Lo nuestro no tenía visos de ser una carrera como la de Álvaro y Celia, pero mientras que yo pensaba que lo de ellos podría durar menos que el parpadeo de un chino, lo de Domingo y mío no tenía mala pinta, para nada.

-¿En qué piensas? Que parece que te estás durmiendo-me recriminó Celia.

-En cosas mías-le respondí mientras los chicos se acercaban a por unas copas.

-Te gusta tela, ¿no es eso?

-Igual es muy pronto para decirlo, pero sí, yo creo que está siendo un flechazo en toda regla.

-Un flechazo va a ser el que le arree yo a Paula, que no creas que se me olvida...

-Tranqui, Celia, disfruta de la noche y mañana Dios dirá.

-Bueno, de una parte de la noche, querrás decir que ya sabes que "es una lata el trabajar, todos los días te tienes que levantar..." , empezó a cantar y yo con ella.

-Pues de una parte o de lo que sea, pero que no decaiga...



No, me temo que decaer, lo que se dice decaer, no va a ser el caso...

Celia se quedó como un pasmarote mirando a la entrada del Martinica y observé que un montón de miradas curiosas rodeaban a alguien.... No podía ser, ¡¡era mi madre!!

El caos, las mejillas me ardían, las piernas me temblaban y los sudores corrían por mi cara a mares... Y es que lo que estaban viendo mis ojos era digno de una película de terror.

Corrí hacia ella y ahora sí, el tacón que debía haberse quedado tocado del traspies de horas antes, me jugó una mala pasada y fui a caer sobre su cuerpo como una apisonadora.

-Joder, ¿esto qué es? -me dijo la pobre cuando se vio en el suelo casi aplastada por mí- ¿un terremoto?

Y no, un terremoto era ella, que para eso había aprovechado que mi padre ya dormía y se había vestido para venir a buscarnos a Celia y a mí. Y no se había vestido de cualquier forma, no, que yo no tenía tanta suerte, ¡¡lo había hecho de faralaes!! Sí, sí, de faralaes, como suena.

Muy digna, se levantó y se colocó bien la enorme flor que llevaba en el cogote. Era de color rojo, a juego con la tela del vestido, salpicada de lunares blancos. El traje en cuestión se lo habíamos regalado mi padre y yo cuando se empeñó en que la teníamos que llevar a la feria de Sevilla. Y

tanto que la llevamos, se lo pasó ella poco bien dando su vueltecita sobre el albero en coche de caballos...

La idea, como no podía ser de otra forma, era que lo hubiera guardado para otra ocasión similar, pero no cayó esa breva y mi madre pensó que era el momento de airearlo.

-Ay que me la como que parece una muñequita-soltó Celia al llegar a nuestra altura.

-Dale carrete y la que va a tener que hacer testamento eres tú, ¿nos apostamos algo?

Debí decirlo tan convencida que hizo como que se ponía una cremallerita en la boca. A todo esto, los chicos llegaron hasta nosotras y yo solo quería que la tierra me tragara.

-¿Veis como no estabais en una fiesta pijama? Ya le dije yo a tu padre que capaces eráis las dos de escaparos y darnos un disgusto. Menos mal que aquí estoy yo para vigilaros.

Me daba igual si me pasaba un tren por encima o si me daban matarile de cualquier otra forma, pero yo me quería

morir de la vergüenza y los chicos nos miraban atónitos.

-¿Y estos niños quiénes son que yo no los conozco? Espero que no os hayáis echado novio, ¿eh? Con ocho años lo único que tenéis que hacer es jugar a las muñecas e ir al colegio.

A ver si le voy a tener que decir al padre Ernesto que os confiese en la catequesis.

El tal padre Ernesto había recibido cristiana sepultura hacía más de una década, pero obvio que

mi madre no lo recordaba, igual que el resto.

-Domingo, Álvaro, ella es mi madre, Susana...

-Huy que niños más guapos, pero vosotros a jugar con las canicas, ¿eh? Que a estas edades los niños juegan con los niños y las niñas con las niñas, a no ser que seáis de la otra acera...

-¿Y qué pasa si se es de la otra acera, Susana? -Sergio se acercó y le arreó dos besazos.

-Nada, hombre, qué va a pasar, alegría para el cuerpo y si encima tienen la gracia tuya, ya ni te cuento.

-¿La gracia mía? Será la gracia tuya Susana. Por Dios, si pareces la muñequita flamenca que tenía mi abuela en lo alto del televisor.

-¿Me estás llamando vieja, jodido?

-Que no, mujer, lo que te estoy llamando es muñequita...

-Pues a mí ponme un cóctel bien cargadito de esos que tú me preparas...

-Marchando, pero antes tú y yo nos vamos a marcar unas buenas sevillanas.

Y sí, por increíble que parezca, el DJ las pinchó y ellos las bailaron. Después Sergio se marchó a ponerle el "cóctel", que no era más que una mezcla de zumos que él le preparaba y se lo trajo.

-Para la flor más linda de todo el local-la obsequió con la copa.

-Más bien dirás que para la maceta, que la flor la traigo ya puesta en la cabeza...

-Pues para lo que sea...

Mientras ellos hablaban, Celia y yo les explicábamos a los chicos las circunstancias de mi madre y ellos se hacían cargo.

-Mamá, que papá se va a preocupar muchísimo si se despierta, te tomas la copa y te vas.

-De eso nada, vosotras sois menores de edad y yo me quedo hasta que nos vayamos todos-sentenció.

## Capítulo 9

Pedí socorro interiormente y le puse un WhatsApp a mi padre rezando al cielo para que lo oyera. Pero por allí arriba debían estar de reformas o algo porque mis súplicas cayeron en saco roto.

Es lo que tenía mi padre, que de día parecía un guardaespaldas y no se separaba ni a sol ni a sombra de mi madre, pero de noche caía en los siete sueños y desconectaba hasta el día siguiente.

Y no hablo de desconectar y de que no se diera por aludido si lo avisábamos o algo, a lo que me

estoy refiriendo es a

que lo hacía hasta el punto de que no había fuerza de la naturaleza que devolviera a ese hombre al mundo de los vivos una vez que había cogido el sueño.

De hecho, no era la primera vez que nos daba un susto mortal a consecuencia de caer en estado semi catatónico al terminar el día. Aunque la palma se la llevó el día que mi madre me llamó diciendo que mi padre había fallecido y que ya iba el 112 de camino para corroborarlo.

Por lo visto, la buena mujer pensó eso ante la total imposibilidad de que ese hombre se despertara y preparó un cubo de agua por si había alguna posibilidad de que estuviera equivocada, no sin antes dar la voz de alerta al mundo entero.

Lo mejor del caso fue que cuando llegaron los servicios de urgencia y comprobaron que mi padre no estaba más tieso que un ajo, como ella decía, sino solo profundamente dormido, los nervios hicieron que ella terminara echándole el cubo de agua por la cabeza y eso que el pobre ya estaba charlando con los sanitarios.

Yo llegué justo en ese momento y la cara de mi padre no la voy a olvidar jamás. Y tampoco la de los sanitarios, que salieron de nuestra casa muertos de la risa diciendo que

"para haberlo sabido, que hubieran grabado un vídeo que se hubiera hecho viral".

Cosas de casa, pero no la de la serie aquella protagonizada por Steve Urkel, sino cosas de mi casa, que eran todavía mucho más disparatadas, si es que cabe.

El asunto, que me he ido tela por los cerros de Úbeda, es que mi padre no se despertaba ni a tiros y eso que a mi WhatsApp le siguieron varias llamadas de teléfono que tampoco tuvieron respuesta.

Para ese momento, ya había varios chicos haciéndose fotos con mi madre. Por lo que escuché, creían que ella formaba parte de algún tipo de animación del local y hacían cola para participar en ella.

Sería ya lo que me faltara, mi madre de animadora nocturna. Aunque tenía que reconocer que no lo sería oficialmente, pero extraoficialmente se convirtió en la sensación de la noche.

No en vano, la jodida empezó a cantar las canciones de Rosalía que a ella más le gustaban, como si no hubiera un mañana. Y no solo a cantarlas, sino también a bailarlas, que para eso ella había tenido siempre un ritmo sensacional.

Antes de que nos quisiéramos dar cuenta, ya había montado una coreo y el local entero estaba siguiendo sus pasos. Yo resoplaba y pensaba que no iba a tardar demasiado en tener que volver a echar mano del Ventolín y Domingo no paraba de animarme para que me uniera al grupo.

Al final, decidí aquello de que si no puedes vencer a tu enemigo (aunque mi madre no fuera mi enemiga, pero sí la situación), únete a él. En resumen, que yo también terminé dándole a las caderas con la compañía de Domingo que estaba haciendo lo imposible por quitarme el disgusto.

Dicho esto, añadiré que hasta terminé disfrutando, aunque no lo reconocería jamás.

-¡¡Tu madre es la caña!! -me chillaba Celia mientras bailaba con Álvaro, que también estaba que se tiraba al suelo con los pasos que inventaba mi madre.

-Sí, sí, la caña de España, como tú no tienes que aguantar este bochorno a cada momento...

-Bochorno dice la niña, si te sacarás el pepino ese avinagrado que te tragas cuando pasan estas cosas seguro que verías la vida de otro color.

-Será eso, porque ahora mismo solo puedo verla en rojo y blanco-ironicé haciendo referencia a los colores del traje de mi madre.

Después de un buen puñado de canciones, que el DJ no dejó de tocar, pues Sergio decía que mi madre era una mina de oro, por fin llegó la calma y la gente empezó a dispersarse.

Claro está que eso a mi madre, que le estaba enseñando a los chicos las uñas porque decía que eran de Divine como las de Rosalía, no le gustó un pelo. Sí, lo único que nos hubiera faltado era tener que llevarla hasta Barcelona para hacerse la manicura, pero al tiempo, que estaba cogiendo una carrerilla que miedecito me daba.

-Un momento, un momento, no os vayáis-les dijo y todos se pararon a escucharla-. Una cosita, que a partir de mañana voy a actuar todas las noches aquí, que Sergio me ha contratado.

La gente empezó a aplaudir y a mí ni me escuchaban cuando decía que era un error y que cada mochuelo a su olivo, que no le dieran más bola a mi madre porque entonces es que la veía ya de verdad siguiendo los pasos de la mismísima Rosalía.

-A lo mejor me tengo que hacer alguna foto de esas sin ropa interior como se hace ella para causar furor en las redes y que ardan-nos explicaba a los chicos y a mí y yo pensaba que arder, arder, allí lo único que iba a arder era mi cabeza.

-Ni se te ocurra, ¿eh? -le decía yo mientras Celia le indicaba que estaba segura de que iba a triunfar como Los Chichos ante mi mirada iracunda, claro.

Por fin llegó la hora de irnos y mi amiga se marchó con Álvaro; me lo temía, me hizo un guiño de ojos y se perdió en la noche con él. Seguro que iban a su casa. Eso sí, me dijo de recogerme a primera hora de la mañana, que para eso teníamos que abrir la pastelería. A mí no me hacía ni pizca de gracia que fuera tan rápido con los hombres, pero ella tenía la fuerza de un ciclón y era imparable.

Por su parte, Domingo que era todo un caballero, nos llevó a mi madre y a mí a casa.

-Chaval, ¿pero a ti tu padre te deja conducir? -le preguntó ella.

-No, no me deja, por eso vamos a coger un taxi-le contestó él que era bastante responsable y no estaba dispuesto a ponerse al volante después de haberse tomado unas copas.

-Ah, muy bien, que ya decía yo que tú no tenías edad para haberte sacado el carnet ni nada. De todas formas, un día de estos, te puedes venir a jugar a casa con Marina y yo os preparo un bizcocho de limón, que todo el mundo dice que me salen buenísimos.

-Eso es verdad-le dije resignada-, lo de los bizcochos...

-Pues nada, una tardecita que ella libre me acerco y le damos a ese bizcocho.

-Ella solo libra los lunes-eso sí lo tenía mi madre grabado a fuego-porque los demás días es que la hemos matriculado en un colegio muy bueno al que tiene que ir por las mañanas y por las tardes, hasta los fines de semana. Se va a convertir en una señorita muy refinada.

-Claro, mujer eso está muy bien. -Él le seguía el rollo y el taxista, pues ya nos habíamos montado, tenía la oreja puesta y los ojos se le iban saliendo poco a poco de sus cuencas mientras nos escuchaba.

-Sí, sí, nuestros buenos cuartos que nos está costando, porque además tenemos a Carlitos también interno en Londres, aunque ayer estaba en casa y le di un buen babuchazo. No sé, no lo tengo muy claro...

-¿Pero el babuchazo se lo llevó? -nos preguntó el taxista que debía estar de lo más aburrido y quería meterse en la conversación sí o sí.

-Oye, ¿a ti no te han dicho nunca que no te metas en las cosas de los demás? -El chaval era bastante joven y mi madre se creció.

-Lo siento, señora...

-Venga, pues a conducir y a callar si no quieres llevarte uno tú también.

Y yo la veía capaz, bueno si la veía capaz. Y encima esa noche no llevaba las babuchas, sino unos zapatos de flamenca que, como tuviera la mala suerte de que le diera con uno, ese no lo contaba.

Llegamos a su casa y la acompañé arriba. Mi padre seguía en otro mundo y la dejé acostadita. Después bajé y Domingo me esperaba en el coche.

-Ha sido una noche de locos-me quejé.

-Ha sido una noche maravillosa, que para eso la hemos pasado juntos, ¿no crees?

-Gracias por tu paciencia, se ve que eres un chico maravilloso.

-¿Qué dices de paciencia? Ha sido toda una experiencia, no he podido dejar de reír en toda la noche.

-Sí, sí, una experiencia religiosa, como cantaría Enrique Iglesias.

Al llegar a mi casa, se bajó conmigo mientras el taxista le esperaba. Antes de marcharse, hicimos aquello de lo que teníamos tantas ganas, esto es, darnos un apasionado beso en el portal. Un beso

cuyo sabor me acompañaría toda la noche y formaría parte de mis sueños...

## Capítulo 10

-Menuda cara de muerta que me traes, a tu lado la Novia Cadáver parece de lo más lozana-le dije a Celia cuando la vi

aparecer por la mañana.

-Chitón, que si traigo cara de muerta, es de muerta de gusto, y no como tú, que si le has dado un piquito a Domingo irás luego a confesarte.

-Vete un poquito a la mierda. Y sí, nos hemos besado, no creas que soy una mojigata.

-Ah, ¿no? Me cachis y yo que te había encargado ya el hábito y todo...

-Verás como me sigas cargando, al final te arreo, no debería preguntarte, pero ¿qué tal te lo has pasado?

-¿No deberías preguntarme porque soy una ligerita de cascos? Tienes una mentalidad más antigua que el hilo negro, pero te ilustraré un poco. -Se rio, aunque se veía que le dolían hasta las pestañas después del fiestorro que debía haberse corrido y del madrugón.

-Pues ilústrame, venga, que seguro que tienes algo que enseñarme-ironicé.

-Calla, que el que tenía algo que enseñarme era Álvaro, una anaconda para más señas. -Su gesto lujurioso hablaba por sí solo.

-Una anaconda muy viva a la que es probable que le guste meterse en distintos agujeros.

-¿Qué has querido decir con eso, lista? -me preguntó enfurecida.

-Pues justo eso, que Álvaro no me parece el tipo de chico para empezar una relación con él, que ese seguro que le tira los tejos a todo lo que se menea y que...

-¿Y qué? Sigue, despáchate ya a gusto, que después soy yo la metepatas.

-Pues que ya llegarán los llantos y las lamentaciones y me tocará a mí consolarte.

-¿Sí? Pues por lista esta vez no va a ser así, ya lo verás. Y

otra cosa te digo, que si llegara el caso, que no va a llegar, te puedes meter tu consuelo por donde te quepa; que yo me compro un Satisfyer antes de aguantarte.

-No te pongas así, que sabes que te lo digo por tu bien.

-Sí, pero es que con eso de que tú eres muy clarita y todo me lo dices por mi bien, te embalas tela y tiras con pólvora, guapa. ¿Sabes lo que yo pienso? ¿Quieres que te lo diga de verdad?

-Lo vas a decir de todas las maneras, así que mal trago, pasarlo pronto.

-Pues yo lo que pienso es que a ti Domingo te gusta porque se parece a Álex y que, por mucho que tú digas misa, a ti Álex te ha seguido molando durante todos estos años.

-O sea que llevo años mintiéndote, así por toda la cara.

-No, solo que llevas años negando la mayor. Y eso porque nunca tuviste ovarios de decirle la verdad y dejaste que se fuera a la gran puñeta sin decir esta boca es mía. Cuando quisiste darte cuenta, ya era tarde, pero siempre buscas tíos parecidos a él que, por cierto, a mí me parecen más aburridos que una ostra, pero tú misma.

-Menos mal que la que se estaba despachando a gusto era yo y no tú, que si no...

-Tú lo has querido, que yo venía muy feliz y muy bien fo...

-So, bestia, calla ya...

Seguimos hasta el "Celicioso" en silencio. Primero, porque llevábamos más sueño que un canasto de gatitos y segundo, porque cada una iba pensando en sus cosas.

Que me partiera un rayo si yo no había pensado ya que Domingo se parecía a Álex, hasta ahí tenía razón ella, pero que yo hubiera seguido sintiendo algo por él aun sin ser consciente de ello, durante todos aquellos años... Eso no podía ser, eso sí eran elucubraciones de Celia que siempre exageraba más que el cine.

Si Álex había sido mi primer amor, aunque platónico, era lógico que otros hombres que pasaran por mi vida se parecieran a él, pero no por nada, sino seguro porque era el prototipo que a mí me gustaba.

-Ahora no te vayas a quedar todo el día pensando en lo que te he dicho, que te conozco-me advirtió Celia.

-No, ya, tú tiras la piedra y luego escondes la mano, muy bonito...

-Oye, que la primera que has venido ofendiendo has sido tú, ¿eh? A mí no me toques las narices, que me has puesto al pobre Álvaro como si fuera un tronista de "Mujeres, Hombres y Viceversa".

-Viceversa te voy a dar yo a ti, anda, ven y dame un abrazo. Si ya sabes que lo digo porque no quiero que te hagan daño y a mí ese tipo de hombres, como que no me generan ninguna confianza.

-Vale que igual no parece de lo más formalito, pero a mí es que los formales me dan fatiga. -Hizo el gesto como de

meterse los dedos en la boca para vomitar y tuve que reírme.

Llegamos al local y nos pusimos a trabajar codo con codo.

Tremenda cola que se formó enseguida, de modo que nos tuvimos que inyectar un café en vena

cada una para poder seguir el ritmo, sobre todo, Celia que esa sí que había pasado una noche rumbosa.

Al mediodía, cuando fuimos a cerrar la baraja, recibimos una visita de los chicos, que venían cada uno con un ramo de rosas en las manos.

-Si no lo veo no lo creo-dijo ella cogiendo las suyas y poniéndose una en el pelo, dejada de caer sobre su oreja.

-Es que hemos venido a invitaros a comer y de paso pensamos que dos flores como vosotras merecen otras flores-le respondió Álvaro.

-¿Y no hay gato encerrado ni nada? -les pregunté yo, pues algo me olía mal y Celia siempre me decía que tenía un sexto sentido para esas cosas.

-Bueno, a lo mejor hay un pequeño detallito que igual no os mola demasiado...-pusieron carita de buenos.

-Venga, desembuchad ya, que os vemos venir.

-Pues el "pequeño detallito" de que Paula ha decidido inaugurar ya el martes su nueva pastelería.

-La muy hija de la gran... Pues una cosa os voy a decir,

¿eh? En esta ocasión no habéis tenido mucho ojo con la inversión, no os vais a comer un mojón ninguno de los tres, ni ella ni vosotros, que lo sepáis... Esto va a ser la guerra.

-Yo de vosotros le haría caso, ¿no estáis a tiempo de retiraros? -les pregunté.

-Va a ser que no, nos tememos. De haberos conocido antes, nos hubiéramos asociado con vosotras, pero es lo que hay.

-¿Con nosotras? ¿Y quién os ha dicho que nosotras necesitamos socios? -le contestó ella, que ya iba cuesta abajo y sin frenos, para no variar...

-Bueno, bueno, ¿nos vamos a almorzar?

-Os vais vosotros, que a mí me ha entrado la mala leche y me ha ocupado el estómago...

-Venga Celia, que esto ya lo habíamos hablado. Y, además, algún día tenía que pasar, más tarde o más temprano, ¿no?

La apertura del local era más o menos inminente, ¿qué más da esta semana o la que viene?

-Inminente si no cojo yo una cerilla y le prendo fuego, que todavía puede pasar cualquier cosa.

-Oye amiga, lo tuyo es todo un contraste, ¿no? Tan pronto tienes las ideas de un bombero retirado como eres una pirómana en ciernes, no hay quien te entienda, esto es un sinvivir. -Le quité hierro al asunto y les hice un gesto a los chicos como de que enseguida estaría por la labor de ir a



almorzar.

Media hora después estábamos todos sentados en la terraza de uno de los restaurantes más chic de la ciudad y Celia demostraba que no era tan fiero el león como lo pintaban. Claro que cualquier situación es susceptible de

empeorar y tuvimos un encuentro que podría calificarse, más o menos de inoportuno.

-Muy mal, chicos, muy mal... Yo de vosotros no me uniría a la competencia, los empresarios tenemos que velar por nuestros propios intereses.

Yo quise creer que no era verdad y que Paula no iba a demostrar tanta falta de cerebro como para venir a buscar gresca a nuestra propia mesa.

-Paula, por favor, esto no son negocios, es placer-le respondió Domingo y yo me sentí muy bien, pensando que era todo un caballero.

Por fortuna, Celia estaba en el baño, pero la suerte a veces es efímera y justo salía en ese momento.

-Tú, víbora, ¿a qué mierda has venido? ¿Es que quieres repartir veneno por todas partes? Te juro que como no te esfumes te cojo por la coleta esa de caballo que tienes y acabas relinchando aquí mismo-le espetó en toda la cara.

-¿Se puede ser más bajuna? Si ya se sabe, "de donde no hay, no se puede sacar", mi madre lo ha dicho siempre.

-¿Quieres guerra? Mira que la lengua es lo que te voy a sacar yo a ti como no te largues... Y no me refiero a la mía, sino a la tuya, ¿me he explicado?

-Muy mal, como lo haces todo, pero sí que te has explicado. Bueno chicos, me voy que noto el ambiente muy enrarecido y no vaya a ser que esta me pegue algo...

-Sí, sí, vete porque sí te voy a pegar algo; te voy a pegar una hostia que te van a tener que pegar los dientes con Loctite como no te quites de mi vista de inmediato...

Paula se fue y Celia se nos quedó mirando.

-¿Qué he hecho? Encima de que me he contenido y no le he dado la del pulpo... Ni mu me vayáis a decir, ¿eh? Que estoy que muerdo.

El resto del almuerzo transcurrió intentando contener los nervios de mi amiga y, de paso, echándonos unas buenas risotadas gracias a los improperios que soltaba sobre la hermana de Álex.

Álvaro se pasaba todo el rato buscando su cuello, diciendo que le iba a hacer otro chupetón, y ella le soltaba unos manotazos impresionantes.

-Y como vengas a por otro te llevas un bocado en la nuez-le decía y él me miraba como queriendo

que le confirmara si sería capaz.

-Yo de ti no me la jugaría o te van a tener que poner una de plástico, que aquí la señorita muerde más que una piraña en un bidé...

-Joder, nena, cómo me pone ese carácter tuyo-le decía él mientras recibía otro sopapo por su parte.

Domingo y yo nos reíamos cantidad y él no paraba de cogerme la mano por debajo de la mesa. Me resultaba de lo más cariñoso y yo era mirar de nuevo aquellos labios que me habían besado la noche anterior y sentir la necesidad de volverme a precipitar sobre ellos.

Tras el almuerzo fuimos a tomar un café antes de abrir el negocio, despidiéndonos de los chicos hasta el día siguiente, que teníamos la tarde libre y podríamos pasarla con ellos.

Pero el caprichoso destino tenía otros planes para nosotras.

A la hora de cerrar, y pese a ser domingo, Paula recibió una llamada de su abogado sevillano. La pista sobre que sus padres biológicos vivieron en la ciudad que tenía un color especial cobraba fuerza...

-No puedo esperar más-le dijo cuando él le proporcionó la información.

-Yo de ti lo haría hasta que tuviéramos una mayor certeza, no quiero que nos precipitemos, podría no ser conveniente.

-¿Conveniente? ¿Tú has perdido alguna vez algo tan importante como unos padres? Porque salvo que sea así no te permito que hables de la conveniencia o no de que vaya a buscarlos.

-No, obvio que yo no he estado en esa situación-le respondió él.

-Pues entonces me haces el favor de pasarme toda la información que tengas y ya, que para mañana es tarde.

Yo estaba acostumbrada a que Celia hiciera gala de su carácter, pero ese tema sacaba de ella a una especie de leona de Castilla que llevaba dentro que ya eran palabras mayores.

-Me voy para Sevilla-me informó en cuanto colgó el teléfono.

-Dirás que nos vamos para Sevilla, no pienso dejarte sola en esto, antes muerta.

-¿Y el negocio? -me preguntó con preocupación.

-¿Cuánto tiempo nos llevará? -Quise valorar la situación para su tranquilidad, pero a mí me importaba un pimiento

las pérdidas que pudiéramos tener ante un tema tan importante para Celia.

-No creo que más de un par de días.

-Pues mañana de todos modos íbamos a cerrar como todos los lunes. Me nombro jefa "in nomine patri, et filii et spiritus sancti" y decreto también el cierre para el martes. Saca los billetes para el AVE ahora mismo...

-¿Te he dicho alguna vez que te quiero? -me preguntó con lágrimas en los ojos.

-Me has dicho más veces que me ibas a canear, pero yo sé que en el fondo no puedes vivir sin mí...

## Capítulo 11

-No me lo puedo creer-le dije ya instaladas en nuestros asientos del AVE cuando ella recibió el informe de su abogado.

-Yo sí que no me lo puedo creer, ¿te imaginas que yo sea uno de esos niños robados como los de la serie esa tan chula que vimos en televisión?

-Me caigo muerta si es así, ¿recuerdas que casi necesitamos una sábana para limpiarnos las lágrimas?

-Cómo no me voy a acordar y pensar que quizás mi caso sea similar...

-Pero hay una cosa que yo no entiendo, a ver que yo no soy una experta en la materia, pero decían que la mayoría de esos casos habían ocurrido en los años setenta. Y si tú naciste en los años setenta, por Dios que es que has encontrado el santo grial ese de la eterna juventud. Te llama la Preysler en cualquier momento para comprártelo, ya verás...

-Muy graciosa... Por lo visto en esos años se dieron mogollón de casos, en los que había metidos muchas monjas de esas más malas que las de la peli de miedo que vimos en el cine, la de "La monja" y un montón de médicos totalmente faltos de escrúpulos.

-De eso me acuerdo, me acuerdo, los pusimos bonitos a todos mientras veíamos a las madres sufrir...

-Pero parece que, aunque no a gran escala, cosas de estas han podido pasar toda la vida. Y por lo que pone aquí mi

pobre madre debía ser una chica de escasos recursos a quien algún malparido engatusó y le robó a su niña...

-Yo estoy en shock todavía, palabra...

-Pues imagínate yo, me muero de los nervios, ¿cómo crees que reaccionará ella?

-Pues cómo va a reaccionar, segura que loca de contenta, le va a dar un síncope cuando te vea.

-No digas eso, que solo me faltaba quedarme sin otra madre también. Ya el colmo...

-Oye, pero solo hablas de madre, ¿y no dice nada de tu padre?

-Ese debe estar desaparecido en combate, porque ni rastro de él en el informe...

-Vaya, hombre, lo mismo era un listo.

-A saber, pero yo con dar al menos con la madre que me trajo al mundo me doy por contenta, ¿tú sabes lo que supone para mí no conocer mis raíces?

-Lo imagino, aunque tienes que reconocer que tú debes darte con un canto en los dientes por los padres adoptivos que tuviste, que solo les faltó regarte con Mimosín.

-Sí, lo que pasa es que en mi familia parece que estábamos gafados, eso sí. Para mí que alguien nos puso la pierna encima para que no levantáramos cabeza.

-Tonterías, ya verás como ahora vamos a dar con tu madre y se va a volver loca cuando te vea.

-Pues entonces entre la mía y la tuya van a hacer un cuadro que ni que lo hubiera pintado Velázquez.

-Sí, sí, estamos apañadas. Aunque oye, por mucha madre que encuentres, la mía siempre va a seguir siendo tu segunda madre, no me seas renegada, ¿eh?

-Hombre que sí, eso lo sabe Dios... Al final me van a sobrar madres.

Las piernas de Celia, quien se mostraba incapaz de dejar de removerse en su asiento, eran la viva manifestación de los nervios que sentía.

Camino de Sevilla, debió preguntarme así como unas sopotocientas veces que cuánto nos faltaba para llegar.

-Cinco minutos menos de la última vez que me lo preguntaste-resoplaba yo revisando que con las prisas no se me hubiera olvidado el Ventolín, aunque solía tener uno en cada bolso.

Ese día no descartaba para nada tener que tomarlo pues, entre lo histérica que estaba Celia y que mi asma era emocional, tenía todas las papeletas para necesitar meterme un chute de Ventolín que sirviera para llenar un globo aerostático.

Llegamos a Sevilla y, de muy buen humor, ella empezó a recitar eso de "la lluvia en Sevilla es una pura maravilla" y eso que el sol no podía lucir más.

-Nos vamos del tirón a buscarla o....

No era normal que Celia vacilara tanto en una decisión, pero había que ponerse en su caso.

-No, no, primero nos dedicamos a hacer turismo y ya luego si eso pensamos en lo que sea...

-Deja ya el retintín que me estás poniendo histérica...

-Sí, sí, que estoy poniendo histérica yo, con lo tranquilita que venías tú.

Me eché a reír y es que ella parecía una niña pequeña en su primer día de colegio. Menos mal que me había dado por acompañarla, porque no era plan de dejarla sola en semejantes circunstancias.

Pillamos un taxi y nos dirigimos hacia la dirección que nos había dado el abogado. Llegamos y de escasos recursos precisamente no era.

-¿No se habrá usted equivocado? -le preguntamos al taxista.

-A ver, chiquillas, que yo llevo treinta años con el taxi de allá para acá. La dirección que me habéis dado es esta, pero si queréis os doy otra vueltecita por ahí...

-Claro, y de paso otra en coche de caballos por la Giralda y alrededores-le contesté yo que ese día estaba más lúcida que mi amiga, que parecía un poco ida.

-Vale, vale, qué carácter...

Nos bajamos y lancé un silbidito. Sin duda que estábamos ante la zona residencial más señorial de todo Sevilla. Suerte que nosotras siempre íbamos como un pincel y no desentonaríamos para nada, pues de otro modo hubiéramos tenido que ir volando a arreglarnos.

-¿Llamas tú o llamo yo? -le pregunté consciente de que Celia estaba bloqueada.

-Llama tú, que a mí se me aflojan las piernas.

Llamamos a la puerta y nos recibió una chica de servicio con cofia y todo...

-¿Podríamos hablar con la dueña de la casa? Se trata de un asunto muy importante, dígame que venimos de parte de este abogado. -Celia le entregó la tarjeta para intentar así que la señora bajara, porque en esa casa igual había que pedir audiencia para que nos recibieran.

-Ahora mismo se lo digo, está en su despacho...

La chica se fue y yo rompí un poco el hielo verbalizando lo que pensé desde que habíamos entrado.

-Por Dios que parece Gracita Morales, la pobre, ¿de qué la han vestido?

-Cosas de ricos, ¿te imaginas que tu madre le hubiera exigido a Urraca que se pusiera lo mismo?

-Sí, hombre, como si esa pobre no tuviera ya bastante desgracia con su nombre, quita, quita...

La chica bajó de nuevo y se dirigió a nosotras.

-Dice la señora que ahora mismo baja.

-Muchas gracias, la esperamos.

-¿Quieren tomar algo mientras? -nos ofreció muy atenta.

-Una tila triple para cada una-bromeé.

-¿Cómo? -La pobre no sabría si hacerme caso o mandarme a freír espárragos.

-Nada, nada, mujer, que es broma...

"Gracita", como yo la había bautizado, se marchó y nos dejó en aquel enorme salón que se necesitaba un buen patinete eléctrico para recorrer.

-¿De dónde es esta bandera? -me señaló Celia a la que pendía de uno de aquellos sublimes muebles.

-¿Tú te crees que yo soy Pilar Rubio? -le respondí acordándome de lo anonadada que me dejó aquella mujer cuando superó el reto de aprenderse todas las banderas del mundo que le lanzaron en El Hormiguero.

-Oye y estas fotos, ¿no te parece que en esta familia están todos un poco oscu...?

Celia no pudo terminar de decir lo de "oscuros", pues nos interrumpió la dueña de la casa. Si esa mujer era la madre de mi amiga, yo era Teresa de Calcuta, pues su piel, más que oscura, era negra azulada...

-¿Mamá? -le preguntó ella un tanto asombrada.

-¿Mamá? -le respondió la mujer todavía mucho más...

Allí tenía que haber algún error y no podíamos tardar en enterarnos de cuál, porque Celia estaba taquicárdica.

-¿No es usted Ana Díaz? -le preguntó ella.

-No, no, se han confundido ustedes-nos respondió de lo más amable.

De lo más amable, pero eso sí, con un acentito de ser de más allá de El Congo...

-¿Y entonces? -le preguntó ella con miedo en la cara porque todo aquello nos hubiera conducido a una pista errónea.

-Ana Díaz ha estado empleada como interna con nosotros hasta la semana pasada, pero ya se ha despedido.

-¿Y no podría usted darme las señas de su casa?

-Sí, creo que no habría problema, me parece que nos las dejó para enviarle la carta con el finiquito.

-No sabe usted cuánto se lo agradezco.

-No es nada, voy a buscar esa información.

La mujer salió del inmenso salón y "Gracita" volvió a aparecer por allí.

-Madre mía, pero esta mujer quién es, ¿una prima hermana del Sultán de Brunei? Anda que no hay aquí dinerito -le preguntamos aprovechando su aparición.

-Es embajadora de un país africano que os juro que todavía no sé ni pronunciar, llevo aquí poco tiempo.

Acabáramos, eso lo explicaba todo. No es que la mujer se hubiera "velado" en el momento de su nacimiento...

-¿Entonces tú no conociste a Ana Díaz? -Lanzamos la caña por si nos podíamos llevar algo más de información.

-No, yo entré en sustitución de ella, no os puedo ayudar...

Unos minutos después la dueña de la casa apareció con unas señas escritas en un papel que nos entregó, que incluían la dirección de la supuesta madre de Celia y su número de teléfono.

-¿Puede decirme algo de esta mujer? Créame que tengo buenas razones para querer saber de ella- le confesó Celia.

-Pues entonces lo que puedo decirte es que sentí mucho su marcha, que fue por fuerza mayor, y que la que estás buscando es una gran persona, con una categoría humana enorme.

Quisimos indagar algo más, pero ella debió pensar que, para ser unas totales desconocidas, ya íbamos en coche, así que nos marchamos no sin antes agradecerle su ayuda.

-Te has acojonado, ¿eh? -le pregunté por lo rocambolesco de cuanto acabábamos de vivir una vez que estuvimos en la

calle.

-Te juro que creí que estábamos en una peli de Tarantino, de esas en las que nada parece tener explicación...

-Tira para allá "peli" y vámonos ya a buscar a tu madre que estoy más intrigada que cuando veía la serie de Marco de pequeña.

-Calla, calla, que menudas panzadas de llorar me he dado yo viendo los dibujitos esos. Y ahora resulta que estoy yo más perdida en la vida que él...

-¿Tú que vas a estar perdida en la vida mientras me tengas a mí, tonta?

-Pues también es verdad. -Celia me cogió del brazo y juntas salimos andando.

Un nuevo taxi nos llevó a la dirección que nos habían dado.

Por lo visto, los nervios le habían jugado una mala pasada a mi amiga, pues en el informe del

abogado sí aparecía el dato de que Ana Díaz vivía en la mansión en la que habíamos estado, pero en calidad de asistente. Pero es que mi amiga no asuntaba de la emoción...

## Capítulo 12

Estábamos en la puerta cuando nuestros móviles sonaron al unísono, pues nos habían enviado sendos mensajes de WhatsApp.

-¿Vas a mirar el tuyo? -me preguntó Celia.

-¿Yo? Claro que no, así se caiga el mundo. Aquí hemos venido a jugar y eso es lo que vamos a hacer, venga tira. -

Le di un empujoncito para que avanzara.

Con las manos temblorosas, mi amiga estuvo tocando el timbre de la mencionada casa, con nulo resultado. No había nadie.

Se trataba de un piso situado en un barrio muy humilde.

Bajamos y vimos a diversas mujeres que iban o venían de la compra, incluso algunas con sus carritos.

-¿Estás pensando en que podría ser cualquiera de ellas?

-En eso mismo, en qué voy a pensar. ¿Nos sentamos un ratito en un banco por si llega? Seguramente habrá salido.

-Pues claro, bonita.

Miramos nuestros móviles y eran los chicos los que nos habían escrito. Ambos estaban al corriente de la situación de mi amiga porque ella se la había contado y antes de salir aquella mañana les escribimos para decirles que nos marchábamos a Sevilla.

-¿Estás leyendo lo mismo que yo? -me preguntó Celia, confusa.

-Si tú estás leyendo que estos dos vienen de camino para buscarnos, sí.

-¿Puedes creerlo? A mí me parece de lo más fuerte.

-Pues sí, qué majos...-concluí pues de Domingo podía haber esperado un gesto así, pero en Álvaro me cogía más de sorpresa.

-Reconoce que esto no lo esperabas. -Había llegado el momento de su revancha y ella la iba a saborear.

-Vale, ha sido un gesto muy bonito, lo reconozco.

De todos modos, yo no quería aguarle la fiesta a mi amiga más todavía, pero pensaba que el hecho



de que Álvaro viniera a buscarla no significaba que de repente ya se hubiera revestido de formalidad.

Los chicos, que viajaban en coche, tardarían todavía unas horas, por lo que llegarían a media tarde. Mientras, nosotras haríamos guardia en aquella plazoleta por si llegaba la tal Ana Díaz, que ojalá fuera la madre de mi amiga.

Horas después empezábamos a estar un poco desinfladas, y eso que, pese a los nervios, inflarnos si que nos habíamos inflado a comer, pues compramos unos bocatas y cantidad de chuches en un kiosco cercano.

El teléfono me sonó y era Domingo.

-Preciosa, ¿dónde estáis?

Le mandé nuestra ubicación y le comenté a Celia que decían de venir a recogernos. Con tanto lío, ni siquiera habíamos pillado hotel, pero nos comentaron que ya se habían encargado ellos.

-Me parece bien, que vengan y ahora pensamos.

En quince minutos los teníamos con nosotras.

-¿Quieres seguir esperándola? -le preguntó Álvaro mientras la sostenía por la cintura.

-Yo quiero salir de dudas ya... pero si llega muy tarde no sabré lo que hacer. Igual tiene un marido que no sepa de mi existencia y le jodo la vida todavía más a la mujer.

-Pues puede ser, ¿y si nos vamos a descansar y mañana volvemos súper temprano? Igual así la pillamos antes de salir o...

-O también podemos preguntarle a alguna vecina-añadió Domingo.

-Pues mira, en eso no habíamos pensado.

Nos dirigimos al bloque y le preguntamos a una señora mayor que nos dijo que Ana Díaz salía sobre las ocho de la mañana para trabajar.

-¿Y qué fuerza mayor sería la que la hubiera obligado a dejar el trabajo en la mansión para tener que coger otro? -

Celia no paraba de darle vueltas a la cabeza camino del hotel.

Una vez llegamos, los chicos nos dijeron que habían pillado dos habitaciones, que la pelota estaba en nuestro tejado a la hora de decidir cómo dormir.

-No vamos a ser hipócritas, yo ya he dormido con Álvaro y vosotros también estáis muy a gusto juntos, así que lo mejor será que nos dividamos por parejas y mañana nos vemos. -Celia me dio un beso a modo de despedida.

-Nada de mañana, vosotras tenéis que cenar como Dios manda-nos comentaron.

-¿Salir a cenar? Pero si estamos hechas un trapo-me quejé.

-¿Un trapo? Estáis hechas dos bellezones, lo más que admitimos es que os deis una ducha y punto.

Miré a Celia y afirmó con la cabeza. Si ella lo veía, que era la interesada y quien lo estaba pasando realmente mal, no iba a ser yo quien dijera que no.

El buen gusto de ambos se dejaba ver a cada momento, por algo nos habían escogido a nosotras... Ahora en serio, hago referencia a ello porque reservaron en un restaurante

que era una auténtica preciosidad y con un servicio de fábula.

-Tiene narices que sea por un motivo así por el que viajemos nosotras-comentó Celia.

-¿Y eso? -nos preguntaron.

-Porque nunca tenemos vacaciones a consecuencia de nuestro trabajo, pero que ya estamos pensando en ponerle remedio-les expliqué.

-Pues claro que sí. De hecho, tendríamos que hacer un viajecito los cuatro juntos cuando todo esto pase. -Álvaro la animaba mucho.

-Sí, sí, a ver si salgo viva de esta y ya pensamos algo. -Los nervios no la dejaban ni un momento.

-Pues claro que sí...

-Y a todo esto, se me había olvidado con tanto jaleo que mañana abre la niñata esa su pastelería. Encima nos coge con la nuestra cerrada, ¿será posible?

-Sí, yo creo que, porque hayamos cerrado un día, los clientes no nos van a perdonar y ni uno pondrá de nuevo los pies allí, esto es el caos-ironicé y me llevé un servilletazo por parte de mi amiga.

Tras la cena los cuatro nos fuimos a descansar. Al día siguiente tendríamos que madrugar y afrontar un encuentro que, con independencia de cuál fuera su resultado, marcaría un antes y un después en la vida de mi amiga.

-Estáis locos por haber venido-le comenté a Domingo una vez a solas.

-Estaríamos locos de no haberlo hecho-me contestó de lo más cariñoso dándome un beso mientras me acariciaba el pelo.

Y yo, con el corazón en la mano, estaba loca por meterme en la cama con él, aunque no tuviera intenciones de que entre nosotros ocurriera nada más que un bonito intercambio de arrumacos y caricias.

-Date la vuelta, que me voy a desvestir-le dije cuando caí en que tendría que ponerme una

camiseta para dormir, pues con las prisas, ni siquiera me había acordado de echar un pijama en la maleta.

Con la elegancia que le caracterizaba, Domingo se dio la vuelta y yo me puse cómoda. Después él hizo lo propio y ambos nos metimos en la cama.

-Si ya mañana Celia encuentra a su madre todo habrá salido redondo, pues no puedo imaginar un momento mejor que este-me confesaba él antes de apagar la luz con ojos apasionados.

-No me mires así que, seguro que sí lo imaginas mejor, y yo todavía no estoy preparada para eso...

-No adelantes acontecimientos, por favor, yo no te he pedido nada más. No lo necesito, esa es la realidad. A ver, que no le haría ascos, que uno no es de piedra y que tú me encantas, pero que ya me siento un total privilegiado pudiendo estar aquí contigo así...

Cada vez me atraía más su manera de ser. Domingo me daba mucha paz y me encendía al mismo tiempo. Y justo esa, la parte de la paz, era la que necesitaba en unos

momentos en los que la felicidad de la que consideraba mi casi hermana pendía de un hilo.

Nos quedamos dormidos entre caricias y hacía tiempo que no descansaba tan bien como lo hice aquella noche. Suerte que fue así, pues cuando el despertador sonó me recordó que teníamos por delante un día intenso.

Los cuatro nos vimos en la cafetería del hotel para desayunar. El rostro de Celia parecía haber sido blanqueado con Ariel, pues por horas la pobre lo estaba pasando peor.

Salimos del hotel y nos dirigimos nuevamente a aquel barrio que escondía un secreto providencial para ella.

-Nosotros nos quedamos aquí-nos señalaron-, os acompañaríamos con gusto, pero seguro que sería contraproducente que apareciera tanta gente por la puerta de esa mujer, así de sopetón.

-Creo que tenéis toda la razón. -Cogí a Celia del brazo sabiendo que había llegado la hora de la verdad. Ella parecía haber enmudecido.

-Mi niña, ya no hay vuelta atrás-le dije cuando toqué con los nudillos en la puerta de Ana Díaz.

Unos diez segundos debieron pasar antes de que se abriera aquella puerta, diez segundos que se nos hicieron eternos.

-¿Qué queréis? -nos preguntó aquella mujer que por la edad bien podría ser la madre de Celia, aunque su rostro reflejaba que no llevaba una vida precisamente fácil.

-Yo, yo, ¿es usted Ana Díaz? -tartamudeó mi amiga.

-Sí, soy yo. ¿Y vosotras sois?

-Creo que soy su hija-le soltó ella de sopetón y la mujer se quedó perpleja.

-Pero... eso no puede ser, yo no tengo ninguna hija-le respondió con cara de póker.

-¿Usted no dio a luz a una niña hace veintiocho años en el Hospital del Santo Renuncio?

-Estás equivocada muchacha, lo siento de corazón, pero no... Yo solo tengo un hijo, ninguno más.

-¿Está usted segura? -le pregunté antes de que cerrara la puerta y nos dejara pasmadas.

- Mi arma , cómo no voy a estar segura de cuántos hijos tengo. Todavía si fuera un hombre... esos pueden ir repartiendo por ahí su semillita más alegremente, pero una mujer se acuerda seguro de las veces que ha dado a luz.

Es que mi pregunta también había sido de traca, pero por ayudar a Celia lo que fuera. La miré y vi hasta qué punto la respuesta de esa mujer la había decepcionado.

Pocas veces en la vida había visto llorar a mi amiga, pero ese día, cuando íbamos escaleras abajo, lo hizo a moco tendido.

El gesto que les hice a los chicos al verlos y el llanto de Celia no dejaban lugar para la duda; habíamos ido a Sevilla para nada y ella se acababa de dar de nuevo contra un muro en el intento de encontrar a quien la llevó en su vientre.

-No te preocupes, Celia, solo es un intento más. La próxima vez será. -La besé en cuanto entramos en el coche.

-Tú no lo entiendes, Marina. Ya no habrá próxima vez, esta búsqueda está acabando conmigo y ya estoy muy cansada.

Creo que no merece la pena seguir...

-¿Y tirar la toalla ahora con todo lo que has luchado? -le preguntó Álvaro mientras la abrazaba.

-Pero es que esto es muy duro. Pones todas las ilusiones en un cesto y de repente se te hacen pedazos, ya no puedo más...

No había mucho más que decir. Pasamos por el hotel a recoger nuestras cosas y pusimos rumbo a casa. En esos momentos me alegré enormemente de que Domingo y Álvaro estuvieran allí, porque la vuelta sola con Celia hubiera sido todavía mucho más dura.

En este camino no hubo cantos, pero sí un montón de solidaridad y cariño concentrado por parte de todos en ella.

Celia nos miraba agradecida y las lágrimas afloraban de nuevo a sus ojos. Por fin, unas horas después, conseguimos arrancarle una primera sonrisa y más tarde alguna más...

Al llegar, y como no teníamos el cuerpo para jotas, nos dejaron en casa, no sin antes decirnos que nos veríamos al día siguiente. Ambas aceptamos, agradecidas, y subimos.

Aunque no soy demasiado cocinillas, ese día me tocó prepararle un reconfortante caldo calentito a mi amiga, que parecía que venía de la guerra.

Después de tomárselo, cogió el informe del abogado y lo partió en mil pedazos. Suerte tenía de que hubiera pillado el informe y no a él, porque con la rabia que sentía igual le hubiera hecho lo mismo.

Nos acostamos pronto deseando que amaneciera un nuevo día que nos hiciera olvidar las últimas horas...

### Capítulo 13

Dicen que "en martes ni te cases ni te embarques" y, por lo que habíamos visto el día anterior, ni tampoco busques a tu madre...

Vaya caos el vivido en Sevilla y vaya carita de estreñida con la que se levantó Celia ese día. Por otra parte, no era de extrañar, la pobre estaba teniendo cualquier cosa menos suerte en su incesante búsqueda y ya empezaba a tener los ovarios hinchados como melones, según decía con su gracejo natural.

-¿Te vas a tomar el zumo de naranja que te he preparado? -

le pregunté viendo que no atinaba nada de nada ese amanecer.

-¿Qué dices, Marina?

-Gorda, ¿te has quedado sorda? -le pregunté haciendo un pareado que sabía que la sacaría de sus casillas.

-Ni gorda ni sorda, no te jode. Trae el dichoso zumito y no me toques más la moral no vaya a ser que haya tiros en esta casa.

-Qué carácter, bonita, tranquila...

-Ni tranquila ni leches, encima no veas la gracia que me hace pensar que cuando lleguemos le vamos a tener que ver la jeta a Paula, que estará allí victoriosa.

-¿Tú crees? Esa con lo pamplinosa que es, capaz es de haber contratado a alguien y ejercer solo de jefa. Igual ha

puesto un cartel con su imagen a tamaño real en la puerta y eso es todo lo que aparece por allí.

-Ya quisiera yo, para no tener que echármela a la cara, pero de ser así se iba a comer un mojón. Los tiempos no están para abrir un negocio y delegar, precisamente, ya lo sabes.

-Lo sé, lo sé. Oye, aunque como tú bien dices, a nosotras ya sí que nos ha llegado la hora de pasar a mejor vida.

-Merluza, dicho así parece que nos van a dar matarile, qué grima...

-Matarile te voy a dar yo un día de estos, me refiero a lo de coger un empleado para los domingos y para tomarnos algunas vacaciones, como hemos hablado.

-Sí, sí, que faltita nos hace. El día menos pensado ponemos un anuncio o no nos vamos a decidir nunca...

-Tarde, el anuncio ya está puesto desde ayer y te advierto desde ya que la cola de candidatos se ve venir que va a dar la vuelta a la manzana, porque tengo ya un mogollón de currículums en el correo.

-¿Qué dices? ¿Has hecho todo eso a mis espaldas?

-Sí, no veas la transgresión, poner un anuncio para lograr algo que llevas un mogollón de tiempo demandando y no contártelo hasta el día siguiente. Desde luego que es para fusilarme...

-Tienes razón, es que estoy de una mala leche que no me aguanto ni yo. Si quieres más tarde, cuando se haga un clarito en el "Celicioso", les echamos un vistazo y escogemos alguno.

Antes de llegar a nuestro negocio nos dimos cuenta de que algo estaba pasando, pues varias personas del barrio nos miraron cuchicheando al pasar por nuestro lado.

-¿Tendremos monos en la cara o nos habremos puesto el jersey al revés o algo? -me preguntó Celia mientras yo pensaba que algo de razón debía tener...

No tardamos ni dos minutos en comprobar lo que había sucedido y es que, en la puerta de nuestro local apareció un cartel de una supuesta empresa de plagas, que no conocían ni en su casa, que anunciaba que el "Celicioso" estaba cerrado por una plaga de ratas.

-¿Qué es esto? -chilló Celia que, si ya de por sí tenía un tono de voz bastante altito, aquel día sonaba atronadora.

-Tranquila por lo que más quieras, que esto debe tener una explicación-le comenté.

-Y tanto que debe tener una explicación, pero una explicación relacionada con una rata así de grande llamada Paula a la que voy a desmoñar ahora mismo-amenazó volviéndose hacia su negocio, que aparecía ante nuestros ojos abarrotado de ¡nuestros clientes!

Sí, sí, no solo decenas de personas hacían cola en la puerta, sino que, para más inri, eran nuestros clientes, cosa que nos dolió hasta la saciedad. Avanzamos y por estar, allí estaba hasta Fernanda.

-Bonita manera de esperar a que abriéramos-les espetó Celia, que iba desbocada.

-Muchacha, es que yo no es por nada, pero hasta que no solucionéis el tema de las ratas, por vuestra pastelería no

va a aparecer ni el apuntador. Es que no se me ocurre otro bicho que pueda dar más repugnancia que ese...

-¿No se te ocurre? Pues a mí sí y es otro bicho inmundo de dos patas, ¡como este! -exclamó señalando a Paula quien sonrió abiertamente.

-¿Se os ofrece algo, chicas? -nos dijo la muy miserable, señalando a su vez al género, que era el mismo que el nuestro; ni más ni menos.

-Pues mira sí, se nos ofrece darte un puñetazo en todos los hocicos esos de caballo que me llevas, así que sal de ahí si tienes valor.

Paula la vio tan cabreada que no lo tuvo...

-No sé de qué me estáis hablando ni por qué estáis tan enfadadas, yo de vosotras me dedicaba a arreglar lo de vuestra pastelería, que por lo visto tenéis un marrón así de grande-señaló hasta el techo y tuve que contener a Celia, que casi salta por lo alto del mostrador.

-¡¡Un momento, un momento!! -chilló haciendo que todos los clientes centraran la atención en ella-. Tengo que comentaros una cosita...

-Ten cuidado con lo que vas a decir en público, a ver si esta encima nos demanda y le tenemos que pagar una indemnización millonaria-le advertí.

-Tú déjame que esto lo resuelvo yo en un periquete.

-Señoras y señores clientes, solo os quería comentar que mi socia y yo hemos sido víctimas de un miserable complot y que todo se sabrá a su debido tiempo. Pero que mientras y dado que es absolutamente incierto que haya habido

ningún tipo de plaga en nuestro negocio, durante todo el día de hoy podréis disfrutar de un 2x1 en todos nuestros productos, por las molestias, claro.

-Celia, ¿un 2x1? Ten cuidado, no sea que nos arruinemos-le advertí por los bajinis y su mirada echaba fuego.

-¿Tú eres carajota? Nos vamos a arruinar si dejamos que toda esta gente, nuestra gente, le

comience a comprar a la víbora. Antes muerta...

-¿Un 2x1? Eso es porque os van a dar gato por liebre, o mejor dicho, rata por liebre, yo no me fiaría ni un pelo-dijo Paula reventando de guasa.

-A ti sí que te voy a dar dos mamporros por uno y me voy a quedar en la gloria. Si tienes valor di una palabra más, que sé de sobra que has sido tú la que ha organizado toda esta farsa. - Celia estaba que mordía y Paula encima no paraba de venirse arriba, le iba la marcha.

-Ea, pues yo también voy a poner un 2x1 durante todo el día, a ver quién puede más-le dijo justo antes de vociferarlo a los clientes.

Estos, la mayoría de los cuales ya habían girado sobre sus talones para dirigirse al "Celicioso" dada nuestra oferta, recularon y volvieron a permanecer quietos, no sabiendo por cuál de los locales decantarse.

-¿Un 2x1? Lo supero, 3x1 en todo tipo de productos hasta el cierre. -Contra ofertó Celia.

-¿Un 3x1? -Vete a la misma mierda...-le dijo por los bajinis Paula quien no paraba de apretar los puños...

-Un 3x1, ¿tienes valor de mejorarlo? -la retó Celia.

-¿Tú me estás tocando las palmas? Porque te juro que parece que no me conoces...

-Yo te toco las palmas y lo que haga falta, aunque lo que tengo tela de ganas de tocarte es la cara de asquerosa esa que gastas...

-No te pases ni un pelo que te demando-le volvió a decir por lo bajo-y cállate ya que tengo algo que anunciar.

-¿Más rebajas? Pues estamos apañadas, como no regales ya los dulces...

Obvio que Celia lo dijo sin pensar, pero yo me temí que hubiera algo de cierto en sus palabras.

-Has dado en el clavo... A ver, a ver, un poquito de atención-volvió a reclamar la del público- he estado pensando que vosotros os merecáis lo mejor y lo mejor sin duda va a ser que hoy tengáis la oportunidad de llevaros a casa una buena bandeja de dulces cada uno, ¡totalmente gratis!

Celia resopló y yo tuve que echar mano del Ventolín, porque sabía que allí se iba a liar la de San Quintín, que vaya por delante que este pareado me ha salido sin pretenderlo.

Los clientes, incluida Fernanda y otros muy afines a nosotras, empezaron a cuchichear entre ellos e, incapaces de sostenernos la mirada, tomaron la callada por respuesta y se quedaron inmóviles.

-Míralos, parece que están en el barco de Chanquete y que no los moverán. -A Celia sí que la estaban moviendo, pero lo

estaban haciendo los mismos demonios que se la estaban llevando...



-Déjalos, es normal... No te preocupes que ya volverán, solo es cuestión de tiempo.

-De tiempo y de que corra la sangre, porque esto es la guerra. -Miró a Paula y le hizo el gesto de la "v" llevándose sus dedos de sus ojos a los de ella en señal de que se había quedado con su cara.

-Por su parte, ella le sacó la lengua, aunque a quien tuvo que aguantar fue a Celia, pues si se la llega a pillar se la saca, pero literalmente...

-Vámonos ya que como sigamos aquí nos vamos a buscar la ruina-le dije mientras me la llevaba prácticamente a rastras.

-La ruina nos la va a buscar esta de todos modos, pero que a Dios pongo por testigo de que como la atrinque, se le van a quitar toditas las ganas de cachondeo.

Lo cierto es que el plan mañanero era de aúpa. Celia estaba que mordía y yo... Yo no sabía si cortarme las venas o dejármelas largas porque aquello era un sinvivir.

-Tenemos que abrir-le indiqué.

-Pues hoy no sé para qué, porque con reparto gratis de dulces al lado va a pagar los nuestros Rita la Cantaora, como es normal...

-Pero habrá que disimular, además lo único que nos ha ganado ha sido una batallita de nada, pero esto es la guerra.

-Sí que lo es y nuclear. Yo a la niñata esa la termino aplastando como si fuera una cucaracha...

-Está claro que no vamos a dejar que se salga con la suya, pero tenemos que actuar con la mente fría porque en caliente la vamos a cagar de lo lindo y luego nos vamos a arrepentir.

-Pues si tú eres capaz ve haciéndolo, porque la mía está que arde como la leche y no me veo yo hoy muy lúcida para decir.

No hacía falta que lo dijera, Celia estaba atacada y parecía tener un tic nervioso, pues los ojos se le movían solos.

Llegamos al "Celicioso" y en un abrir y cerrar de ojos ya teníamos el género expuesto. A continuación, lo previsible, no entró ni el gato por la puerta.

Para no mentir, Fernanda asomó la cabeza y nos pidió perdón.

-Chicas, lo siento, pero es que lo de llevarse los dulces gratis es un ahorro-dijo y salió andando sin articular más palabra.

-Un ahorro le ha supuesto salir corriendo, porque si no también la dejo sin dientes. -Celia estaba imposible aquella mañana.

Lógico que yo tampoco estaba tocando las castañuelas, pero lo de mi amiga era de impresión.

Necesitaba que se relajara un poco o le iba a dar un infarto.

-Vamos a poner a los chicos al corriente de lo que está pasando. Al fin y al cabo, también es su negocio-argumenté.

-¿Y que piensen que no nos las podemos valer por nosotras solas? Antes muerta, ¿me entiendes?

-Vale, vale, qué carácter... Pues nada, punto en boca.

-Así me gusta, que calladita estás más guapa. -Sonrió irónicamente mientras comenzaba a limpiar las vitrinas.

-Oye, ¿y si miramos ahora lo del tema de los currículums? -

le propuse.

-Hombre, si hay un día que vamos a tener tiempo para mirarlos ese es hoy, lo que yo me temo es que a este paso no tengamos un euro para contratar a nadie.

-Tranquilidad en las masas y no me estreses, ¿eh? Que me da mucho coraje. Esta es una coyuntura transitoria y en peores plazas hemos toreado, amiga.

-Si tú lo dices... Vaya semanita que llevo.

-Lo digo, lo digo... Estoy segura de que a Paula nos la cargamos en menos de lo que canta un gallo.

-¿Pero quieres decir cargárnosla, cargárnosla? -Adoptó un gesto criminal y me acojoné hasta yo.

-No me seas más insensata, un poquito de por favor...

Comencé a mirar uno por uno los currículums recibidos por Internet hasta que mi interés se centró en una cara que me resultó familiar.

-¿No es este Ramón, el chico ese que estuvo discutiendo el otro día aquí con su novia?

-A ver, que yo soy muy buena fisionomista y tú a veces no sabes ni dónde estás de pie...

-Gracias por la confianza...

-De nada, de nada. -Centró la vista en la mirada de mi tablet.

-A ver si te crees que yo veo menos que Pepe Leches, que sí que es Ramón.

-Mira, pues sí que es él... Qué casualidad.

-El chaval se ve que encima está en paro, lo habrá mirado un tuerto, entre la novia esa y tal...

-Pues si quieres lo llamamos y ya somos tres desgraciados a tiempo completo.

-Oye, que yo no me siento desgraciada, ¿eh? A mí no me cuelgues el sambenito ese, que me pongo en tensión...

-No, claro, que se me olvidaba que "la vida es una tómbola, tom, tom, tómbola de luz y de color..." , como cantaría Marisol...

-Qué cruz me ha caído-resoplé.

-Venga, llama al muchacho si quieres y que venta esta tarde. Total, ¿qué más nos puede pasar?

-Como tú sigas así de gafe, cualquier cosa. -Hice el graznido de un cuervo y ella, sin pensarlo, me arreó con un cupcake en plena cara.

Pues sí que la semana prometía...

## Capítulo 14

El mediodía nos sorprendió con la visita de los chicos en la puerta mientras Celia saltaba sobre el cartel falso de la supuesta empresa de plagas que Paula nos había colocado en la puerta.

-¿Qué es eso? -le preguntó Álvaro mientras impedía que ella terminara por prenderle fuego con un mechero.

-No es nada-le respondió muy digna, como si la cosa no fuera con ella.

-Lo sentimos, pero ya es tarde, en la calle no se habla de otra cosa. Que si ratas, que si despacho gratis de dulces,

¿qué está pasando?

-¿Podemos correr un tupido velo? Porque la sangre ya me está hirviendo demasiado y voy a entrar en combustión espontánea en cualquier momento.

-Os invitamos a almorzar, venga...

Nos fuimos con ellos y traté de contarles todo lo sucedido sin darle demasiado énfasis, para que Celia no entrara en parada cardíaca. También les comentamos que habíamos citado a Ramón para esa tarde.

-Entonces pronto nos podremos marcar un viajecito los cuatro-sugirieron.

-Hombre, si las aguas vuelven a su cauce, sí. Y que sepáis que vosotros tenéis parte de culpa, que como nos tengamos que ir debajo de un puente a vivir os la cargáis-. Celia seguía de lo más inquieta.

-Pero ¿de verdad creéis que Paula ha sido capaz de colocar ese cartel en la puerta? -nos preguntaban sin dar crédito.

-No, no, se ha puesto solo en nuestra ausencia. -Celia negaba con la cabeza, le debían de parecer

de lo más confiados.

-Os prometemos que hablaremos con ella, esto no es lo pactado.

-¡Alto ahí! De nuestros problemas nos encargamos mi socia o yo, ¿o es que nos habéis visto cara de necesitadas?

Álvaro hizo una broma al respecto, diciendo que Celia se lo había puesto a huevo y a cambio se llevó un manotazo que resonó en todo el restaurante.

-No la cabrees, que hoy no es el día-le sugerí y seguimos almorzando mientras los chicos bromeaban sobre lo bueno que se había quedado el mediodía.

Por la tarde más de lo mismo....

Paula no daba abasto y vimos entrar en el local a la lerdá de su amiga Blanca para echarle una manita. ...

Yo tenía que contener a Celia porque a cada momento se ponía en la puerta con los brazos en jarra y ya se formaba la zapatiesta. Al final iba a venir hasta la policía...

La llegada de Ramón hizo que las aguas se calmaran un poco y eso que el chaval, ajeno como estaba a todo lo ocurrido, metió el dedo en la llaga, pero bien...

-Schhh-le indiqué antes de que Celia volviera a saltar, que ya le temía yo más que un vendaval.

-Vale, vale, entonces, ¿estoy contratado?

-Sí, hombre. Parece que tienes don de gentes y si como dices has trabajado con el público, esto no tiene mayor misterio. Incluso si todo va bien pronto te pondremos un compañero o compañera.

-A poder ser una compañera-bromeó...

Ramón parecía buena gente y nos comentó que, para colmo de sus males, hasta entonces trabajaba con el padre de su exnovia, la encantadora de serpientes. Y al dejarla a

ella, su exsuegro había prescindido con gusto de sus servicios.

Parecía que el pobre chaval también se había cruzado con un gato negro y nos pareció que además podía ser una especie de obra de caridad, dadas las circunstancias.

-Entonces si te parece te vemos el domingo y este primero te acompañamos nosotras para enseñarte cómo funciona el negocio-le ofrecí mientras Celia iba y venía por el local sin poder parar quieta.

-Se me ocurre una cosa mejor. Me puedo venir desde mañana y así voy aprendiendo durante la semana. No hace falta que me paguéis nada, solo es cuestión de ir cogiéndole el truquillo al negocio, que es lo que pretendo.

Nos pareció una idea estupenda y le citamos para el día siguiente.

-Qué majo, ¿no te parece? -le pregunté a Celia cuando se fue.

-¿Quién? -Ella seguía un poco ida.

-Ramón, no va a ser mi padre, que por cierto ese andará viendo si es posible anular el dichoso viajecito a Disney.

-¿Te has dado cuenta de que nuestras vidas están adquiriendo tintes surrealistas? -me preguntó Celia y yo me eché a reír.

-Pues un poco de razón sí que tienes, para qué te voy a llevar la contraria...

El jueves ya la cosa pintaba mejor en el trabajo. Fue abrir y comprobar que la mitad de nuestros clientes volvían a asomar por la puerta, aunque la otra mitad se hubiese

cambiado de chaqueta y le estuviera riendo las gracias a Paula.

-Hombre, Fernanda, ¿tú por aquí? -le preguntó Celia con cierta sorna.

-Sí, mujer. Es que lo de ayer fue una excepción, pero yo con vosotras tengo más feeling que con la otra muchacha.

De hecho, os tengo que contar una cosa de mi marido, pero ya cuando estemos las chicas solas. - Nos guiñó el ojo en referencia a que estaba Ramón allí.

-Vale, vale, lo que pasa es que ayer tuvimos muchas pérdidas, ¿sabes? -le comentó Celia y yo me santigué imaginándome que después de ese comentario vendría alguna de las suyas.

-¿Y qué quieres que yo le haga, hija? No me vayas a decir que ahora los dulces cuestan el doble...

-No, no, los dulces siguen al mismo precio. Ahora lo que tendremos que cobrar son los consejos sentimentales, que de alguna forma debemos compensar las pérdidas.

Lo que no se le ocurriera a Celia... Fernanda dio la callada por respuesta y salió volando con los dulces.

Ramón se rio y nos preguntó que qué era eso de los consejos sentimentales.

-Ya lo comprobarás en unos días-le contestamos al unísono y él siguió atento a todo.

A la hora de cerrar al mediodía, de nuevo los chicos aparecieron para invitarnos a almorzar.

-¿Esto se está convirtiendo en una costumbre? Porque a ver si mi amiga y yo nos vamos a poner redonditas, que

nosotras estamos acostumbradas a cuidarnos, a la vista está-les espetó Celia.

-Nosotros también nos alegramos de veros, guapas-bromearon y cada uno nos ofreció un brazo del que cogernos para salir andando.

-¿Qué tal el chico nuevo?

-Lo preguntáis en calidad de amigos o de competencia-les respondió Celia.

-Ni de lo uno ni de lo otro, ¿qué es eso de amigos? ¿Tú y yo solo somos amigos? -le preguntó Álvaro.

-Hombre, amigos con derecho a roce, pero hasta ahí...

-Qué bonito y yo que creía que tú y yo ya estábamos enfrascados en una historia de amor-le contestó él como haciéndose el ofendido.

-Sí, hombre, de esas de cine, no te fastidia, ¿qué te has creído?

Domingo me hizo un gestito como de que él también quería ser algo más para mí y yo le devolví otro, bromeando, de que solo amigos.

La realidad es que ambas estábamos deseando que lo nuestro con los chicos fuera hacia adelante. Además, con su viaje relámpago a Sevilla, ambos nos habían demostrado que no solo estaban para las maduras sino también para las duras...

-Pues si tanto os lo queréis currar, ya podéis invitarnos a una cenita romántica esta noche-les soltó Celia quien tan pronto parecía que estaba huyendo de Álvaro como se tiraba en plancha sobre él.

-Por mí no hay problema, indícame tu restaurante favorito y yo hago la reserva. O, si lo prefieres, elijo yo y te doy la sorpresa.

-Elige tú, que no quiero calentarme el coco. -Ella era así de divina cuando quería.

-Vale, pues te recojo a la salida de tu trabajo.

-Yo lo siento una barbaridad, pero esta noche no puedo-me comentó Domingo, un tanto azorado. -Tengo que atender un compromiso familiar ineludible, pero te prometo que cualquier otra noche.

Me quedé un poquito planchada y no porque no entendiera que el pobre chaval también debía atender a su familia, sino porque me había hecho ilusiones por un momento.

-No te preocupes, otro día será...

Quedamos en eso y un rato después ya estábamos Celia y yo de nuevo en el "Celicioso", que poco a poco iba volviendo a su afluencia de público habitual.

-Vete tú hoy antes y te arreglas para la cena-le indiqué, entendiendo de sobra que ella estaba pasando por un momento agónico y necesitaba más que nunca que la apoyaran y la animaran.

-Ains, que eres un trocito de pan, aunque no lo parezcas...

-¿Cuándo no lo parezco? Tira ya, hombre...

Me quedé a solas con Ramón a falta de una hora y media para cerrar.

-No te preocupes que yo te ayudo en todo lo necesario-me comentó de lo más servicial.

-Tú tranqui, que está todo controlado, aunque es cierto que por fin parece que las aguas van volviendo a su cauce-le confesé.

-Claro, mujer, no hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo resista...

-Eso es verdad. Y me alegro sobre todo por Celia, ella no está pasando por un buen momento personal y no es momento para que se nos hunda el chiringuito...

-Vaya, pues entonces tendremos que hacer por animarla más.

Ramón me parecía un buen fichaje. No solo mostraba mucho interés por aprender, sino que daba la impresión de empatizar bastante con las personas, cualidad que le permitiría ganar puntos en nuestro negocio.

Antes de marcharnos, se ofreció a repasar todas las bandejas de la cocina, cosa que le agradecía, pues era una de las tareas más pesadas del trabajo y, en cuanto terminara, nos iríamos.

Estábamos ya a punto de cerrar cuando nos visitó el que me pareció que sería el último cliente del día.

-Dígame lo que se le ofrece...

-Se me ofrece hacer una inspección de este local, señorita.

Hemos recibido una denuncia.

-¿Una denuncia? No entiendo nada.

-Sí, soy inspector de sanidad y han denunciado que este local debería estar temporalmente cerrado por una supuesta plaga de ratas que podría estar todavía sin controlar.

-Acabáramos, era eso... No, mire, se trata de un desagradable malentendido... De hecho, creemos que es fruto de un ardid de la dueña del local de la competencia, que acaba de abrir y no sabe lo que hacer para desmantelarnos el chiringuito.

-Bueno, bueno, los tejemanejes que se traigan ustedes con su competencia me la traen a mí al paio. Yo estoy aquí por un tema muy serio. De ser cierto que tienen ustedes una plaga en el local, podrían estar atentando contra la salud pública, de modo que circule y déjeme echar un vistazo.

El hombre no es que fuera un chorro de alegría ni que se le viera especialmente entusiasmado con su trabajo. Más bien parecía haberse sentado en un palo y no ser todavía consciente de que lo llevaba metido en el culo...

-No hay ningún problema. Puede mirar hasta en el último rincón. No es por nada, pero nuestro local está immaculado, aquí no ha habido un bicho en la vida.

-Eso lo tendré que corroborar yo...

-Pues proceda, proceda...

La manita en el fuego ponía yo de que allí no había entrado jamás más bicho que algún que otro cliente que fuera para echarle de comer aparte.

Con total tranquilidad, me serví un vasito de agua mientras esperaba a que el hombre mirara donde le viniera en gana.

Es más, si quería, que se mirase en las bandejas que Ramón estaba dejando como un espejo.

-¿Cómo me dijo que se llamaba, señorita? -me preguntó desde la cocina.

-No se lo he dicho porque usted no me lo ha preguntado, pero me llamo Marina.

-Pues venga, Marina, venga...

Con inusitada curiosidad me acerqué a la cocina y no me caí en redondo de milagro. De uno de sus rincones asomaba el bigote de lo que parecía ser una rata y del susto di un chillido tremendo.

-¡¡Chille, chille lo que quiera, pero este local hay que cerrarlo ahora mismo!!

-¿Cerrarlo? ¿Hasta cuándo? -le pregunté atónita.

-Hasta nueva orden y no me venga usted con prisas o va a ser peor.

Ramón me indicaba con la mano que me tranquilizara y yo cogí el Ventolín a lo justo. El inspector comenzó a dar órdenes y por allí apareció cantidad de gente; no llegaron los Cazafantasmas de milagro...

Una vez que se llevaron a la rata me hicieron comenzar a firmar papeles de todos los estilos. Yo estaba mareada y asqueada y lo único que veía era bigotes moverse por todas partes...

## Capítulo 15

Me despedí de Ramón cabizbaja. Lo gordo del asunto era que, al final, sí que había una rata en la pastelería. ¿Cómo era posible? Yo no entendía nada de nada...

Taciturna, comencé a andar en dirección a casa. No podríamos abrir de nuevo el "Celicioso" hasta que las

autoridades no se aseguraran de que la "plaga" estaba totalmente eliminada.

Y lo peor de todo no sería eso, sino que nuestro local podría quedar tocado y hundido cuando los rumores sobre que era cierto lo de las ratas comenzaran a extenderse como la pólvora por todo el



vecindario.

Suerte que la inspección había pillado a Celia fuera del local, porque la loca de mi amiga seguramente se hubiera encarado hasta con el inspector y entonces sí que la hubiéramos cagado de lo lindo.

Por supuesto que no le diría nada hasta que no apareciera aquella noche porque, al caer entre semana, seguramente que viniera a dormir a casa, por muchas ganas que tuviera de estar con Álvaro.

No había caminado todavía demasiado cuando una mano sobre mi hombro me sacó de mis pensamientos. Me volví, un tanto asustada, y era Álex.

-Esto cómo va, ¿o no te veo en un montón de tiempo o te veo ahora hasta en la sopa?

-Eso parece, ¿me estás siguiendo? -bromeó.

Antes de contestar, me reí para mí pensando en que, si él supiera las muchas veces que yo lo había seguido, pero mentalmente, años atrás...

-En todo caso me estarás siguiendo tú a mí, que yo iba delante. ¿Qué haces por aquí?

-Estaba dando un paseo y tenía pensamiento de acercarme a cenar con mis padres, pero ya que nos hemos encontrado,

¿te apetece que tomemos algo?

-Claro, ¿por qué no? Pero ¿y Rosaura? -Me extrañó que no estuviera con él, sobre todo porque ella apenas debía conocer a casi nadie en la ciudad.

-Bueno, es muy abierta y ya está haciendo amigos. Ha quedado con gente de su nuevo trabajo, todo es aún un poco caótico para nosotros.

-Entiendo... Debe ser una gran chica cuando está contigo....

-Pues ahora soy yo el que no entiende...

Yo lo había dicho sin pensar y me sentí de lo más cortada.

No podía creerme que le hubiera soltado eso a Álex, pero es que el subconsciente me traicionó.

-Hombre, quiero decir, no sé, porque tú eres muy sensible y eso... Bueno y porque debes tener buen ojo con las mujeres.

-Creo que me tienes en muy alta estima-bromeó.

Entramos en un bar que había camino de casa y en el que ponían unas tapas extraordinarias. Lo cierto es que no podía recordar cuál había sido la última vez en mi vida que hubiera estado a solas con Álex, pero me apetecía que me contara cómo le había ido todo en los últimos tiempos.

-Te noto extraña, ¿te pasa algo? -me preguntó y yo me pensé bastante el cómo abordar un tema que me temía que pudiera acabar en discusión entre nosotros, dando al traste con mis expectativas sobre nuestra conversación.

-Bueno, es que nos están pasando unas cosas muy raras desde que tu hermana Paula ha abierto la pastelería.

-¿Unas cosas muy raras? Mira que a mi hermana la considero capaz de muchas cosas, no me asustes. Lo

primero es que no puedo entender por qué ha tenido que ir a hacerlos la competencia, parece que disfruta fastidiando a la gente...

-Eso puedes jurarlo, pero es que hay mucho más.

Álex me escuchó con atención y lo noté francamente incómodo con el tema.

-No sé qué decirte, sé que ella tiene tela marinera, pero hasta el punto de... ¿tú crees que ha sido ella quién ha colocado un cartel falso como dando la voz de alarma y luego enviado a la inspección? Pero no me cuadra, porque de ser así, ¿a santo de qué ha aparecido una rata?

-No lo sé, aquí el picapleitos y el que debe estar acostumbrado a conjeturar eres tú, pero a mí me da a que hasta en la aparición de la rata está involucrada, fíjate...

-Mujer, igual eso ya es mucho decir, que no te digo que en el resto, pero en eso... Igual es que escuchó campanas y se aprovechó del tema, pero hasta ahí.

-¿Campanas? ¿Campanas de que el "Celicioso" es un parque de atracciones para ratas? No perdona, pero nosotras lo tenemos como los chorros del otro, pues menudos limpiados le da la chica que viene a diario.

-No quería decir eso, de veras. Seguro que todo esto tiene una solución.

-Sí, mira, mejor que cambiemos de tema, Y a ti, ¿cómo te va la vida?

-Pues me va, que no es poco. Ya mismo empiezo a trabajar en un buen despacho, no me puedo quejar.

-¿Y Rosaura también es abogada?

Por unos instantes volví a mi adolescencia, cuando él ya apuntaba maneras como futuro abogado y yo fantaseaba con estudiar Derecho para ser su compañera de despacho.

-No, ella es periodista...

Yo no sabía hasta qué punto podrían influirme mis antiguos sentimientos a la hora de valorar mis impresiones, pero no percibí que Álex hablara de ella con demasiado entusiasmo.

Por el contrario, sí noté que cuanto más lo escuchaba, más cercana me encontraba a él.

Por mucho tiempo que hubiera pasado, la complicidad se reavivó entre nosotros y yo sentía a la vez curiosidad y una especie de extraños celos que no sabía muy bien cómo catalogar al saber de aquella mujer con la que Álex compartía su vida.

Por lo que pude vislumbrar, Rosaura más que pasión había aportado a su vida bastante serenidad y eso que yo nunca imaginé que Álex la hubiera perdido.

En mi mente yo guardaba una imagen de él de lo más sosegada y tranquila y así se lo hice saber.

-No creas, Nueva York es un monstruo que puede devorarte con mucha facilidad si no sabes poner pie en pared...

-Imagino, pero igual también depende de tu estado de ánimo. No sé, yo creo que, si uno está bien, da igual que viva aquí que en Pernambuco, pero que igual es solo una apreciación mía.

-Yo es que pasé una racha nefasta a nivel personal y me vi hundido un poco en la miseria. Pasado el tiempo seguía sin

salir de ella y Rosaura me fue ayudando a superarla, tengo mucho que agradecerle.

"Mucho que agradecerle" no me pareció una frase especialmente romántica, tampoco vi chispa en sus ojos a la hora de mencionarla y, sin embargo, sí percibí esa chispa al mirarme a mí.

-Vas a pensar que estoy rematadamente loco-me dijo y yo noté cómo todo mi ser se alteraba.

-Cuéntame y ya te digo yo-reí.

-Tengo ganas de besarte...

Llevábamos apenas una hora sentados y Álex se había tomado una cerveza con un pincho, nada más...

-Eso debe ser el alcohol-argumenté sin demasiado fundamento.

-¿El alcohol de una sola birra? Pues menuda graduación debe tener.

-Álex esto no tiene sentido...

-¿Necesitas buscarle sentido a todo, Marina? La Marina que yo conozco es más decidida que eso...

-¿Más decidida? Creo que te equivocas-me defendí como buscando ganar tiempo para tomar una decisión.

Aparte, mucho me temía que estaba confundido en lo de mi hipotética decisión. Si yo hubiera sido decidida le habría confesado años atrás lo que sentía por él. ¿Lo que sentía? Y

si solo era "lo que sentía" entonces y no en ese momento,

¿por qué me temía que no iba a poder sortear la llamada de sus labios?

Miré el cuadro en general y me resultaba demasiado atrayente. Los pocos años que habían pasado desde el final de mi adolescencia solo habían aumentado el atractivo de Álex.

No obstante, yo estaba empezando a tener algo con Domingo y ese chico también me encantaba. Además, había apostado desde el principio por mí y yo no tenía por qué defraudarle. Y mucho menos por alguien de mi pasado que, como guinda del pastel, tenía novia...

No, no y no... Yo eso siempre lo había tenido meridianamente claro y ahora no iba a venir Álex a fastidiarme. Yo no solo era fiel, sino que siempre me había jurado a mí misma no caer en las garras de un hombre con pareja...

Y si todo eso era así y yo no tenía ningún género de dudas,

¿por qué me sentí en las nubes cuando Álex se abalanzó sobre mí y fundió sus labios con los míos?

## Capítulo 16

Estuve esperando hasta las dos de la mañana a Celia y, viendo que no aparecía, me decidí a echarme a dormir...

Ya había pasado un buen rato desde que di una carrera desde el bar hasta nuestra casa. Sí, una carrera, porque salí a la velocidad de la luz de allí en cuanto aquel beso terminó.

Cierto que yo no tenía firmado nada con Domingo. Por el amor del cielo, si solo hacía unos días que nos conocíamos y encima ni siquiera habíamos empezado a salir juntos...

Pero sí, por mucho que yo intentara restarle importancia al asunto, entre nosotros estaba naciendo algo y a mí su

compañía me agradaba como para desearla a todas las horas del día.

Finalmente, se abrió la puerta y era Celia...

Me dio mucha pena porque su semblante reflejaba que había pasado una noche estupenda y yo tenía varias noticias para vomitarle, algunas de ellas que la dejarían ojiplática.

-Tengo dos bombazos para ti, ¿cuál quieres que te vomite primero? -le pregunté.

-¿Dos bombazos? Así me gusta, hogar dulce hogar...

-Pues entonces elijo yo... Empezaré por el más suave para ti; me he besado con Álex.

-¡¡¡¿¿¿Qué???!!!

-Así me gusta que seas discreta. -Su voz debió sonar hasta en el último rincón de nuestro edificio.

-Soy bruja, te dije que tú todavía...

-No empieces a montarte una peli de miedo en la cabeza.

Yo creo que ha sido la noche, que nos ha confundido un poco a los dos...

-Claro, claro, como por la noche todos los gatos son pardos.

No cuela, Marina, tú lo has besado porque...

-Chitón y no le des más vueltas que tenemos un problema.

-¿Otra vez la gotera del baño? Mira que le dije al vecino que nos está dando lata, pero como el tío es don erre que erre, pues nada...

-No, no es la gotera. Y si es la gotera, le han salido bigotes, porque estamos hablando de una rata....

Lo dijera como lo dijera iba a ocurrir lo mismo. Me tuve que tapar los oídos no solo en ese momento sino cuando terminé de contarle y comenzó a maldecir en todos los idiomas a Paula, pues ella no tenía la más mínima duda de que había sido quien introdujo, de un modo u otro, la rata en nuestra cocina.

-Te juro que me busco una ruina, pero a esta la mato-soltaba con tal tranquilidad que acojonadita me tenía.

-Claro y luego ya si eso sirves los cupcakes entre barrotes, o podemos hacerlos para la prisión con sus adornitos de grilletes, esposas y demás... Incluso cupcakes a rayas, como la ropa de los presos.

No había manera, ni con bromas ni sin ellas estaba dispuesta a callarse. Celia era mucha Celia y lo de Paula había sido una declaración formal de guerra. Lo malo es que hasta que la cosa se aclarara no podíamos ni poner un pie en el local.

Con taponés tuve que dormir esa noche porque no había manera humana de calmarla. Y vive Dios que lo intenté de diversas formas, pero ninguna funcionó.

Y cascando seguía por la mañana mientras yo desayunaba, porque decía que no le cabía nada en el cuerpo.

-Eso será porque Álvaro no está aquí, que si no ya te diría si te iba a caber o no-bromeé.

-Claro, y ya con eso, con un polvazo, me olvido de todos los problemas. Como yo he sido siempre la cabeza loca y tú la responsable...

Menos mal que yo era la responsable, porque tenía un sentimiento de culpa que no me lo podía quitar de encima...

Y no es que a mí lo del negocio no me afectara, que claro que me afectaba también, pero es que lo

de Álex me había sobrepasado.

¿Cómo iba a mirar ahora a la cara a Domingo? Y si reunía fuerzas para contárselo, ¿qué iba a pensar de mí?

Ya lo tenía, siempre podría acudir a un psiquiatra que alegara que actué bajos los efectos de una locura mental transitoria que nubló todos mis sentidos. Aunque lo cierto es que no fue así, no solo porque yo estaba en mis cabales cuando lo besé, sino porque lo hice viéndolo, oliéndolo, tocándolo, oyéndolo y, sobre todo, sintiéndolo.

En el pecado llevaba la penitencia; me había dejado llevar por un momento de pasión y me sentía peor que mal.

Y las cosas no tenían visos de mejorar, pues Domingo me envió un mensaje de buenos días que yo sentí como un puñetazo en el costado, pues no sabía ni cómo contestar.

-Pero vamos a ver, ¿tú tienes pensamiento de seguir viendo a Álex? -me preguntó Celia.

-¿Qué dices? Yo no me vuelvo a quedar sola con él ni amarrada, eso te lo digo desde ya... Le pienso a huir como a la peste.

-Pues entonces imagínate que nada de esto ha sucedido y ya está...

No lo veía yo así de fácil porque para mí era alta traición.

Yo lo había besado y tendría que confesárselo a Domingo si es que quería seguir con él. Y era tan lindo...

Encima parecía tener un sexto sentido, pues viendo que yo tardaba en responderle, me telefoneó.

-¿Y por qué no me llamaste anoche si estabas tan disgustada? -me preguntó cuando le conté que nos habían clausurado el local.

-Porque tú estabas con tu familia yo estaba... muy afectada. -Terminé la frase a lo justo, porque mi sentido de la lealtad me empujaba a contarle que había estado con Álex. Y además que había estado con él de lo más a gusto...

Fue colgar el teléfono y en media hora los teníamos a los dos en nuestra casa. Igual yo me estaba equivocando con Álvaro, pues ese pajarito parecía querer poner los huevos en el mismo nido que mi amiga...

-Nos vamos de viaje y ahora sí que no tenéis excusa-nos comentaron.

-¿Os habéis vuelto locos?

-Pues sí y vosotras también os vais a volver locas, pero si no hacéis algo. Yo he llamado a mi primo, que trabaja en el ayuntamiento, y me ha dicho que ahora la apertura del

"Celicioso" va a tener un peluseo y que hay unos trámites administrativos que, hasta que no están

completos, os han dejado oficialmente de vacaciones.

Miré a Celia y comprendí que, por absurdo que pudiera parecer que nos fuéramos en esas circunstancias, más absurdo era quedarnos allí mano sobre mano; ella pensando en asesinar a Paula y yo con ganas de colgarme de un pino por haber besado a Álex.

-Dejadnos un momento a solas que vamos a inaugurar el gabinete de crisis-les pidió Celia y los chicos se fueron al salón.

-Yo creo que es buena idea, a ver si se nos quitan los nubarrones estos que se han instalado en nuestra cabeza.

-Yo creo que para eso vamos a tener que ir a un chamán o yo qué sé...

-Sí, o a un exorcista. Mujer, mejor será que tratemos de salir de esta las dos solitas, ¿no te parece?  
-le expuse.

-Bueno, que lo de solitas es un decir, que tenemos en el salón a dos maromos que nos están esperando y que no tienen desperdicio.

-Claro que sí, amiga. Y lo de Paula ya verás, la venganza es un plato que se sirve frío...

-Sí, sí, no como otros que entran mejor calientes...

-Guarrilla...

-Mojigata...

Ya volvíamos a ser un poco nosotras. Entramos en el salón e informamos a los chicos de que nos íbamos con ellos.

Además, era viernes, un día ideal para tomar un merecido descanso que durara hasta el siguiente lunes.

-Nos parece perfecto, así ya la semana que viene cogéis el toro por los cuernos con más fuerza-sentenció Domingo.

Celia, que me conocía bien, sabía que en el momento en que Domingo hablara de cuernos a mí me caerían dos goterones de sudor y así fue... Me miró, me hizo un gesto de que había que tirar para adelante y le hice caso.

En cuestión de una hora mi amiga y yo estábamos cómodamente instaladas en el coche de Domingo y yo iba de copiloto. Al final, dado que hacía nada que habíamos vuelto de Sevilla, aquella iba a resultar una semana de lo más movidita.

El de los chicos fue todo un acierto. No en vano, optaron por invitarnos a un precioso hotel en plena sierra que hizo nuestras delicias desde que nos empezaron a hablar de él.

Según nos dijeron, estaba provisto de todo tipo de comodidades, lo que incluía un SPA, un gym,

varios restaurantes temáticos, etc.

Cuando llegamos y vimos que no solo la construcción era una auténtica preciosidad, sino que también lo era el entorno, concluimos que no podíamos haber caído en mejor sitio ni con mejor compañía...

Domingo parecía de lo más relajado y yo comprendí que, si quería seguir disfrutando con él, tendría que olvidarme por completo de un beso que no había sido más que el fruto de un momento en el que me dejé llevar por el recuerdo de lo que sentí por Álex durante años.

Tocaba dejar atrás los fantasmas del pasado, vivir el presente y proyectar el futuro con una persona que parecía dispuesta a hacerme rematadamente feliz y por la que yo deseaba apostar.

Estaba en esas cuando recibí un mensaje de Álex en el que me decía que teníamos que hablar. Como si lo estuviera viendo, seguro que le estaba dando vueltas todavía a lo que pasó la noche anterior.

No estaba dispuesta a que me mareara y deseaba mirar hacia adelante sin que nada ni nadie le pusiera cortapisas a un merecido disfrute que iba a durar cuatro días.

Celia y yo llevábamos demasiado tiempo trabajando a destajo para que ahora las preocupaciones nos asaltaran en un período vacacional que, no por forzado, tendría que ser menos intenso.

Los chicos hablaban de uno y mil planes y nosotras nos dejábamos llevar. Mi respuesta no se hizo esperar; bloqueé a Álex en mi teléfono, pues ese sería el único modo de que sus mensajes no me soliviantaran. Ya tendría tiempo de explicarle a mi vuelta que había tomado una decisión.

## Capítulo 17

El efecto que aquel lugar iba a producir en Celia y en mí no tenía precio y lo vimos venir desde el primer momento.

-No hemos podido tener más suerte, ha sido fundamental lo de encontrarnos a estos dos en semejante momento tan crítico.

Celia no podía estar más relajada cuando comenzaron a aplicarnos el masaje de una hora que los chicos habían encargado para nosotras en el SPA.

-Sí que es cierto, son dos cielos.

-Dos cielos no te diría yo, pero que Domingo puede llevarte al cielo en cuanto tú te decidas a quitarte el hábito ese de monja que me llevas, eso seguro.

-Sí, sí, ¿no ves que voy con él puesto y todo? Ni me lo recuerdes, ¿eh? Que me acuerdo de lo de Álex y me pongo todavía mala.

-Olvídate por completo, eso solo ha existido en tu cabecita, tómalo como si hubiera sido un sueño.

-Un sueño muy real...



-Y dale Perico al torno. Tú lo que quieres es que me coja el toro y de eso nada, monada. No se hable más del tema, no ha existido y no ha existido.

En momentos así yo envidiaba a Celia, esa era la realidad.

Ella tenía la capacidad de caerse y levantarse mil veces y no mirar atrás. Además, era de lo más salada y solía imitar muy bien diversas voces por lo que a menudo te soltaba un:

"siempre positivo, nunca negativo" a lo Van Gaal que a mí me hacía mucha gracia.

Estábamos en pleno masaje cuando me sonó el teléfono y era mi madre.

-Pero ¿se puede saber dónde estás, Marina?

-Mamá, estoy en un sitio chulísimo en la sierra, te encantaría, tienes que venir un día con papá.

-¿En la sierra? ¿Y qué haces tú en la sierra? Marina, tú deberías estar en el colegio. Te lo advierto desde ya, como me suspendas, aunque solo sea una asignatura, te vas a llevar un babuchazo que te va a saber a gloria.

-Mamá, que yo ya no voy al colegio. -Ese día me lo tomé a broma y no pensé ni en hiperventilar porque estaba lo suficientemente relajada.

-Ya lo veo, ya... Muy bonito, Marina, tan pequeña y ya haciendo novillos. Así vas a llegar muy lejos, con los planes que yo tengo para ti.

-¿Y qué planes son esos, Susana? -le preguntó Celia desde la otra camilla, aprovechando que yo había puesto el manos libres.

-Mírala, ahí está también la otra descarada. Y seguro que os habéis hartado las dos de comprar chuches. Ahora mismo voy a mirar en mi cartera y, como me falte un solo euro, llamo a la madre de Celia y la entero de lo elementillas que estáis hechas las dos.

-Vale, mamá, haz lo que quieras...-Le seguí la corriente.

-Lo que estoy haciendo es la comida, Marina. ¿Qué vas a querer almorzar hoy?

-Mamá, si tú sabes que yo ya no voy a almorzar a casa más que días sueltos.

-Ah, no, eso sí que no te lo consiento, Marina. A comer vienes a casa y luego ya te vuelves a jugar donde te dé la gana. Vamos hombre ya con la niña. Hija, ¿no entiendes que estás en edad de crecimiento? Qué cansinos sois, tu hermano igual...

Colgué en cuanto pude y los masajistas se echaron a reír con nosotras cuando les expliqué un poco la situación.

-A mi tía abuela le pasaba igual-nos contó uno de ellos-, con deciros que un día se empeñó en que los sobrinos nietos le íbamos a quitar su casa y para evitarlo...¡¡se comió las escrituras!!

-¡¡¡No!!! -exclamamos.

-Sí, sí, como os lo cuento. Lo único que dejó fue las grapas...

Celia y yo nos echamos a reír y casi pataleamos...

-Y lo mejor es que dice la pobre que va a llamar a mi madre, pues no veas si le va a salir cara la conferencia. -Mi amiga ya parecía estar más hecha a la idea de que la única madre que iba a conocer era la que había fallecido.

-Sí, ya sabes que jamás te haría daño ni trataría un tema así de no ser porque es incapaz de recordar nada.

-¿Estás tonta? ¿Cómo voy a pensar que lo ha dicho por hacerme daño? Es de lo más tierna, si se pasa también la vida preguntándome lo que quiero comer.

-Y luego llevándonos tápers a casa, ¿verdad?

-Sí, sí, otra cosa es lo que les eche dentro. ¿Te acuerdas del día que metió el engrudo ese que estaba utilizando el escayolista y nos trajo por lo menos medio kilo?

-Digo y decía que era ensaladilla de pulpo... La del pulpo nos hubieran tenido que dar a nosotras en el estómago si nos llegamos a comer eso.

Con mi madre no nos faltaban anécdotas para escribir un libro y hasta una trilogía. Y las que nos quedarían por ver, porque ella por suerte de salud estaba más sana que una pera y lo único que le fallaba era la cabecita... ¡Pero ahí tenía una pedrada dada que era cosa fina!

Tras el masaje, que fue relajante hasta que mi madre intervino, pasamos el resto del día de lo más tranquilas con los chicos.

Por la noche y en la intimidad de nuestro dormitorio, Domingo me besó apasionadamente y yo he de reconocer que me costó corresponderle, porque la culpabilidad me estaba corroyendo las entrañas.

Lo último que deseaba en el mundo era que él lo notara, pero no pude evitarlo...

-¿Estás bien, bonita? -me preguntó.

-Sí, sí, solo que un poco cansada. Los últimos días han sido de locos y estoy molida.

-Pues eso lo soluciono yo dándote un masaje.

-No te tomes tantas molestias, si ya nos han dado uno sensacional a Celia y a mí esta mañana. Además, es que no sé si estoy yo para más trotes.

-¿Qué dices de trotes, mujer? -me preguntó haciendo como el movimiento del caballo y me eché a reír.

Domingo no solo era de lo más cariñoso, sino que derrochaba ingenio por los cuatro costados y se mataba por sacarme una sonrisa.

Una vez más no pude evitar el paralelismo con Álex, cuando en mi adolescencia me hacía reír una y otra vez mientras rivalizaba con mi hermano sobre cuál de los dos podía decir la mayor de las idioteces.

Aparté inmediatamente ese pensamiento de la cabeza, consciente de que aquel paralelismo lo único que iba a hacerme era daño, generando confusión... Una confusión que me había traído de cabeza en las últimas horas y eso se había acabado.

Para darlo totalmente por finiquitado, me acerqué a Domingo y entonces fui yo quien le besé. Su cara de entusiasmo adquirió tintes extraordinarios y yo no dudé en dejarme llevar... O, mejor dicho, no lo dudamos ninguno de los dos.

Después de que nuestros labios se encontraran y comprobaran al unísono que nuestra compatibilidad era total, los suyos comenzaron a recorrer mi cuello para deleitarse a continuación en mis senos; esa parte de mi anatomía que llamaba tan poderosamente la atención de Domingo, a juzgar por la atención que su mirada le solía dedicar.

Lejos de ir al grano, mi amante tenía otras intenciones para mí. Lo comprobé en cuanto su lengua comenzó a explorar la línea de estos y a detenerse en una areola que parecía endurecerse más por segundos al contacto con su lengua.

Obvio que no fue lo único que se endureció, pues la virilidad de Domingo se hizo palpable debajo de un bóxer que a duras penas podía ya esconderla.

Verlo así me encendió. Hacía ya un tiempito que yo había dejado a mi última pareja, Víctor, que había pasado por mi vida sin pena ni gloria y desde entonces no estuve con nadie más.

Para más inri, Víctor no es que hubiera sido nunca especialmente cuidadoso conmigo en la cama, sino más bien un "San para mí" a quien yo no tardé en darle el pasaporte.

Y, de repente, ahora la vida me ponía por delante a este regalo dominical, nunca mejor dicho, pues Domingo era un bombonazo en lo físico y ya se dejaba ver que un portento en lo amatorio.

Lo que ya intuía pude corroborarlo un rato más tarde, cuando tras un intenso fragor sexual, ambos caímos laxos, besándonos y acariciándonos por doquier.

Así nos hubieran podido sorprender las luces del alba de no ser porque el cansancio nos rindió antes, pero he de confesar que era una de esas noches en las que no te apetece cerrar los ojos con tal de no dejar de ver al ser amado.

Sí, al ser amado, porque ya se oteaba en el horizonte que yo a Domingo lo iba a amar y por lo que veía, él a mí también.

No podía sentirme más feliz en aquel amanecer de sábado en el que mi primera sensación fue la de estar con la persona perfecta, en el lugar ideal.

-Anoche has tenido tomate del bueno-me dijo Celia en el desayuno en cuanto los chicos se levantaron a por un café.

-Claro, no como tú, que habrás estado rezando el rosario toda la noche con Álvaro. -Me eché a reír.

-Claro que no, inepta, pero lo mío estaba cantado...

-Pues esta vez la mojigata, como tú dices, se ha dado también el lote, ¿cómo lo ves?

-Sensacional, porque además así se te quitan ya las pajas mentales esas que tenías con lo de Álex, que al final me estabas rayando hasta a mí.

-Sí, sí, eso ya es historia. Me he dado cuenta de que me resultaba de lo más insano, No sé en que mierda estaba pensando yo la otra noche. Lo mismo era que eso se quedó siempre ahí pendiente y como que mi subconsciente necesitaba resolverlo.

-Pues nada, no se hable más, asunto resuelto....

-¿Qué asunto es el que está resuelto? -le preguntó Álvaro al llegar a su altura.

-Revuelto, revuelto, que aquí hay unos huevos revueltos que están de rechupete, ¿no los has probado? -disimuló ella.

-Pues no, pero vamos que de aquí no nos vamos hasta que nos hayamos dado una buena panzada de todo.

Y nos la dimos. Pero no solo de comer, sino durante todo el fin de semana... Un fin de semana en el que volví a sentirme más viva que nunca y en el que pude olvidarme, después de mucho tiempo, de los problemas de mi madre y de otras cuestiones de la vida doméstica.

Domingo era un sol y parecía que actuaba sobre mí como un talismán. No era extraño porque en él todo resultaba positivo y el saldo de los tres días que pasamos juntos en la sierra fue sencillamente magnífico.

Excursiones, risas, comilonas y un sinfín de arrumacos, caricias y momentos sexuales ardientes que me dejaron en casa la noche del domingo con las pilas cargadas hasta arriba. A Celia le sucedía lo mismo y nos costó quedarnos dormidas, pues echábamos de menos tener a los chicos al lado.

-Mira que si al final estos dos son los definitivos y hemos hecho doblete-me dijo ella antes de dejar que Morfeo la meciera en sus brazos.

-Pues nada es descartable, porque ambos están hechos de una pasta muy especial.

-¿Ambos? Quién te ha visto y quién te ve, amiga. No te esperaba hablando así de Alvarito tan pronto.

-No ¿verdad? La vida, que te da sorpresas...

## Capítulo 18

...Y sí, la vida te da sorpresas unas veces y otras veces lo que te da son limones y no tienes más remedio que hacerte una limonada con ellos...

Los chicos habían hablado de nuevo con su contacto del ayuntamiento y parecía que por fin en un par de días tendríamos la papeleta resuelta.

-Parecéis más nuestros socios que nuestra competencia-le comenté a Domingo por teléfono.

-Ya sabes que, si somos competencia, es por casualidad.

Pero que en el mercado hay sitio para todos, eso es seguro.

-No sé si Paula opinará lo mismo. Por cierto, que debe estar poniéndose las botas estos días, pero que no crea que lo va a tener siempre tan fácil.

Colgué el teléfono y escuché que llamaban a la puerta.

Celia no estaba en casa. Una vez al mes solía llevar flores a la tumba de sus padres y había elegido aquella mañana.

Aunque para tumba, o lápida, o lo que fuera, la que me cayó a mí en unos minutos...

-¿Álex? -le pregunté cuando abrí la puerta.

-Hola, Marina. Siento presentarme así de sopetón, sin previo aviso, pero tenemos un asunto entre manos que no puede esperar.

-Álex me puedo imaginar lo que estás pensando... Yo el beso de la otra noche también te lo di de corazón, pero créeme que esto no puede ser. Tú tienes novia y te debes a ella y en cuanto a mí... Yo acabo de empezar una relación con Domingo y bajo ningún concepto quiero cagarla. Me acabo de dar cuenta de que es la persona con la que deseo compartir mi vida y te pido que respetes mi decisión.

-Marina es de ese tema precisamente del que vengo a hablarte. Me temo que tú y yo hemos sido víctimas de dos vendeamores de pacotilla que nos la han dado con queso.

-¿¿Cómo?? ¿De qué estás hablando? No entiendo nada,

¿dos vendeamores?

-Sí, sí, dos vendeamores que para lo único que han servido es para darnos coba y para llevarse lo mejor de nosotros. No te vas a creer lo que tengo que contarte, pero Rosaura y Domingo se están viendo a escondidas.

Me quedé helada, pero enseguida reaccioné. No era la primera vez en mi vida que un hombre intentaba darme coba para conseguir su propósito y mucho me temía que Álex se estaba intentando colar con media entrada en mi vida.

-Perdona, ¿tú no te estarás inventando todo esto porque estás un poco hasta la coronilla de tu novia y ahora te apetece cambiar de tercio? Mira que yo ya no soy una niña y no me gusta que me hagan comulgar con ruedas de molino.

-¿Crees de verdad que yo soy de ese tipo de hombres? ¿Y

te parece que esto es hacerte comulgar con ruedas de molino?

Álex me cedió su móvil y en él aparecían varias fotos.

Estaban hechas en las inmediaciones de otro local de moda de la ciudad que también solíamos frecuentar y en ellas se veía a Rosaura y a Domingo charlando animadamente, en una actitud de lo más distendida.

-Bueno, eso tampoco demuestra nada-le dije con las piernas temblorosas.

Yo quería pensar que esas fotos estuviesen tomadas bastantes días atrás... Ni siquiera sabía quién se las habría hecho llegar a Álex ni con qué propósito.

-Visto así no parece tener mayor importancia, pero ¿y si te dijera que están tomadas la otra noche, cuando nosotros nos vimos porque nuestros respectivos nos dijeron que tenían otros planes?

-¿La noche que Domingo me dijo que tenía un compromiso familiar?

-Bingo y la misma noche que Rosaura me comentó que iba con gente de su nuevo trabajo.

-No puedo creerlo...

-Ni yo, se conocieron en el cumple de mi hermana y es obvio que hicieron bastantes buenas migas a nuestras espaldas. Tú y yo debemos tener cara de tontos, porque a ellos se los ve de lo más campantes.

Mis orejas echaban humo, ¿cómo había sido tan pardilla?

Maldita sea... Qué ciega había estado. Tanto protestar de Álvaro, porque me parecía un picaflor, y al final iba a resultar que el que las mataba callando era Domingo, que parecía no haber roto un plato en su vida.

Y encima yo llevaba todo el fin de semana dándole lo mejor de mí y haciéndome todas las ilusiones del mundo con él...

No podía ser más tonta. O sí podía, pero es que ya sería pasarse.

Dolida, traicionada, mancillada, pisoteada y todo lo que rimara con esos términos... Así me sentía. Y pensar que aquel día me quedé desinflada de que él no me pudiera invitar a cenar. Claro, cómo iba a poder, si ya tenía planes con otra.

Recordé eso de "líbrame de las aguas mansas que de las malas me libro yo" y pensé que esa frase le venía al dedillo a Domingo.

Sentí que había llevado una venda enorme en los ojos. A ver si Celia iba a tener razón y lo mejor que yo podía hacer era meterme a monja...

Me eché a llorar en el hombro de Álex. Lo hice sin consuelo porque, a pesar de que hacía muy poco tiempo que conocía a Domingo, yo me había entregado a él sin reservas. Y él también me había entregado algo a mí... me había

entregado una cornamenta por adelantado para que yo la fuera gestionando.

Y la iba a gestionar quien yo le dijera, porque a mí no me habían corneado en la vida.

De nada me iban a servir excusas infantiles como que en ese momento nosotros todavía no teníamos nada en firme.

Yo de esas historias estaba ya hasta la punta del pelo y no me daba la gana de tragarme ni un sapo más de la mano de un hombre que no supiera de verdad lo que significaba la palabra amor.

Con el dorso de la mano fui retirando una a una mis lágrimas, pues también me daba mucha vergüenza que Álex me viera en ese estado tan lamentable.

-Y yo que me sentía requeteculpable por haberte besado la otra noche y a punto estuve de confesárselo. Si es que soy idiota, me gusta flagelarme...

-No eres idiota, cariño-me dijo y escudriñé su mirada en ese instante porque jamás él me había llamado de esa manera...

-No me mires así, ¿tanto te sorprende que te llame cariño?

-Álex yo... No sé qué decir...

-Marina ya ha llegado la hora de poner las cartas encima de la mesa. No te voy a decir que no me haya afectado lo de Rosaura, pero más por la traición que por lo que yo sintiera por ella.

-¿No estabas enamorado de tu novia? -le pregunté para que me confirmara lo que yo ya sospechaba.

-No, no lo estaba. Y era así por el simple hecho de que yo no puedo estar enamorado de dos mujeres al mismo tiempo... Y el amor de mi vida eres tú.

Me quedé inmóvil y petrificada. Aquello era lo último que esperaba escuchar de sus labios. Y menos en ese momento de nuestras vidas.

-No entiendo nada, Álex.

-Marina, ¿recuerdas que la otra noche te conté que en un momento dado perdí el rumbo de mi vida y encontré en Rosaura una especie de faro?

-Sí, claro, eso me sorprendió...

-Pues perdí el rumbo por la sencilla razón de que hasta ese momento la luz de mi vida habías sido tú, así de sencillo...

-¿Cómo? De veras que me estás dejando anonadada.

-Marina, tienes que saber que estuve a punto de pedirte que te marcharas conmigo a Nueva York, pero que en el último momento fui un débil, un pusilánime y no me atreví.

-¿Por qué no te atreviste, Álex?

-Porque me parecía demasiado pedirte que tiraras toda tu vida por la borda por acompañarme, no reuní el valor.

-Acompañarte no hubiera sido tirar mi vida por la borda, sino más bien comenzar una nueva vida al lado de la persona a la que más había querido, al lado del hombre del que estaba enamorada-dije sin titubear.

Por fin lo había soltado... Nunca pensé que llegaría un momento en el que me abriera así en canal con Álex, y mucho menos después de tanto tiempo, pero su repentina confesión me llevó a dar un paso adelante.

-¿Enamorada? ¿Tú estabas enamorada de mí? -me preguntó y entonces fue de sus ojos de donde comenzaron a caer lágrimas como puños...

-Hasta el tuétano, yo te hubiera seguido hasta el fin del mundo Álex...

-Y yo pensaba que no veías en mí más que al amigo gracioso de tu hermano que te sacaba unas risas...

-¿Unas risas? ¿De veras no veías que sacabas lo mejor de mí?

-Ni en un solo momento. No sé cómo he podido ser tan necio, y pensar que podía haberte tenido hace años y me marché por la puerta de atrás, sin contarte nada de lo que sentía.

-Si te sirve de algo, yo sentía lo mismo y tampoco fui capaz de decírtelo.

-Pero yo te llevo cinco años... Es normal que desde tu prisma de joven a ti te costara más. Marina, ¿no lo ves? Esto es una señal del destino...

-¿Tú crees, Álex?

-No solo lo creo, sino que además estoy totalmente seguro de ello al cien por cien. Nosotros estábamos predestinados y, cuando dos personas lo están, no hay fuerza en el mundo que pueda separarlas, de eso no te quepa duda.

-Álex, yo...

-Marina, prométeme una cosa.



-Dime...-Sentía tales nervios en el estómago que apenas podía respirar.

-No dejemos que nada ni nadie vuelva a separarnos.

Jamás me había visto en una coyuntura igual. Al dolor por la pérdida de Domingo se sumaba la posible ilusión por estar finalmente con ese hombre por quien antaño hubiera dado un brazo por poder compartir mi vida.

-No, Álex, no lo permitiremos.

Me eché en sus brazos y él empezó a besarme y a abrazarme. Me sentí tan reconfortada que el dolor comenzó a rebajar en intensidad...

-¿Estás mejor? -me preguntó un rato después cuando por fin la sonrisa afloró a mi cara.

-Mucho mejor-le dije con todo el convencimiento de que las cosas pasan por algo y que la actitud de Domingo no iba a ser suficiente para tirar por tierra la ilusión que a mí me hacía vivir enamorada.

-Pues entonces tienes que estar preparada, porque te voy a hacer más feliz de lo que jamás hayas imaginado.

-¿Me prometes que tú no me fallarás? -le pregunté pensando que era más que probable que Celia tuviera razón y que quizás yo nunca dejé de estar enamorada de él.

-Yo ya te fallé una vez, por cobarde y por no saber poner a tiempo las cosas en su sitio. Y que me aspen antes de volver a hacerlo.

Le creí. Las palabras de Álex me sonaron a verdad y yo no tenía ningún motivo para no creer al hombre que parecía haber llegado para colorear mis días. Miré por la ventana y comprobé que el sol, repartiendo rayos por doquier, también estaba echando su particular manita...

## Capítulo 19

Dos semanas habían pasado desde aquel día y, sin embargo, yo sentía que era toda una eternidad.

El "Celicioso" estaba de nuevo en marcha y, aunque la guerra estaba servida con Paula, lo cierto es que mi nueva vida al lado de Álex me hacía sacar fuerzas de flaqueza para combatirla.

Y no digamos a Celia, quien parecía la leona de Castilla, no doliéndole prendas en idear todo tipo de estrategias para que la clientela quedara en nuestro local.

Así, vimos incluso cómo los clientes aumentaban y se fidelizaban gracias a sus numerosas promociones e incluso a los eventos que organizó, como una especie de cita a ciegas dulce que había tenido una aceptación bestial.

-Cualquier día te planteo una cita de esas yo a ti y te propongo matrimonio-bromeaba Álex.

-No, no, que esas engordan mucho-argumentaba yo, feliz, echándome en sus brazos.

-Hombre, engorda más el embarazo que el matrimonio, pero todo a su debido tiempo-me respondía él.

No sabía si estábamos comenzando a construir la casa por el tejado o qué pasaba allí, pero lo cierto es que yo me sentía como si el tiempo se hubiera detenido.

En cuanto a Domingo, sobra decir que él se dedicó a negar la mayor y lo hizo con tanto ahínco que a cualquiera le hubiera dado que pensar. Sin embargo, la prueba definitiva de su infidelidad llegó cuando Rosaura sí confesó que

ambos habían estado juntos. Al menos ella fue bastante más honesta y, dentro de lo malo, eso la honraba.

Lo de Celia y Álvaro sí seguía viento en popa a toda vela. Él había intentado convencerme también por activa y por pasiva de la inocencia de su amigo, pero en última instancia, llegamos al acuerdo de que por el bien de todos no volveríamos a hablar de ese tema.

Celia me apoyaba a tope en mi decisión, pues ella no estaba tan implicada con Domingo, como le pasaba a Álvaro, y sí veía la situación de un modo más objetivo.

Aunque continuábamos viviendo juntas, lo cierto es que ya en casa coincidíamos bastante menos, pues Álex y yo, como es lógico, nos moríamos por recuperar el tiempo perdido.

-No hay quien te vea el pelo por aquí, guapita-solía decirme cuando coincidíamos, normalmente para que yo recogiera mi ropa y demás.

-Es que ya sabes cómo son los comienzos, no queremos perdernos ni una, qué te voy a contar...

-Pero es que vosotros lo habéis cogido con unas ganas...

vaya que os amáis "con la fuerza de los mares" como diría Rocío Jurado. -Se reía haciendo esas comparaciones.

-Ya, pero es que no se puede evitar. Han sido años de enamoramiento contenido y ahora estamos dando rienda suelta a nuestra pasión.

-Ya, ya, pero controlad, no vaya a ser que se os rompa el amor de tanto usarlo, -Volvía a aludir a la más grande para poner el ejemplo.

-Seguro que no, yo no sé lo que me ha dado, pero me tiene loquita...

-Pues lo que te ha dado ya lo sé yo, mandanga de la buena ha sido, que buena faltita que te hacía...

-No seas burra, que esto es amor.

-Amor supongo que regado con generosas dosis de sexo, porque de otro modo, maldita la gracia que tendría...

-Claro, eso sí, tontuela...

Así nos pasábamos los días. Luego en el trabajo estábamos también felices como perdices juntas, viendo que aquello no podía ir mejor.

La que no estaba tan contenta era Paula, pues, aunque intentó innovar, al final se corrió el rumor por el barrio de que nos había hecho la más desleal de las competencias y eso a la gente no le hizo ni pizca de gracia. No en vano, a mí no me dio una insuficiencia respiratoria de chiripa el día que vino el inspector y sacó la rata de allí.

En Ramón también habíamos encontrado un puntal de referencia y ya ambas disfrutábamos de domingos libres. En ese momento, y dado que la afluencia de público no hacía sino aumentar, nos estábamos planteando incluso coger a otra persona más y que ambas llevaran el "Celicioso" los fines de semana completos y fiestas de guardar como decía Celia.

No puede negarse que la vida te cambia cuando tienes pareja y a mí algo me decía que lo mío con Álex iba a ser muy sólido. Tan sólido que aquel fin de semana me pidió que me trasladara definitivamente a vivir con él.

-Me gusta ver tu cepillo de dientes junto al mío-me dijo esa mañana de domingo.

-Y a mí también, cariño...

-Y me gusta ver parte de tus pertenencias en mi vestidor-me confesó en referencia al suyo, que era de lo más amplio.

Álex había traído unos buenos ahorros de Nueva York y había alquilado un precioso piso a estrenar, con todas las comodidades.

-Y a mí también, aunque he de reconocer que a veces me apura, porque te lo ocupo casi todo...

-¿Te apura? ¿Y si te dijera que me muero porque te traigas el resto de las cosas y me ocupes el piso por completo...?

Nuestro piso, eso quiero que sea a partir de ahora.

-¿Me estás pidiendo que viva contigo?

-No, solo quiero hacerte de guardarropa, nena.

-Eres más tonto...

-Es que tú me haces unas preguntas...pues claro que quiero que te vengas a vivir conmigo, estoy loco porque me lo llenes todo de ropa y zapatos.

-Oye, guapito, que tú tampoco vas precisamente desnudo ni descalzo...

Álex, aparte de ser atractivo a rabiar, sabía sacarse el máximo partido y siempre iba hecho un figurín. En ese sentido, nos habíamos unido el hambre con las ganas de comer, pues también me gustaba más un trapo que a un tonto un chupa chups.

Llamé a Celia y le conté mis novedades.

-No me lo puedo creer, ¿me vas a dejar sola en el piso? No esperaba esto de ti. -Se echó a llorar y a mí se me cortó el aliento, igual que a Álex, que también pasó de la ilusión a la preocupación.

-Amiga, por favor, no te pongas así. Si es por el dinero, yo sigo pagando mi parte igual y tú conservas el piso...

-Pues sí que me quieres, hacer ese ofrecimiento con lo rúcana que eres ya te ha tenido que costar. - Se echó a reír y a mí me dieron ganas de matarla, porque me di cuenta de que se había quedado conmigo por completo.

-Yo no sé lo que te hago...

-Adorarme eso es lo que tienes que hacer, en realidad me quitas un peso de encima.

-¿Y eso?

-Porque Álvaro y yo también tenemos planes de irnos a vivir juntos y me sentía fatal de dejarte sola.

-Total, que has estado esperando a que yo diera el paso y me comiera el marrón solita.

-Exacto, veo que las pillas al vuelo. Estás espabilando a marchas forzadas...

Aquella tarde, aprovechando que era domingo, fuimos a ver a mis padres... Hasta el día de la semana me sonaba mal, pues lo de Domingo me había dejado un poso de lo más amargo que, gracias al universo, Álex había sabido endulzar con creces.

-Tú te puedes ir a vivir con este niño o con quien quieras, Marina, pero a las nueve aquí como un clavo o me copias cien veces "tengo que respetar el horario de mi casa..."

-Mamá, ¿no recuerdas que ya he crecido?

-Mírala, Alberto, pero ¿qué perra les ha dado a nuestros hijos con eso de que ya son mayores? Y luego cuando sean mayores querrán ser niños otra vez, ya lo verás...

-Sí, mamá, queremos ser niños para ir a Disney-resoplé.

-A Disney vamos a tener que ir sea como fuere-me comentó mi padre resoplando también.

-¿Y eso? -Pues sí que estábamos apañados...

-Porque no hay un Dios que logre que nos devuelvan el importe de los billetes...

-Os lo puedo mirar yo...

-Sí, papá, que te lo mire Álex, que para algo es abogado...

-¿Para algo? Será para eso y para algo más, digo yo. -

Comenzó a hacerme cosquillas, porque yo siempre estaba de guasa con él por su condición de picapleitos.

Mis padres parecían encantados con la situación, porque Álex había estado en nuestra casa como un hijo más en innumerables ocasiones. Y ahora iba a pasar a ser un integrante más de la familia de pleno derecho.

Hicimos videollamada con Carlos y con Karina para darles la sorpresa, pues mis padres estuvieron al tanto desde el primer día de nuestro reencuentro (aunque mi madre pensaba que estábamos jugando a los médicos), pero a mi hermano lo íbamos a dejar de una pieza.

-Me quedo loco-dijo mientras nos miraba a Álex y a mí en el sofá de la casa familiar, de la mano.

-¿Has visto las vueltas que da la vida, hermanito? -le pregunté yo comentándole que además nos íbamos a vivir

juntos.

-Pero vueltas y yo que creí que era el único que tenía un pedazo de notición que dar a la familia...

-¿Un pedazo de notición? Suelta por esa boca, please .

-Pues nada, que Karina y yo os queremos contar que os vamos a hacer tíos y abuelos...

-¿Qué ha dicho el niño, Alberto? -le preguntó mi madre mientras el resto chillábamos.

-Que van a tener un niño, Susana, que vamos a ser abuelos...

-¿Abuelos? -Mi madre lo dijo con tal firmeza que por un momento albergamos ilusiones de que lo hubiera entendido en su justa medida.

-Sí, cariño, ¿lo entiendes? -le respondió mi padre entusiasmado.

-Entiendo que el niño se ha vuelto loco y que como esto siga así le voy a decir a la madre de Karina que no se vean en una semana, ¿qué viene a ser esto? A mí no se me van de las manos que yo soy muy seria y saco la babucha y los pongo firmes...

Álex era de lo más condescendiente con la situación y trató de seguirle el hilo de la surrealista conversación a mi madre para que mi padre y yo pudiéramos abrazarnos.

-Hija mía, la familia crece. Tu hermano nos va a dar un nieto y tú nos traes a Álex, al que recibimos como un hijo. Yo no puedo estar más contento...

-Sí, papá, y mira que yo creía que el nuestro era un amor de locos, pero se ve que de locos solo es el quererse y dejar

pasar las oportunidades, ¿verdad?

-Así es, mi niña. Yo ya observaba cómo lo mirabas desde chiquitaja. Y hasta a él lo veía mirarte también, fijate. Lo que pasa es que un padre prefiere no pensar en esas cosas, como si los hijos no fueran a crecer... Fíjate qué tontuna.

-Sí, papá, que se lo digan a mamá, que mírala, a Disney que nos va a llevar a todos de cabeza.

-Sí, hija, de esa no nos libra nadie. Tú ve haciéndole el cuerpo a Álex.

-No te preocupes, papi, que él está loco con la idea...

-Y contigo hija, y contigo... Que eso se ve a la legua.

## Capítulo 20

El miércoles fue el día fijado para que yo recogiera mis cosas. El casero se había portado fenomenal y no hizo falta que le avisáramos con un mes de antelación...

Celia y yo hablamos con él un par de días antes y nos dijo que, si se lo dejábamos el mismo miércoles, nos podíamos quedar con la fianza. El hombre sabía que el piso lo volvería a alquilar sobre la marcha, porque era una cucada, y todos contentos...

Álex estaba en su despacho y Celia y yo nos turnaríamos ese día. Por la mañana, ella se quedaría en el "Celicioso"

con Ramón y yo lo haría por la tarde. Así cada una libraría medio día para sacar nuestras cosas del piso.

No esperaba a nadie, por lo que me sorprendió escuchar el timbre. La última vez que sonó y yo estaba sola en casa, me

llevé un susto de muerte. Aunque ahora la situación era distinta y nada hacía presagiar que ocurriera algo malo, ¿o sí?

-¿Domingo?? -le pregunté al verle, no dando crédito a lo que me mostraban mis ojos.

-Tienes que escucharme, te lo pido por favor, Marina.

-¿Y por qué habría de escuchar a una rata de cloaca como tú que solo sabe jugar a dos bandas?

-No me hables de ratas, porque sobre eso sabe bastante más tu novio que yo, créeme.

-¿Mi novio? Oye mira, vete a la mierda-traté de cerrarle la puerta en todas las narices, pero él se resistió.

-Marina, tienes que escucharme, por favor.

-O te marchas o llamo a la policía. Y a mi novio no vuelvas a mentarlo sin lavarte la boca con lejía, so desgraciado.

Menuda era yo cuando quería a alguien, capaz era de arañar para arriba en esos casos...

-Marina, reconoce que no me has concedido ni el beneficio de la duda en ningún momento.

-Ni falta que me hace, ¿o no te has enterado de que Rosaura lo vomitó todo?

-Normal, Rosaura dijo justo lo que Álex le mandó decir, que para algo es quien pone el paganini encima de la mesa.

-¿Cómo el paganini? ¿Se puede saber de qué estás hablando?

-Pues de que Rosaura no es periodista, sino chica de compañía. Rosaura la contrató cuando volvió a España para

que le sirviera de coartada, acercándose a ti sin mayores sospechas...

-¿Te has vuelto loco? Eso no puede ser...

-Sí, puede ser, sí. ¿Y qué me dices de aquella noche? ¿No te viste con ella?

-No me vi, no, más bien me topé porque ella se interpuso en mi camino antes de llegar a casa de mi familia. Por cierto, que no te lo comenté porque no le di ni la menor importancia, pero mira tú que casualidad que allí hubo alguien para inmortalizar el encuentro...

-Claro, y yo me chupo el dedo, ¿cómo sabía ella que tú irías a casa de tus padres?

-Si me dejas entrar te lo cuento todo, porque por Dios que ya me va a estallar el pie de intentar aguantar la puerta.

-No creo ni una sola palabra de lo que me estás diciendo, pero entra.

No es que no lo creyera, era más bien que no lo quería creer. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza cuando él siguió hablando.

-Muy sencillo, ¿no recuerdas haber comentado eso con Ramón con aquella tarde?

-Supongo que sí, pero no tengo un disco duro en la cabeza.

-Pues a Ramón le faltó el tiempo para metérselo por el culo a su jefe, o sea a Álex. Y es que vaya prendita que es ese también.

-¿Ramón? ¿Qué me estás contando?

-Ramón es otra marioneta puesta en el "Celicioso" por Álex para que fuera sus ojos y oídos.

-Loca, por Dios que me estoy quedando loca. ¿Cómo va a ser eso? A Ramón lo conocimos porque estuvo allí unos días antes con su novia.

-Ni novia ni ocho cuartos. Esa fue otra interpretación para entrar en contacto con vosotras. Ya por

ese entonces Álex estaba dispuesto a hacer todo lo posible por tenerte y contrató a alguien que le explicara un poco cómo funcionaba el negocio en un día normal, alguien que además atrajera vuestra atención por si después tenía que volver a meterlo en vuestro círculo. Y como os tenía fichadas y supo que buscabais a alguien para completar plantilla, allá que mandó su currículum.

-No, no puede ser....

-Sí que puede ser. Y ahí no queda la cosa. ¿Quién estaba en la cocina cuando llegó el inspector?

-Ramón, solo Ramón.

-¿Y crees que la rata apareció por arte de birlibirloque? Esa fue una maniobra perfecta.

-No lo entiendo, ¿por qué querría Álex tirar abajo el fruto del esfuerzo de Celia y mío durante años?

-Muy sencillo, para convertirte en alguien más vulnerable.

Si tú estabas fuerte, quizás lo necesitaras menos. Pero si tu vida laboral de golpe y porrazo se venía abajo, lo mismo las tornas cambiaban y terminabas refugiándote en él.

-No puede ser, Domingo, no puede ser... Me parece todo demasiado enrevesado.

-Pues sí, lo suficientemente enrevesado como para permitir encima que su hermana Paula cargara con las culpas de

todo y fastidiarle el negocio a ella también.

-Domingo, te lo tienes que estar inventando todo. Álex no es así, él me ha pedido que nos vayamos a vivir juntos. Él me quiere...

-No, Marina, no. Él no te quiere, él está obsesionado contigo, que es muy distinto.

-No te creo, Domingo, no te puedo creer.

Aquello parecía un deja vu , pero en otros términos. Y es que semanas atrás era Álex quien estaba en la misma situación en la que ahora se encontraba Domingo, pero convenciéndome de que este último era el malo de la película, versión corneadora incluida.

-Entiendo que no me creas, Marina, pero igual esto te abre los ojos.

Lo que me entregó Domingo fue un completo informe de un detective privado que confirmaba cada una de sus palabras. De mis ojos y en dirección a mis mejillas comenzaron a resbalar lágrimas que más que lágrimas eran charcos.

-Sé que con esto te estoy partiendo el corazón, mi niña, pero es que no podía quedarme de brazos cruzados viendo cómo otro se reía de ti.

-Domingo, yo no sé a quién creer...



-No me creas a mí, pero sí a las pruebas, ¿has llegado hasta el final?

Estaba llegando en ese momento y el repelús que sentí no lo olvidaré jamás. Eran imágenes del dormitorio de Álex, de cuyas paredes pendían decenas de fotografías mías, tanto

de mi adolescencia como de las que yo iba colgando ya de mayor en las redes sociales.

Junto a ellas, distintos mensajes del tipo "Marina fo rever",

"el amor real siempre prevalece" o "antes muerto que dejar de luchar por ti, contra viento y marea".

Sentí miedo, pena, rabia y náuseas... Una mezcla nada recomendable que terminó conmigo delante de la taza del wáter, vomitando a caños.

Le pedí a Domingo que se marchara y llamé a Celia...

-¿Te las puedes apañar unos días sin mí? -le pregunté.

-¿Tan fuerte te ha dado? Tómate los días de vacaciones que quieras y yo me quedo con Ramón.

-Gracias, mi cielo. -No pude contener más la emoción y me eché a llorar.

-¿Qué te pasa, cariño?

-Que mi vida se ha ido a la mierda, Celia. Que era verdad que el mío con Álex ha sido un amor de locos, pero literalmente.

-¿Qué dices, Marina? Mira que no ganamos para sustos contigo...

-Me quiero morir, Celia, me quiero morir. Creo que Álex nos ha engañado con todo, tienes que venir a comer conmigo y te lo cuento.

Ni a comer ni leches, mi querida amiga del alma estaba a mi lado en menos de veinte minutos.

Rota de dolor, le enseñé el informe y tuve que decirle que aguantara el genio antes de que saliera por la puerta con

intención de darles de baja definitivamente a Álex y a Ramón, pero de la vida...

-¿Y qué vas a hacer, Marinita? Si quieres yo me pillo también unos días y me voy contigo.

-Nada de eso, tú estás disfrutando de cada minuto con Álvaro y además ahora nos vamos a quedar sin empleados.

-¿Y por qué no aprovechas y te vas a Disney con tus padres? Igual Carlos y Karina os pueden acompañar y entre todos te arropan.

-¿A Disney? Pues bonito sitio para ir a recuperarme de algo así.

-Pues a mí no se me ocurre otro mejor, qué quieres que te diga. Y, además, si te parece, los billetes los vais a tirar, no te digo...

-Pero es que no creo que sea al lado de mi madre donde yo me vaya a recuperar...

-Porque tú lo digas, con la impresionante ocasión que tienes de volver hasta con la Primera Comunión hecha.

-Tú eres una capulla-le dije sollozando en su hombro.

-Apóyate en los tuyos, Marina, ojalá yo pudiera decir lo mismo.

-Ya lo sé, amor, pero al menos tú tienes a Álvaro, que es tu media naranja. Y mira que yo no daba un duro por vosotros...

-Mujer de poca fe. Y tú puedes tener también a Domingo, si todavía lo quieres...

-¿Tú estás zumbada? A ver si te crees que yo soy con los hombres como una impresora con los cartuchos, que se

acaba uno y se repone otro y punto.

-¿Y por qué no? A rey muerto, rey puesto, eso ha sido así de toda la vida.

-Mira que eres jodida...

Celia almorzó conmigo y Alex no tardó en llegar, alertado por mi falta de comunicación con él.

Mi amiga, que era un tesoro, me ahorró el trago y le tiró ella misma el informe que nos había entregado Domingo en toda la cara.

De lo más airado y jurando que eso no quedaría así, salió de nuestro piso.

-Ya no hay llaves que entregar que valgan. -Volví a llorar con Celia.

-Yo me quedo contigo una temporadita más, cazurra mía, no te preocupes.

-Y un jamón, yo ya me busco la vida, tú tienes que hacer la tuya con Álvaro.

-¿Y estás dispuesta a pagarlo tú sola? Esto sí que es una novedad. -Se quedó alucinada.

-Estoy dispuesta a hacer lo que sea para remontar esto...

-Pues empieza por irte a Disney y no lo pienses más, que en el mundo ese de fantasía igual te está esperando tu príncipe azul.

-Sí, será ese quien me esté esperando y no un sapo con dos kilos, como si lo viera venir...

Pese a todo y a que casi me sonaba a cachondeo, llamé a mi padre y le hice la propuesta. Mi

hermano Carlos y Karina también buscaron la forma de unirse a nosotros allí.

Dos días más tarde, mi padre, mi madre y yo, ya estábamos subidos en el avión. Lo más grande del asunto fue la cantidad de guiris que se pararon a hacerle fotos en el aeropuerto a esa mujer, que se empeñó la mañana de nuestra partida en colocarse la mantilla.

-Si la niña va a hacer la Primera Comuni3n, aunque sea en la gran puñeta, yo la estreno-le coment3 a mi padre y no hubo forma de hacerla cambiar de opini3n.

En el fondo, yo, muerta de la risa viéndola c3mo disfrutaba de su decisi3n, pens3 que cada uno debe buscar aquello que le haga feliz. Y mi madre en eso era toda una maestra.

Ojalá la vida también me enseñara a mí el camino hacia la felicidad y yo aprendiera a transitar por él.

## Capítulo 21

De apote3sica pudo considerarse nuestra entrada en Disney, esa es la realidad...

Y es que mi madre dio un traspies justo al poner un pie en el parque y allí se formó la marimонера cuando ella empezó a chillar que tuvieran cuidado, que lo que llevaba era una mantilla, pero que no la fueran a confundir con una cucaracha...

Ente su apariencia y sus gritos, allí que acudieron cantidad de turistas, muchos de ellos japoneses que, a pesar de no esbozar ni una leve sonrisa, se llevaron un soberano repaso por su parte.

-Pues sabéis lo que os digo, que lo mío se cura, pero lo vuestro, entre que estáis amarillos que parece que tenéis ictericia y que vuestros ojos son como dos puñaladas en un cart3n de chicos, a vosotros os van a dar por donde...

Mi hermano sí que estaba que se desternillaba y Karina decía que a ese paso le iba a salir el niño por la boca de tanto reírse.

-Y esto no es nada, el festival no ha hecho más que comenzar-me reía yo apuntando a que sujetara a mi sobri en su vientre o efectivamente iba a salir despedido de ella como el príncipe de Bel Air en la catapulta.

Tremenda la entrada de mi madre y tremenda también la que pudo liar cuando la ratoncita Minnie vino a saludarla y ella salió corriendo a refugiarse en una tienda, diciendo que era una rata gigante y que allí lo que había que hacer era fumigar.

Sí, sí, fumigar, como suena... que se le metió en la cabeza que había mucho bicho suelto y que había que

"escamondar" Disney. Pues sí que habíamos empezado bien...

-Mami, que son muñecos, que no son de verdad, no temas-le recordaba yo a cada momento mientras que ella iba amenazando a todos los personajes que se nos acercaban.

-Yo necesito una cosa-dijo muy decidida delante de una tienda que exponía en su escaparate un disfraz de Blancanieves.

-¿Qué quieres ahora, mami? No la vayas a liar más, que me va a dar algo...

-Tú tranquila, hija, que yo no estoy loca-me contestó con toda la parsimonia del mundo.

Y no, loca no estaba, pero que las pocas neuronas que le habían quedado se dedicaban a patinar todo el día, eso podía jurarlo.

-Susana, no mujer, pero ¿qué vas a hacer? -le escuchamos decir a mi padre mientras que mi hermano, Karina y yo charlábamos en la puerta de la tienda.

-Tú me dejas que yo sé lo que me hago, Alberto, que estoy hasta el moño de que me controléis, si aquí no va a venir nadie, ya voy a poner orden yo como Frasquita que me llamo...

-Susana, te llamas Susana....

-¿No me llamo Frasquita? -Se rascó ella la cabeza pensando con tan mala suerte que en ese momento se acercó el ratón Mickey a saludarla y ¡zasca!

En mi vida había experimentado un bochorno mayor.

Aquello sí que fue para morir... Lo que mi madre había comprado en la tienda era una escoba de bruja con la que le arreó al pobre Mickey un escobazo que lo tiró de espaldas.

La de un rato antes se quedó en pañales con la que se lio allí en ese momento. La gente que acudía atónita a ver la escena, los niños que lloraban diciendo que la malvada señora había matado a Mickey y de nuevo los japoneses grabando, que se iban a hacer ricos como subieran tamaño numerito a las redes.

-No puedo con tu madre, no puedo con tu madre. -Karina era una máquina de reír y yo la miraba diciéndole que por

Dios no la alentara...

Como si yo tuviera poco con la que me había dado el malnacido de Álex con el tema de las ratas, ahora esto, confusión de ratas también por parte de mi madre.

Las cosas iban de mal en peor, una locura total, vaya idea la mía de irme a Disney con mi familia para quitarme las penas. Sí, sí, no sé cómo me las iba a quitar porque allí, como nos columpiáramos un poco, íbamos a tener que acudir hasta al funeral de Mickey.

-Cállate, Karina, que de aquí a nada nos vamos a tener que referir a Mickey diciendo aquello de que en paz descanse...

-Me meo, me meo. -Salió ella corriendo hacia un baño que debió coger a lo justo.

-Hermana, dime una cosa, ¿en nuestra familia hay algo que pueda calificarse de normal?

-¿De normal? Estás de coña, ¿no? Lo nuestro es de locos, todo es de locos, Carlos...

-Madre mía, madre mía. -Se echaba mi hermano las manos a la cabeza.

-Sí, sí, empezando por la madre tuya...

Dos días después los disparates se habían sucedido en Disney a montones. Tanto es así que mi madre se había hecho de lo más popular y algunos niños decían que era un personaje más, porque la mantilla no se la había quitado ni para dormir y no es cuento.

En cuanto a los personajes, el pobre Mickey le temía más que a un vendaval y es que ella le volvía a enseñar la

escoba, en actitud amenazante, cada vez que pasaba por su lado.

-Mira cómo se retira el bicho, será una rata y todo lo que tú quieras, pero ese sabe más que Briján-argumentaba ella cada vez que veía la escena.

Lo de volver a explicarle que solo era un personaje y que debajo había una persona, como que nos lo podíamos ahorrar, para qué gastar energías. Por analogía, y dado que sabía que podía correr la misma suerte, Minnie también nos huía como si el desodorante nos hubiera abandonado.

De todos modos, si tuviera que elegir un momento realmente surrealista entre los muchos que se sucedieron en aquellos días, me quedaría con cuando nos subimos a la atracción de Piratas del Caribe y a mi madre le salió volando la mantilla.

Hasta ahí tampoco es que fuera ninguna desgracia, pero la peineta fue a caerle en todo lo alto del coco a un señor que iba sentado en el bote con nosotros y se le quedó clavada.

Ni corta ni perezosa, mi madre se abalanzó sobre él y...

¡sorpresa! Al tirar de la peineta se llevó con ella la peluca del hombre. También era casualidad, sí habría cabezas en Disney y tuvo que caerle a un calvo con peluca.

Mi madre se emocionó y lo tomó como un juego, por lo que se tiró sobre el resto de los turistas intentando clavarles la peineta, porque decía que de aquella se iba a hacer con una colección de pelucas y se la iba a vender a la chica del local de las extensiones del pelo de nuestro barrio.

A la que le clavó el peinetazo a una chavala inglesa que solo pudo decir un "Oh, my goodness" antes de desmayarse,

los

demás

huyeron

despavoridos

y

comenzaron a tirarse al agua en una escena irrepetible por la cual sí terminamos saliendo en la prensa local.

Por fortuna, cuando la publicación con la noticia cayó en nuestras manos ya estábamos a un día de irnos de allí. Lo raro era que no nos hubieran echado, pero fue porque pudimos esgrimir el argumento de que mi madre no estaba en sus cabales... de no ser así lo mismo hubiera salido de allí engrillada.

-Por lo que más quieras, Carlos, estate tú pendiente de mamá esta noche, que a mí me sale ya el cortisol por la punta de las orejas.

-Tranqui, hermanita, que yo controlo...

-Pues para controlar no veas, que tuve que gastar un Ventolín completo a cuenta de los peinetazos.

-Ya, ya... La que se lo está pasando pipa es Karina. -La señaló y mi cuñada estaba difundiendo la noticia a diestro y siniestro entre sus amistades.

Última cena en Disney y yo rezando a todos los santos para que no se liara una muy gorda.

...Pero no, los santos debían estar en una juerga o algo parecido, porque sí que se lio, aunque en esta ocasión nada pudimos achacarle a mi pobre madre.

Me explico, resulta que estábamos cenando en uno de esos restaurantes que ofrecen un espectáculo durante la cena.

En concreto era de Mary Poppins y todos estábamos encantados...

Bueno, yo estaba todo lo encantada que se puede estar en similares circunstancias, porque mi cabecita seguía dándole vueltas y vueltas a todo lo que me había sucedido en los últimos tiempos.

Entre otros muchos sentimientos, sentía culpabilidad por mi comportamiento hacia Domingo, el chico que tanto me había apoyado y con el que yo estaba comenzando algo cuando Álex dio al traste con todo con sus muchos enredos.

Con la vista retrospectiva, yo pensaba que ojalá me hubiera quedado con él, porque cuando lo intenté con Álex caí en desgracia. ¿El resultado? Ahora con Álex lejos de mi vida y sabiendo que era más malvado que Scar el de "El Rey León", echaba de menos a Domingo y a nuestros momentos.

No obstante, yo tenía dignidad y sabía que me tocaba salir de aquella solita, que para eso me había metido en la boca del lobo. Aunque el lobo se las hubiera sabido todas, atrayéndome con malas artes.

Ensimismada en mis pensamientos, no me percaté de la maniobra. Del paraguas de Mary Poppins, del que debía pender el célebre personaje, pendía otra persona...

¡¡Domingo!!

Nos llevaban presos y el pijama de rayas no nos los iban a quitar a ninguno de nosotros en años...

El revuelo que se montó cuando Domingo aterrizó en el escenario y cortó la representación no fue moco de pavo.

-Perdonen ustedes, pero esto, aunque es un atropello, está autorizado. Dicen que Disney es la factoría de los sueños y yo lo he comprobado esta noche, cuando he pedido permiso a esta compañía para cortar su espectáculo y me lo han concedido. La razón no es otra que, entre el público, está escondida mi reina de corazones. Sí, dicho así lo mismo les suena un poco cursi,-lo más desternillante del caso es que los actores empezaron a traducir también sus palabras al inglés y al francés, para que todo Cristo se enterara de lo que allí se estaba cocinando- pero puedo prometerles y sobre todo puedo prometerle a Marina, que así se llama ella y que está sentada allí- me señaló y a su dedo le siguió un foco que casi me deja ciega de por vida- que es la mujer de mi vida.

Me eché las manos a la cara queriéndome hacer invisible, presa al mismo tiempo de los nervios y de la felicidad. Yo, por mucho que lo echara de menos, no pensaba ir a Domingo. Pero él debió pensar que, si la montaña no iba a Mahoma, Mahoma iría a la montaña.

La gente empezó a aplaudir a rabiar y él soltó el paraguas de marras y corrió hacia donde yo estaba.

-Marina, sé que puedes pensar que esto es un despropósito. Igual no te he dejado ni tiempo para pensar, pero yo necesitaba decirte aquí y ahora, en este mágico escenario, que te quiero y te echo de menos más de lo que jamás pude imaginar.

-Domingo, ¿cómo puedes ser tan bueno? Yo también te echo de menos, no merezco...

-No te flageles, cielo, lo mereces todo y yo estoy aquí para dártelo, siempre que me lo permitas...

-¿Y cómo no te lo iba a permitir? ¿Tú sabes lo que has hecho, insensato? Ahora te voy a asociar con Mary Poppins toda la vida.

Mi familia empezó a aplaudir y el resto de los asistentes hizo lo mismo. Al final tuvimos que subir al escenario juntos a darnos un beso y el mismo foco volvió a alumbrarnos, pero esta vez en conjunto, como señal del comienzo de un camino en el que habría muchas luces y pocas sombras...

-Marina, estás castigada hasta que cumplas los dieciocho años, ¿qué viene a ser esto de besarte con un niño? -Mi madre no se callaba ni debajo del agua y tenía que dar la nota también en ese momento...

## Capítulo 22

De vuelta a casa, con Domingo en mi asiento de al lado en el avión, apenas podía creerlo...

Celia había escupido mi paradero y a él le había faltado el tiempo para volar hasta Disney para

abrirme su corazón.

Aunque mi madre lo mismo podría haberle abierto la cabeza allí mismo, porque no entendía muy bien la situación, pero hubo suerte y no llegó la sangre al río.

Y tanta suerte hubo que incluso Domingo logró plaza en nuestro vuelo de vuelta y un señor al que le contamos nuestra historia nos cambió el asiento para que pudiéramos volar juntos y de la mano.

Lo que yo más deseaba era que nuestra vida se normalizara.

-Por Dios que yo no puedo con más sobresaltos, te juro que como alguien más me llame al timbre para darme una mala noticia, el escobazo que le dio mi madre a Mickey no va a ser nada para el que se va a llevar el susodicho.

-Aquí las malas noticias se han acabado, mi vida, ¿quieres que te deje tranquilita para organizarte? -me preguntó él cuando llegamos a la puerta de mi bloque.

-Prefiero que subas tú a tranquilizarme. -Le di un abrazo y me prometí a mí misma que iba a cuidar de Domingo y que iba a dejar que él me cuidara para que lo nuestro durara más que un martillo metido en manteca.

Aquella fue la primera noche que pasamos juntos después de nuestro reencuentro y, pese a que el cansancio nos podía, la pasión imperó y puedo decir que Domingo me llevó a las nubes, y que no lo hizo una, sino varias veces...

Podíamos haber esperado, pero a esas alturas yo ya sabía que quería estar con el hombre que tanto y tanto me había aportado. Para empezar, él fue quien desenmascaró a Álex, con quien mi vida hubiera sido una auténtica farsa. Y, para terminar, había recorrido un largo trecho hasta París para gritar a los cuatro vientos que yo era el amor de su vida.

Esa mañana yo iba a conocer a María, la chica que ya llevaba unos días trabajando con Celia, pues con respecto a Ramón solo nos faltó pedir una orden de alejamiento después de saber que había colaborado con Álex desde el principio.

-¡¡Ya estás aquí!! -me chilló Celia cuando me vio.

-Eso parece, y súper bien acompañada, gracias a ti...

-Si es que, lo que haga una, no lo hace nadie. No es por nada, pero yo soy más chula que un ocho- Celia se lo decía todo ella solita.

-Fue increíble, bueno ya te envié el vídeo del Mary Poppins este volando por el escenario.

-Sí, sí, que no me pude reír más... Qué puntazo, lo vuestro no podía quedar así.

-Gracias, amiga. Tenemos mucho, mucho que celebrar,

¿cuándo lo hacemos?



-Pues en breve...

-Y hablando de en breve, en breve o mejor dicho hoy mismo, deberías irte de vacaciones, igual que he hecho yo.

-Vale, vale, ya pensaremos en algo Álvaro y yo...

A continuación, me presentó a María, quien me pareció una chica estupenda.

-Yo ya mismo me pongo el mandil y estoy tomando comandas. Domingo se va ya a currar también y nos deja que disfrutemos de un desayuno de chicas. Por cierto ¿qué tal con Paula? -me interesé.

Miré a la acera de enfrente y vi que su local estaba cerrado.

-Calla, que corre el rumor de que se ha echado un novio rico y que dice que la pastelería la va a volver a abrir su abuela.

-¿Y no será un rollo? Mira que esa tiene más cuentos que Calleja.

-Sí que los tiene, pero como también se ha recauchutado las tetas, igual hasta es cierto. A mí me importa un bledo...

-Mira que al final no fue ella la de las ratas y por poco la coges por la coleta.

-Y no me arrepiento, a lo hecho, pecho. Mis buenas bullas que le he montado, pero es que se las merecía todas. Que no se te olvide que puso su local enfrente para fastidiarnos, si al final lo ha tenido que cerrar, que la zurzan...

-Pero eso afecta también a nuestros chicos...

-Paparruchas, para ellos solo era un negocio más de varios.

Y si no, que hubieran mirado mejor con quién se asociaban... Se siente.

Celia era mucha Celia y un ápice de razón no le faltaba...

-¿Por qué no te tomas el día libre y yo me quedo con María atendiendo? -le propuse.

-Pues mira, a eso no te voy a decir que no. Lo mismo me acerco a una corsetería nueva que me han dicho que tiene unos conjuntos de locura...

-¿De locura? Pues entonces esa es la nuestra, que no te quepa ninguna duda...

Después de desayunar, mientras María atendía, mi amiga se dispuso a salir del "Celicioso" para quemar tarjeta, aprovechando que ese día nuestro nuevo fichaje se quedaría conmigo.

Entré y me dispuse a comenzar a despachar también cuando tuve que echar mano del Ventolín...

-Celia, ¿estás ahí? -le pregunté de lo más nerviosa mientras ella permanecía en el pequeño cuarto

que utilizábamos para  
cambiarnos de ropa.

-Aquí estoy, sí... ¿qué quieres, petarda? No puedes vivir sin mí, ¿a que es eso?

Le señalé hacia la puerta, porque no, no era precisamente eso.

Como si de una aparición se tratase y más blanca que la cera, allí estaba Ana Díaz...

-Pero ¿qué diablos se le ha perdido aquí ahora a esta mujer? Las piernas de Celia comenzaron a temblar cuando la vio y allí parecía que nos íbamos a arrancar por bulerías las dos, porque las mías temblaban también.

-Pues no lo sé, pero yo de ti corría a comprobarlo antes de que se fuera...

Celia parecía un muñeco tiritón camino de la puerta. Y

vaya si mi amiga era decidida, pero es que aquella visita era la última que podía esperar en el mundo. A una señal suya, me acerqué, pues era obvio que necesitaba apoyo moral.

-¿Ana? -le preguntó ella y, en aquella ocasión, su torrente de voz dio paso a un hilillo que apenas le salía del cuerpo...

-Sí, soy yo. Creo que tengo muchas cosas que contarte...

-Siéntate, por favor. -Celia se dirigió con ella a una de las mesas y el color se iba diluyendo por momentos en sus mejillas, que se blanquearon sin remedio.

-Celia, yo te debo una disculpa... No he podido volver a pegar un ojo desde que estuviste el otro día en Sevilla, yo...

-¿Tú sabes algo de mi madre? Dímelo, por favor, ¿la conociste? ¿Ha trabajado contigo? Ese abogado no es malo,

no ha podido estar pegando palos de ciego... Algo debió saber para darme tu pista.

Pese a lo tenso de la situación, casi tengo que aguantar la risa pensando en que palos y no precisamente de ciego sino bien certeros, hubieran sido los que le habría pegado mi amiga al abogado si lo llega a pillar aquel día.

-Sí, Celia. Me temo que yo sé de tu madre, yo la conocí muy bien...

-¿La conociste? Por favor, tienes que contarme. Yo no puedo vivir con esta incertidumbre, entiéndelo.

-Lo entiendo perfectamente y lo primero que quiero que sepas es que tu madre te quiso más que a su vida y que jamás te hubiera abandonado.

-¿Entonces es cierto que me robaron? ¿Me apartaron de su lado contra su voluntad?

-Sí, Celia, y ella hubiera dado su vida por encontrarte...

Solo que la suerte se posicionó en su contra y ya no hubo nada que hacer. Te aseguro que durante mucho tiempo hizo lo posible y lo imposible por encontrarte, pero sin resultado.

-Pobre mía... malditos hijos de mala madre, ¿cómo pudieron hacerle eso?

-Las penurias económicas son malas compañeras de vida, Celia...

-¿Y ella? ¿Ya sabe de mi existencia? No me digas por favor que también ha fallecido, yo no puedo ser tan ceniza...

-En cierto modo, sí, mi niña...

La tensión del momento era brutal, como brutal fue la bocanada de Ventolín que me agencié en ese momento.

-¿Cómo que en cierto modo? Explícate, por favor...

-Celia, esa mujer murió en parte cuando se llevaron a su niñita. Desde entonces ya nunca volvió a ser la misma, créeme...

-Pero dime, ¿dónde está? Necesito encontrarla, necesito abrazarla, necesito decirle "mamá, estoy aquí y nada ni nadie nos va a separar..."

El silencio se hizo entre las tres y yo seguí con el Ventolín en la mano por si acaso.

-Pues entonces dímelo, cariño mío, porque esa mujer soy yo...-Ana rompió a llorar y yo me di otro lingotazo de Ventolín que casi salgo disparada de la silla.

-Ana, ¿tú eres mi madre?

Celia empezó a llorar también sin tregua y yo parecía que acababa de pelar dos kilos de cebollas, porque de mis ojos salieron un puñado de lágrimas a la vez que no pude reprimir y que me hicieron acabar con un paquete de clínex en un santiamén.

-Yo soy tu madre, cariño, yo soy tu madre...-No existían compuertas que pudieran aguantar tampoco las lágrimas que brotaban de los ojos de Ana.

-¿Y por qué no me lo dijiste cuando estuve en Sevilla?

¿Cómo pudiste dejar que me fuera de allí pensando que era una pista falsa?

-Cariño mío, las cosas no han sido nunca fáciles para mí.

Años después de darte a luz, me quedé nuevamente embarazada. El padre de mi hijo se esfumó y yo tuve que criarlo sola. Tu hermano no ha sido precisamente una

bendición e incluso ha estado en la cárcel un tiempo. Hace poco salió y por eso dejé mi antiguo trabajo, porque era de interina. Yo quería estar junto a él para ver si así podía enderezarlo, y me busqué algo que me permitiera permanecer al menos por las noches en casa.

-¿Y él no sabe de mi existencia?

-Sí, que sabe. Le hablé de ti hace unos años, pero, lejos de apoyarme en tu búsqueda, se volvió loco. Me dijo que, si me empeñaba en dar con tu paradero, no volvería a verle en la vida y él está muy perdido.

-¿Y el día que estuve en tu puerta él estaba dentro de la casa?

-Sí que estaba. Yo sabía que si te dejaba entrar él montaría en cólera. Y yo no quería esa escena. Después de eso he tenido que pensar mucho en cómo hacía las cosas. No quería volver a perderte por nada en el mundo, pero tampoco perderle a él, que bastante perdido ha estado ya en la vida. Lo entiendes, ¿verdad?

-Sí, mamá, sí que lo entiendo... ¿Y entonces?

-Entonces hace dos noches me armé de valor y me enfrenté a él. Le dije que ya estaba bien de intentar dirigir mi vida y, para mi sorpresa, en vez de venirse arriba, por primera vez se achantó. Él nunca me había visto así y creo que fue mano de santo.

-Mamá, eres muy, pero que muy valiente...

Aquel, sin duda alguna, fue uno de los momentos más emocionantes de mi vida. Que mi amiga del alma

recuperara a su madre no tenía precio, ¡por fin las cosas empezaban a marchar!

## Capítulo 23

La vida por fin nos empezaba a sonreír y todo eran novedades en ella...

Celia se tomó unas merecidas vacaciones, pero lejos de ir de viaje con Álvaro, como era su idea inicial, los dos se trasladaron a Sevilla para intimar con Ana y para conocer a Juan, que así se llamaba el hermano de mi amiga.

El chico, que debía haber sido una bala perdida de mucho cuidado, parecía por fin por la labor de sentar la cabeza y dejar de dar quebraderos a su pobre madre, para quien era hora de encontrar la ansiada paz y de disfrutar de la compañía de su recién encontrada hija.

-Esto es un pasote-me dijo ella cuando me llamó por teléfono...

-Es que al final lo tuyo sí que ha sido un 2 x1 y no los que ofrecíamos en el "Celicioso", te has llevado madre y hermano en el mismo paquete, guapa.

-Ni que lo digas... Esto es la bomba, yo estoy flipando.

-¿Y tu hermano? ¿Cómo es eso de tener a un exconvicto en casa? Te digo que me suena a peli total...

-Anda, mujer, si resulta que el exconvicto no tiene ni media cachetada. De hecho, está más suave que un guante con eso de saber que nos ha tenido bien fastidiadas a las dos un tiempo...

-¿No me digas? Y yo que creía que era un malote de esos del cine, tú ya me entiendes...

-Oye, que a ver si vas a pasar tú de mojigata a guarri, que creo que tienes la mente sucia. ¿A que le doy un telefonazo a Domingo?

Naturalmente que yo lo decía de broma, porque a mi Domingo, que me tenía loquita de amor, yo no lo cambiaba por nada del mundo. Y, el que juró venganza, o sea, Álex, tendría que hacerlo online porque enseguida nos enteramos de que había vuelto a Nueva York, de donde nunca debió regresar.

Mi chico había caído en mi vida como agua de mayo, y lo cierto era que no solo en la mía, porque mis padres también lo aceptaron a la perfección, igual que mi hermano. Y digo mis padres por decir algo, porque mi madre seguía sin enterarse de nada y decía que mucho viaje y todo lo que nosotros quisiéramos, pero que mi comunión seguía pendiente...

Menos mal que Domingo tenía un sentido del humor extraordinario y no le afectaban para nada los chaparrones que le caían de vez en cuando, como en aquellas ocasiones en las que íbamos a cenar con ellos y mi madre le decía que él a cenar a su casa, que no era hora de que los niños estuvieran en la calle...

Dios y ayuda nos costaba que diera su brazo a torcer y al final cenábamos a regañadientes, pero nuestras risas podían con todo...

Desde la primera noche que volvimos de Disney, Domingo se quedó en mi casa, por lo que al final ni soltamos las llaves ni nada. Él también vivía de alquiler y el que terminamos dejando fue su piso.

Con Paula llegaron él y Álvaro a un acuerdo económico y la cosa quedó en tablas. No ganaron, pero tampoco perdieron.

Lo suyo con el milloneti resultó ser cierto, por lo que a la niñata no le costó aflojar la pasta con tal de quitarse de encima el marrón del negocio y lanzarse a su nueva faceta de vividora total 2.0, ¡las había con cara y luego estaba ella!

María siguió trabajando con nosotras y también terminamos contratando a su hermana, Cristina, por lo que Celia y yo íbamos mucho más aliviadas, al contar con los fines de semana libres...

Meses después, yo ya había concluido que Domingo era lo mejor que podía haberme pasado en la vida. Enamorada no era la palabra, yo me moría por él y él por mí; esa era la cuestión.

Nuestra vida transcurría de lo más feliz y ambos estábamos volcados en nuestra relación y en nuestros respectivos trabajos. Por supuesto que yo tampoco desatendía a mi familia, porque sabía

que para mis padres era vital mi presencia, que les alegraba el alma.

Eso sí, los fines de semana, Domingo y yo solíamos perdernos, pues nuestras salidas eran constantes... Que si a la sierra, que si a coger los billetes y colarnos donde fuera en un concierto, que si a numerosos destinos europeos que se prestaban para una visita rápida...

Fue precisamente en una de esas salidas de fin de semana cuando unos meses después mi amado me dio la más inesperada de las sorpresas.

Resulta que estábamos en Budapest, que por algo dicen que es una de las ciudades más románticas del mundo, al anochecer, con unas vistas panorámicas incomparables. La visión del río iluminado no nos dejó indiferentes, como tampoco me pasó por alto que la principal iluminación parecía provenir de sus ojos.

-¿Y esa luz que sale de tus pupilas? -le pregunté riendo.

-Esa luz es el reflejo de la tuya. Sabes que me vuelven loco tus ojos, sabes que me vuelves loco tú enterita y ahora también quiero que sepas que me volvería loco que aceptaras la propuesta que voy a hacerte.

-¿Qué propuesta, mi vida?

Lo supe en cuanto su rodilla tocó el suelo, pero me resistía a creerlo. Por otra parte, ¿es que acaso yo no lo merecía?

Claro que sí, nos lo merecíamos los dos...

-Marina, ¿quieres casarte conmigo? -La voz no le tembló cuando sacó un precioso anillo directamente del bolsillo de su chaqueta, sin cajita y sin nada.

No por ello era menos precioso, todo lo contrario...

Domingo me contó después que lo hizo así para no despertar mis sospechas, hubiera sido una pena que yo hubiera descubierto la cajita antes de tiempo.

No, eso no podía ser. El instante era aquel y el lugar no podía ser otro. Hungría quedaría para siempre en nuestro

recuerdo como el país en el que yo le lancé un "Sí, quiero"

tan alto que ni Celia hubiera podido superarlo...

Aunque, lo que yo no sabía en ese momento era que, en otro puente europeo, pero en su caso en la ciudad de Florencia, Álvaro le estaba haciendo la misma propuesta a mi amiga.

Lo supimos en cuanto ambas intercambiamos sendos mensajes de WhatsApp con la foto de nuestros anillos, que eran dos auténticas preciosidades, si bien para preciosas la iniciativa de unos chicos que no vacilaron un momento en unir sus vidas a las nuestras.

Lo de Domingo podía haberlo sospechado desde el primer momento (aunque lo que nunca hubiera creído fue el kit-kat que tuvimos que hacer en nuestra relación por culpa de Álex), pero lo de Álvaro, esa para mí era otra historia... Lo dicho, la vida, que te da sorpresas.

## Capítulo 24

La marcha nupcial sonaba y miré a mi padre, quien me ofreció su brazo...

Había soñado tantas veces con ese momento que me resultaba difícil creer que por fin hubiera llegado. La noche anterior me había quedado a dormir en casa de mis padres y de allí estábamos saliendo en ese instante.

Urraca se encargaba de darle los últimos toques al look de mi madre, que iba ilusionadísima.

-Marina, por fin haces hoy la Primera Comunión, hija, que estaba yo de lo más soliviantada, parecía que no iba a llegar nunca...

-Sí, mamá, todo llega. -Le guiñé el ojo a mi padre para recordarle la promesa que habíamos hecho de intentar no perder los nervios ese día.

...Pero esa promesa poco tenía que ver con el novio, porque cuando los perdí fue cuando lo vi del brazo de su madre, Luisa, ya junto al altar. Un modelo parecía...

La sonrisa que me dedicó nada más verme entrar por la puerta de la iglesia fue para mí el mejor de los regalos...

-¿Dónde están los demás niños?

"Tierra, trágame", pensé cuando escuché que mi madre hacía la pregunta en alto, la que podía montar allí como aquello no la convenciera, podía ser digna de recordar por los siglos de los siglos...

Diez puntos para Karina, mi cuñadita, que estuvo de lo más espabilada y la entretuvo diciéndole que meciera a su recién nacido hijo, Carlitos, a lo que mi madre accedió gustosa.

Así las cosas, la ceremonia, en la que Domingo y yo nos deshicimos mirándonos, pudo transcurrir en total normalidad. Bueno, casi en total, porque antes de finalizar sí que soltó ella a Carlitos en brazos de Karina, diciéndole que ya era hora de que se hiciera cargo de su "hermano chico".

Claro, si Karina era de mi edad, ¿cómo iba a tener hijos? Lo raro es que no le dijera que a hacer la Primera Comunión ella también.

-¿Ya ha comulgado mi niña por primera vez? -le preguntó en alto al cura y toda la iglesia sonrió.

-Sí, mujer, no te preocupes-le respondió él, que era amigo de la familia, consciente de que la cosa podía empeorar todavía bastante si le llevaba la contraria.

-Pues nada, dile al niño ese que se vaya ya a celebrarlo con su familia, que nosotros nos llevamos a la niña...

Su cara de extrañeza fue total cuando le dijimos que "el niño ese", es decir, mi Domingo, se quedaba también a celebrar con nosotros.

-Pero a ver niño, que yo no estoy dispuesta a pagar dos comuniones, ¿tus padres van a aportar o no van a aportar?

Mis suegros se acercaron y la calmaron un poco, diciéndole que sí y ella ya pareció quedar más convencida.

-Vale, pero a media tarde cada uno a su casa, que mi Marina tiene que estar agotada con eso de no haber pegado ojo esta noche y el lunes ya tiene que estar a las ocho en planta para ir al colegio...

La madre que me parió... y nunca mejor dicho. No obstante, si de algo estaba yo agradecida a la vida era de tenerla conmigo, aunque fuera en esas circunstancias.

Y no era la única. Mi amiga Celia también estaba exultante, con su boda a la vuelta de la esquina, que celebraríamos en pocos meses.

Entre los invitados, por supuesto, se encontraban su madre y su hermano, Juan, a quien yo conocí ese día y que parecía haber dejado definitivamente atrás su anterior vida para darle un poco de cuartelillo a su madre, que ahora estaba

feliz como una perdiz y que no paraba de sonreír para las fotos junto a sus dos hijos.

-Te quiero, petarda, que no puedes estar más guapa-me dijo Celia cuando se acercó a felicitarme.

-Y la próxima tú, qué contestos se os ve a todos juntos...-Le señalé a Álvaro, que hablaba con su hermano Juan y a su madre.

-Sí, ya les he comentado lo del nuevo negocio y se han puesto como unas castañuelas, no puedo estar más contenta. Y todo gracias a ti.

-¿A mí? Anda ya, también los chicos han tenido mucho que ver, que ya sabes que han puesto buena parte de la pasta.

-Lo sé, lo sé, qué suerte hemos tenido con ellos. Y mira que yo no llevaba muy buena carrera, estaba un poquillo desbocadilla, y tú...

-Ya, yo según tú me iba a quedar para vestir santos, puñetera...

Lo del nuevo negocio tenía una explicación muy sencilla.

Dado que el "Celicioso" gozaba cada vez de mayor aceptación, un día le comenté a Celia que podríamos montar otra sucursal y que la llevaran su madre y su hermano Juan.

Me pareció una idea fenomenal porque la mujer estaba hartita de fregar casas y escaleras, mientras que el chaval echaba una mano en algunos talleres de motos, pero no le ofrecían nada fijo. Además, esa difícil vida la llevaban en Sevilla, a muchos kilómetros de Celia, quien se



mostraba encantada de poder tenerlos más cerquita.

Lógicamente, a mi amiga también le pareció una oportunidad de oro para que los suyos pudieran disfrutar de una vida mejor. Por su parte, los chicos nos apoyaron económicamente entrando a formar parte del negocio, que en unos meses abriría las puertas.

-¿Cómo está la novia más bonita del mundo? -me preguntó Domingo, que todavía estaba quitándose arroz de la solapa de la chaqueta.

-Nada de novia, ¡ya soy tu mujer! -le chillé mientras saltaba.

-Cuidadito con el vestido, Marina, que eres capaz de pisártelo y caerte, que siempre llevas las rodillas peladas.

-Tranquila, mamá. -Domingo y yo nos echamos a reír y yo volví a saltar, para aterrizar en sus brazos.

-Niña, compórtate. Y otra cosa, ¿desde cuándo te dejo yo ponerte tacones?

Esas y otras muchas locuras de las suyas hicieron desternillarse a todos los presentes, pues dentro de la desgracia, mi madre no podía tener más arte a la hora de decir las cosas.

Ni de decirlas ni de hacerlas, en realidad, porque el momento culmen de la boda fue ese en el que íbamos a cortar la tarta con la típica espada y ella corrió despavorida hacia nosotros.

-Marina ni se te ocurra tocar eso, que las armas las carga el diablo, hija mía...

-Cariño, déjala-mi padre la tomó por el brazo- que Marina ya es mayor y ella sabe lo que hace. Además, hoy es el día

de su boda, se está casando...

-¿Qué dices, Alberto? ¿Cuántos años tiene entonces la niña?

-Ya veintinueve, cariño, ya veintinueve. -Mi padre le dio un beso en la frente mientras ella parecía estar echando números con los dedos.

-Pero Alberto, si ayer tenía nueve, ¿cuánto he dormido yo?

Mi padre negó con la cabeza y me indicó que fuéramos cortando la tarta antes de que a mi madre se le ocurriera otra de las suyas y nos volviera a cortar el rollo.

-¿Y cómo es que hoy no se ha puesto la mantilla? -me preguntó mi cuñada Karina mientras yo le hacía arrumacos a mi sobrino, por el que sentía debilidad.

-Calla, calla, porque hoy decía que se iba a poner la pamelita, que según ella luego va a ir con la reina de Inglaterra a las carreras de caballos, que la ha invitado.

-Acabáramos, entonces lo de la pamelita nos va a dar más caché.

La imaginación de mi madre era prodigiosa y a menudo fantaseaba con que se codeaba con lo más selecto del mundo entero.

-Te sienta que es una maravilla. -Domingo se acercó y me miró con ojos de lo más amorosos mientras yo sostenía en brazos al pequeño Carlitos.

-Sí, sí, lo que no sé es cómo te sentarán a ti los improperios que te puede soltar mi hermanita por la boca cuando esté dando a luz a uno de estos, que Karina a mí me puso a caldo.

-Qué exageradito, Carlos, si apenas te dije dos o tres cositas...

-Pues eso es lo que hay, y el que no quiera escucharnos, que no haga niños. Mi Álvaro ya sabe que me va a escuchar a tope como la COPE en unos mesecitos. -Celia había llegado hasta nosotros e intervenido en la conversación.

-¡¡¡¿¿¿Cómo???! -le chillamos todos a la vez.

-Cuidadito, ¿eh? Que estoy embarazada, pero no sorda...

-Pero qué dices, gorda, no me habías dicho nada...-La abracé con lágrimas en los ojos, menos mal que llevaba el rímel waterproof...

-No, no, gorda todavía no estoy, pero ya lo estaré, ya...

Domingo me miró y yo lo miré. No nos iba a faltar ni un perejil en el día más feliz de nuestras vidas, en el que nos juramos amor eterno con la ilusión de que nada ni nadie pudiera interferir jamás en nuestra promesa.

Una promesa que tuvo su continuación en la cama aquella noche, pues el nuestro sería un amor de locos, pero imposible de ser más sincero, puro y, naturalmente, apasionado.

## **Epílogo**

Siete meses después...

-Cariño, ¿estás contenta? -me preguntó Domingo al levantarnos.

-¿Cómo no voy a estarlo? Tengo a un marido que está de vicio, un trabajo que me flipa y ahora un casoplón que es la

leche-le dije mientras me entregaba a mi afición predilecta, la de besarlo.

Domingo y yo nos habíamos lanzado a la aventura de comprarnos una casa que era una monada, en uno de los barrios residenciales más acogedores y modernos de la ciudad.

Y Celia y Álvaro nos habían seguido en nuestra aventura, por lo que ahora además éramos vecinos. Dicho de otro modo, los teníamos hasta en la sopa, pero con todo el cariño del mundo, ¿eh?

Lo que sí era cierto es que nuestra Celia estaba un poco más impertinente de la cuenta a consecuencia de su estado de buena esperanza. Y lo de "un poco" era un eufemismo, porque lo cierto es que estaba realmente insoportable.

Yo solía reírme diciendo que no veía la hora de que la criatura llegara al mundo y ella solía responderme en alguna lengua desconocida para mí, pues necesitaba un exorcista de guardia.

De hecho, Álvaro y ella habían pospuesto su boda para después del nacimiento de la criatura, porque Celia se quejaba de que estaba hecha un ballenato y de que iba a necesitar la tela de un globo aerostático para hacerse el vestido.

En lo profesional, sin embargo, no nos podíamos quejar.

Vaya, que no nos podíamos quejar ni en lo profesional ni en ningún otro terreno, solo es que ella aprovechaba para largar de lo lindo y para ponernos a todos vestidos de limpio con eso del embarazo.

Y decía que no nos podíamos quejar en los negocios porque ya el "Celicioso II" estaba en marcha y su madre y hermano lo llevaban de categoría. Igual que nos pasaba en el primero, los dulces se los quitaban de las manos...

-Ya estamos aquí porque hemos venido-nos dijo Celia dejándose de caer en una hamaca de las de nuestro jardín.

-Madre mía que ha retumbado el jardín entero, como me hayas hecho un socavón, me lo pagas-bromeé.

-Lo que tienes que hacer es callarte y traerme un botellín de agua fresquita, que tu sobrina postiza me tiene la boca seca como el esparto.

-Sí, sí, ya voy... Y tú no te cortes que estoy a tu servicio veinticuatro siete, que parece que te haya hecho la boca un fraile desde que estás preñada.

-Eso me dice también mi madre, muy gracias las dos...

-Sí, por cierto, que les he dicho a ella y a Juan que al mediodía cuando cierren se acerquen un rato...

-Vale, vale, ¿y tu madre?

-Ya viene de camino con mi padre, ya verás cuando te vea la barrigota...

-Sí, sí, preparada estoy.

-¿Mañana es cuando sales de cuentas?

-Mañana, mañana y solo le pido a Dios que Aurora no tarde mucho en querer sacar la cabeza, que no puedo más...

-Pues yo de ti pedía quedarme así, ¿o es que no vas a echar después de menos el que te cuidemos tanto?

-Y quién os ha dicho que después vais a poder dejar de mimarme, no os lo habéis creído ni vosotros.

Mis padres llegaron y mi madre se quedó mirando a Celia.

-Celia, sácate el cojín de la barriga que ese no es un juego propio de niñas, no está bonito. Si quieres jugar a las mamás coge el coche de capota con la muñeca que le trajeron los Reyes a Marina y te das una vuelta por el jardín.

-Porque es tu madre que, si llega a ser otra, con la mala leche que acumulo, te juro que le doy un bocado en la yugular.

-Ya, ya he visto que la acumulas. Y sobre todo he visto dónde la acumulas, que se te están poniendo unas tetas que ya no tienen nada que envidiarles a las mías.

-Sí, sí, lo malo va a ser cuando te toque a ti el turno, que lo de Jennifer López no va a ser nada a tu lado...

Ese fue el comienzo de un día en el que quisimos sorprender a todos con una fiesta de bienvenida a nuestra casa, si bien la que de verdad había planeado sorprendernos fue Aurorita que, a la hora de la merienda, anunció su llegada al mundo.

-Celia, como me vuelvas a echar agua en los zapatos te doy un capón y me da igual que esté aquí tu madre. -Le dijo la mía...

Miré a mi amiga sin entender y rápidamente su grito me ubicó.

-¡He roto aguas, he roto aguas!

-Anda que no es buena actriz tu hija, cualquiera diría que es hasta verdad-le dijo mi madre a Ana.

Y sí, cualquiera diría que era hasta verdad, sobre todo a juzgar por los chillidos que comenzó a dedicarle Celia a

Álvaro en cuanto le llegó la primera contracción.

Obviamente, la celebración se dio por finalizada y todos nos fuimos con ellos hacia el hospital, incluida mi madre que no quería perderse la fiesta, porque según ella a Celia le iba a dar el médico un buen sopapo por quejarse por gusto.

Y lo raro fue que el sopapo no se lo diera mi amiga al ginecólogo antes de que viniera al mundo su preciosa hija, una niña sana y fuerte, mezcla perfecta de papá y mamá.

-Pero qué cosita más bonita tenemos aquí-le dije cuando la tuve entre mis brazos unas horas después.

-Definitivamente te pega mucho. -Domingo me miraba con ojos de enamorado.

-Para pegar, mi chica, que por poco me pone un ojo a la virulé mientras estaba dando a luz. -  
Álvaro besó la mano de Celia.

-Y poco ha sido. Si tuvieras que haberla parido tú...

-Ea, "parido" dice la niña, como si ella supiera lo que es eso. Ana, tu hija está tonta y como le pegue la tontería a mi Marina me van a escuchar las dos...

Domingo me abrazó y yo miré a mi alrededor. Un amor de locos, ese era el que podía sentir en todos los rincones de aquel lugar...

# Document Outline

- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Epílogo](#)